

DOC SAVAGE



from KENNETH ROBESON

TERCERA FILA

LA MELINDA
DEL CRIMEN

ALIDACES
30

La melodía del crimen

Kenneth Robeson

Doc Savage/31

CAPÍTULO I

EL MENSAJE DEL MUERTO

LA tierra tembló. Unos altos abetos se ladearon y sus ramas más débiles se rompieron con ruido seco. Algunas piedras cayeron de una torre alumbrada, rebotando locamente hasta ir a parar a varios centenares de pies más abajo, a unas aguas azules y agitadas, cubiertas de espuma blanca.

La torre era un observatorio del Gobierno y se erguía en la punta de una pared rocosa. Haces de luz, rojos y blancos, rasgaban alternativamente la oscuridad, sirviendo de guía a los buques para entrar y salir de la ensenada de Burrard, en el puerto de Vancouver, y su brillo se distinguía a gran distancia de la Bahía de Georgia.

En un camino practicado entre los abetos, detrás de la torre, un hombre de alta estatura se tambaleaba, tratando de conservar el equilibrio. Su cuerpo atlético parecía moldeado en sus vestidos... Algunas bombillas brillaban débilmente en la niebla y estaban colocadas a intervalos de unas cien yardas a lo largo del camino abierto en el bosque.

Esta pobre iluminación reveló la expresión de sufrimiento pintada en las facciones regulares del hombre, cuyo rostro aparecía sumamente fino, como el de un actor que se hubiese caracterizado con afeites del color de la plata.

Aun en la semioscuridad intensificada por la niebla, brillaba de un modo extraño.

El suelo se estremeció bajo las plantas del hombre y la tierra sufrió unas sacudidas espasmódicas. El movimiento fue a la vez lateral y hacia adelante.

El hombre tropezó al caminar hacia un banco de hierro colocado en un rincón apartado.

Unas piñas secas caían en lluvia de un pino solitario, en torno al banco. La tierra estremecida retumbaba como si algún monstruo de tremendo tamaño y peso la recorriera. Aunque a todas luces era la única persona que se encontraba en la enorme extensión del salvaje parque de Vancouver, el hombre del banco empezó a hablar, rápidamente; pero en voz contenida. Al brotar las palabras de sus labios temblorosos, el hombre manipuló los botones que en doble hilera adornaban una prenda que llevaba, semejante a una túnica. A no ser porque era excepcionalmente ancha y larga, se hubiera parecido a una chaqueta.

Una de sus manos encontró un botón sobre el que sus dedos se detuvieron.

Apretaron hacia dentro, girando ligeramente el botón. Inmediatamente se oyó una voz, débil pero de clara enunciación:

—Tres hombres de Zoro se han marchado: Andro, Namos y Lamo. ¡Cuidado! ¡Escribe rápidamente el mensaje según instrucciones recibidas!

Toda la frase tenía esa perfección que un extranjero de buena educación aporta al hablar un nuevo idioma... El hombre del banco contestó tres palabras a lo que le había dicho la voz, misteriosa:

—¡Lanta está comprendida!

Por encima, del rugido del aparente terremoto, una extraña melodía llenaba con sus ecos la noche. Se oía débil, pero agudamente, como si la tocara una flauta. Se fue oyendo con mayor fuerza... La música mística iba acercándose.

Al acabar de pronunciar las tres palabras, el hombre sacó rápidamente un rollo de alguna substancia amarillenta que llevaba bajo la chaqueta. Enseguida sacó también lo que parecía un lapicero y brilló en su mano. Arrancó parte del rollo amarillento y, doblando hacia adelante, escribió rápidamente sobre su rodilla. El rollo amarillento cayó entre las hojas que se pudrían a sus pies.

La melodía chillona iba aumentando en volumen. Unas figuras se dibujaban entre los matorrales que rodeaban al banco emplazado en aquel rincón solitario del parque. El hombre que lo ocupaba no estaba ya sentado en él, sino doblado sobre sí, como en una agonía de dolor. La estilográfica cayó al suelo y los pies del hombre se incrustaron en la arena del suelo.

Al repetirse la sacudida sísmica del minuto anterior, un árbol

altísimo se rompió cerca de su base y cayó con estruendo. Era un viejo abeto y la tierra que lo soportaba lo traicionaba después de haberle visto crecer durante dos siglos.

El hombre del rostro brillante se tapó los oídos con las manos como para no oír la extraña melodía. Su cuerpo se encogió sobre el banco y se contorsionó como si le torturaran. Una de sus manos bajó lentamente y se metió un pequeño rollo amarillo en la boca.

—¡Ya está hecho, Lanta! —susurró penosamente.

Cómo si el pedacito de pergamino amarillo le hubiera cortado la respiración, el hombre se estiró y murió. La melodía dejó de oírse bruscamente y los matorrales situados detrás del banco, que no habían cesado de moverse mientras la tierra temblaba, se cerraron como una pared verdosa sobre las sombras que habían estado tan cerca.

El misterioso terremoto del que, aparentemente, Stanley Park, en la Bahía de Georgia, frente a Vancouver, había sido uno de los centros más perjudicados, quedó registrado en el sismógrafo de la Universidad de la Columbia inglesa.

El primer sabio despierto que llegó al observatorio de la Universidad Provincial, comprobó que el aparato registrador había fijado la hora de la primera sacudida a las dos cuatro minutos y dos segundos de la madrugada.

La pronunciada inclinación de las líneas señalaba que el centro de la conmoción se encontró bajo la barrera de montañas del Norte. Aquella cordillera se extendía desde el extremo norte de Vancouver, pasando detrás de la ensenada de Burrard, yendo a parar más allá del estrecho, a varias millas de distancia, al promontorio del faro de la Bahía de Georgia.

Otros miembros de la Universidad despertaron para hacer frente a una avalancha de comunicaciones telefónicas y de Informes.

Muchas chimeneas habíanse derrumbado en la parte norte de Vancouver. Los peñascos continuaban cayendo, desde varias alturas, cerrando el paso por la carretera que seguía la costa al Norte, por el sector de West Bay.

Desde White Cliff dieron noticia de que había por allí muchos cristales rotos, vajilla hecha trizas y de que los veraneantes huían a escape en sus embarcaciones.

Después del segundo y misterioso temblor, que siguió al primero

a un intervalo de un minuto y cuarenta y cinco segundos, Nanaimo y Victoria, en la Isla de Vancouver, dieron cuenta de otros efectos de menor cuantía del terremoto. Port Angeles, en el lado americano y gran parte de la Península olímpica, experimentaron leves sacudidas.

Registros mucho menos importantes, hechos por el sismógrafo de la Universidad de Washington, de Seattle, llevaron a la rápida deducción que el terremoto había estado localizado de un modo inusitado.

—Se trata de una extraña coincidencia —hizo observar uno de los profesores en la Universidad de la Columbia Británica—. Las dos costas americanas han experimentado temblores similares en el espacio de cuarenta y ocho horas.

Los sabios, compañeros suyos, recordaron lo publicado por los periódicos de la víspera. Estos decían, en resumen:

“Los pueblecitos y localidades de pescadores de los alrededores de Provincetown, Estado de Massachussets, sufrieron a primeras horas de la madrugada unas sacudidas sísmicas, leves pero muy claras. El sismógrafo de la Universidad de Harvard señaló el centro de la perturbación a 77 ½ millas de Harvard, en Provincetown. Los espectadores huyeron de los cines y los vecinos de sus respectivas casas; pero no se tiene noticia de que nadie haya resultado herido. Un cuartelillo de guardias de la costa señaló que la sacudida resultó parecida a la que habría producido un buque al hacer explosión en alta mar.”

Rara vez ocurre que un terremoto sea registrado tan cerca de su punto de origen, pero sucedió así en el caso del misterioso y doble temblor de las montañas de la Columbia británica.

Un hombre alto y huesudo estaba de pie con otros dos personajes, cerca del tanque de cemento que corona el camino central del jardín zoológico del Parque Stanley de Vancouver. En el preciso momento en que la tierra estremecida y la extraña y quejumbrosa melodía enviaban a la muerte al hombre que se había refugiado en el banco, al pie del observatorio, aquel hombre, delgado como un esqueleto, colocó una caja forrada de piel en el suelo.

La caja en cuestión estaba abierta y de su interior brotaba un leve zumbido.

Una aguja estilográfica se movía tan rápidamente que saltaba a ratos del rollo registrador. La única luz que alumbraba el interior de la caja era delgada como un lápiz y enfocaba directamente el sismógrafo portátil.

—Este fenómeno dispuesto de antemano, bien podría ser tan sólo alguna manifestación combustible —dijo la voz seca del hombre huesudo—. Nos encontramos a distancia considerable del lugar identificado y propicio desde el cual un terremoto importante puede provenir.

—No parece posible —contestó una vocecilla aniñada tanto más notable cuanto salía de la garganta de un individuo, cuyo torso habría provocado la envidia de un gorila—. ¿Crees, Johnny, que se trata de eso?

El que habló primero, Johnny, conocido por el nombre de William Harper Littlejohn, eminente geólogo y arqueólogo, no empleaba nunca palabras de una sílaba cuando podía usar polisílabas.

Su compañero era el teniente coronel Andrés Blodgett Mayfair, nombre serio y digno para su indigna persona. Sus largos brazos colgantes, su frente huidiza y su aspecto general que semejaba el de un mico, le habían valido el apodo de "Monk".

La aguja del sismógrafo continuó girando locamente y Johnny equilibró la caja, sosteniéndola entre sus largos y huesudos dedos.

El tercer hombre, el que sostenía la lamparita eléctrica, se balanceaba ágilmente, siguiendo los movimientos del intranquilo suelo. Se encontraba en la oscuridad como los demás, pero el leve reflejo de la lamparilla revelaba un rostro liso, del color dorado del bronce. Sus ojos también tenían el mismo matiz.

Mientras escuchaba la demostración de Johnny, los ojos del hombre de bronce brillaron con mayor fuego. Su voz sonó baja, pero tan clara que cada palabra se oía distintamente.

—Tal vez llegue nuestro amigo con la demostración —declaró. Eran exactamente las dos.

Como si sus palabras fuesen una señal, una extraña melodía, como de flauta, se elevó por encima del rugido del atormentado suelo.

—¿Qué oyes, Doc? —preguntó instantáneamente Monk.

Johnny detuvo la aguja del sismógrafo y lanzó una mirada

aguda hacia el sombrío túnel formado por el camino que se alejaba bajo los pinos.

—¿Se acerca alguien? No he oído nada aparte del crujido subterráneo de los estratos.

Ambos hombres miraron a Doc.

La melodía, aunque se oía débilmente, se parecía, al desgranarse en escalas, a los silbidos que emitía siempre Doc Savage en sus momentos de honda concentración o cuando algún acontecimiento importante ocurría. Los compañeros del hombre de bronce lo tomaban siempre como un aviso de peligro que requería acción rápida por su parte.

La extraña música se acercaba por el camino central.

Doc apagó la lamparita eléctrica y durante unos segundos permaneció inmóvil como si fuese una roca en vez de un ser humano. Las sacudidas del suelo no le hacían perder el equilibrio. Sus piernas macizas permanecían rígidas como pilas de granito.

Cuando Doc Savage habló, la quejumbrosa música continuó en la lejanía.

—La mujer dijo la verdad —declaró tranquilamente—. Hay peligro... Vamos a investigar.

Johnny y Monk sabían que el hombre de bronce se refería al mensaje misterioso que llevó al más asombroso aventurero del mundo y a sus cinco compañeros, a la costa de la Columbra británica. Este mensaje necesitó un importante suplemento de franqueo a causa de su peso, aunque iba metido en un sobre de tamaño ordinario.

La carta iba dirigida sencillamente a "Clark Savage, Junior. New York City". Estas señas bastaban, puesto que las autoridades postales de la capital conocían de sobra al destinatario. Su domicilio se encontraba en el 86º piso de uno de los rascacielos más impresionantes de Manhattan.

El mensaje había sido enviado por correo certificado desde Seattle. Ofrecía esta particularidad: que el "papel" sobre el cual estaba escrito no era en realidad papel alguno. Era más delgado que el pergamino visual, pero resultaba de un peso extraordinario... Cosa asombrosa, era en realidad una hoja de oro... de oro virgen.

El escrito, para el cual se había usado una estilográfica, venía redactado en inglés perfecto. Las palabras parecían haber sido

dibujadas sobre la hoja de oro, con lo que bien pudo ser "tinta de plata" o algún producto químico similar.

Doc se dio cuenta enseguida de que una mujer lo había escrito... una mujer joven por más señas. Las letras estaban formadas con firmeza y elegancia.

El Hombre de bronce adivinó también el carácter de la escritora, dándose cuenta de que se trataba de una muchacha de personalidad extraordinaria y gran determinación.

El mensaje decía lo que sigue:

"Clark Savage, Junior —. Un peligro le amenaza. Vigile las islas Aleutianas. Acuda a Stanley Park, Vancouver, Columbia Británica, a las dos de la mañana, el 16. Vaya al viejo tanque situado encima del parque zoológico. Tal vez un ligero terremoto preceda a mi mensaje. Allí sabrá más..."

El mensaje no llevaba firma. La asombrosa intuición de Doc Savage, le daba a entender cuándo una de las numerosas comunicaciones que recibía, era de verdadera importancia. Recibió la carta el día anterior y en el mismo momento ocurrió el inexplicable terremoto en la región costera de Nueva Inglaterra.

Doc y sus cinco compañeros llegaron a la ensenada de Burrard en dos de sus aeroplanos especiales, aquella misma noche. Uno de los aviones volvió a alejarse inmediatamente en dirección al Norte, siguiendo las instrucciones de Doc.

Como siempre cuando el nombre de bronce decía "Vamos a investigar", se encontraba ya a muchas yardas de distancia de Johnny y Monk. Los tres hombres se internaron por el camino desde el cual la extraña melodía había llegado.

Doc andaba rápida y silenciosamente. Johnny le imitaba; pero los pies de Monk se arrastraban sobre la arena del suelo. Sus manos, que colgaban de los larguísimos brazos, le llegaban más abajo de las rodillas.

Las bombillas diseminadas por el camino daban escasa luz. Sin embargo, los oídos ultra sensitivos de Doc le guiaban en línea recta hacia el banco sobre el cual un hombre luchaba entre las garras de la muerte.

Doc sorprendió a sus compañeros colocando de pronto la punta de los dedos sobre sus oídos. No le asombró comprobar que esté gesto no disminuía la intensidad con que oía la música que era

singularmente aguda.

—No parece sino que se trata de una gigantesca colmena de abejas —declaró Johnny—. Y casi siento sus picadas...

—Estad alerta —aconsejó Doc—. Esto me parece extraño...

Johnny y Monk se apresuraron a seguir, el ejemplo de su jefe. Lo que se le antojaba extraño al hombre de bronce, debía por cierto ser verdaderamente asombroso.

Aun con los oídos tapados, Doc oyó el final y débil ruido de los pies de un hombre entre las hojas muertas y la arena, a un lado del camino.

La tierra volvió a estremecerse. La extraña música cesó tan repentinamente como empezó y el crujido del árbol muerto cubrió todo otro ruido.

Doc dio la vuelta al tronco de un pino macizo... Allí, a la luz opaca de las bombillas que alumbraban el camino, vió un rincón en el que había un banco de hierro, pintado de verde.

—Alguien duerme allí —susurró Monk—. ¡Rayos y truenos! ¡Con semejante orquesta, cualquiera diría que se habría despertado!

Doc se había deslizado hasta el banco. Tenía la lamparilla cogida en la mano y casi oculta por sus musculosas manos bronceadas.

—Este hombre no volverá a despertar —declaró con voz contenida.

Levantó la cabeza del individuo.

—Parece como si la hubieran estrangulado —dijo Johnny—. ¡Mirad, lleva la cara pintada!

Doc no contestó y se limitó a levantar suavemente la cabeza del muerto.

Este tenía la boca abierta y, a juzgar por su aspecto, había muerto ahogado...

Sin embargo, no se veía rastro alguno de estrangulación y el delgado cuello del hombre no llevaba señales ni estaba descolorido.

Su rostro tenía una expresión de placidez y brillaba como la plata, lo cual provocó la observación de Johnny. La piel parecía no tener poros, como si estuviera envuelta en hoja de estaño; pero de un color mucho más fino que éste.

El hombre estaba vestido de un modo normal y un impermeable marrón le envolvía el cuerpo. Doc le levantó la barbilla. La boca del muerto bostezó de un modo macabro y el impermeable se abrió.

—¡Mirad! —exclamó Monk—. ¡Es el sujeto que tocaba esa loca música, Doc!

Pudieron ver que el muerto no llevaba aparentemente arma alguna. Debajo del abrigo, se encontraba una extraña camisa de sustancia sedosa. Unos botones de cristal de obsidiana adornaban la pechera de la prenda; pero estaban colocados con irregularidad y no se usaban para abrocharla.

Monk se acercó. Un tubo de metal delgado sobresalía del cinturón flojo de la túnica. Doc no dijo nada cuando Monk sacó el instrumento. Los dedos del hombre de bronce se habían movido tan rápidamente, que los ojos de sus compañeros no les siguieron. De la garganta del muerto sacó un rollo pequeñito de papel de oro. Johnny tomó el tubo de manos de Monk y le dio vueltas entre sus largos dedos.

Puso una uña sobre su superficie y lo sopesó, balanceándolo delicadamente entre las yemas de los dedos.

—Este es un ejemplar notable del arte metalúrgico —acabó por decir—. Tiene una quinta parte de la gravedad específica del aluminio, con una densidad molecular carbonífera. Nunca hasta ahora había visto semejante aleación.

—¡Bah! —chilló Monk con su vocecilla infantil—. No es otra cosa que una de esas flautas que los muchachos tocan desfilando en aquel cuadro de Washington cruzando el Delaware, durante la Guerra de Revolución.

Los conocimientos que Monk tenía de química eran vastos, pero la historia era un terreno inexplorado para él.

—Con toda seguridad ese sujeto es quien estaba tocando —añadió Monk—. Hubo un tiempo en que yo sabía tocar la trompeta... Dejadme que os enseñe.

Una de sus manazas velludas sacó el instrumento en forma de flauta de manos de Johnny. Monk se lo acercó a los labios.

Doc no pareció moverse, pero la "flauta" no llegó a los labios de Monk para que éste pudiera demostrar cómo sabía en otros tiempos tocar la trompeta.

—Era una música de muerte —declaró Doc—. Pero este hombre no fue el que la tocó.

CAPÍTULO II

EL CUERPO VOLADOR

JOHNNY y Monk se quedaron mirando a Doc Savage. El hombre de bronce examinaba el metal del ligero instrumento sacado de la cintura del muerto.

Había visto que éste era de una aleación desconocida, mucho antes de que Johnny hubiera enunciado pomposamente sus conclusiones.

—No se trata tan sólo de una extraña aleación —declaró Doc—, sino que su aspecto indica que contiene por lo menos dos elementos nunca empleados antes de ahora en una combinación metálica. También la túnica que este hombre lleva es de un metal tejido que tiene la finura de la seda.

—¡Que me aspen si lo entiendo! —exclamó Monk—. ¿Se trata de una nueva especie de chaleco a prueba de balas?

—Tal vez sea eso —asintió Doc, sin decir todo lo que sus manos habían descubierto.

Bajo la túnica de metal sedoso, había tocado una docena o más de dispositivos y botones, colocados de forma que se adaptaban al contorno de las costillas del hombre, sin que el más leve bulto se viera por fuera. Uno de éstos dispositivos Doc lo identificó en el acto como una nueva forma de micrófono.

Los demás tendrían que ser examinados más detenidamente y la mayoría tenían la forma de rollos parecidos a los muelles de relojes.

—¿Cómo sabes que no es este hombre el que tocaba? —inquirió Johnny—. ¡Esto parece capaz de haber emitido esa clase de música!

El interés científico de Johnny estaba despierto. Se puso el monóculo en el ojo y se inclinó para examinar la túnica del muerto. En realidad, el monóculo de Johnny era una poderosa lente.

Doc contestó a su pregunta, diciendo:

—Este hombre nos estaba buscando y murió demasiado rápidamente para poder haber tocado este instrumento. No habría tenido tiempo de volver a metérselo en la cintura. El metal no lleva huellas de labios húmedos que le hayan tocado y su superficie está completamente reluciente.

Johnny se irguió tras examinar a la túnica metálica.

—Esto también es una nueva aleación; pero distinta —declaró—. Sin embargo, ambas tienen una extraña e increíble textura, carbonífera, sin duda alguna. Mira, Doc, hay sangre en el cuello de este hombre y debe haberle salido por los oídos.

—Ya me he dado cuenta —contestó Doc, sonriente—. También puedes haber notado algo especial respecto a estos botones de cristal.

Proyectó la luz de su lamparilla sobre la túnica, a la altura del cinturón del muerto. Una de sus manos bronceadas tocó uno de los botones a manera de prueba.

Johnny estaba de pie al lado del hombre de bronce y Monk atisbaba desde atrás, entre ambos.

La lámpara de metal de Doc le fue repentinamente arrancada de la mano en la que la sostenía blandamente. Monk lanzó un sordo gruñido. Llevaba una de las maravillosas pistolas automáticas de Doc en el bolsillo de la chaqueta, por si acaso... La pistola salió disparada por el aire y el gesto frenético de Monk para cogerla al vuelo fracasó.

El monóculo de Johnny de montura de metal empezó súbitamente a bailar al extremo de su cordón y únicamente éste evitó que lo perdiera.

—¡Truenos! —chilló Monk—. ¡El cadáver me ha cogido la pistola! ¡Que...

La pistola y la lamparilla de Doc se clavaron en el cinturón de la túnica del muerto, permaneciendo suspendidas allí. Monk cogió su pistola con una mano, pero su esfuerzo sólo sirvió para atraer al cadáver que por poco cae sobre la arena del suelo.

Doc se volvió a tocar el botón que había surtido tan sorprendente efectos y cogió su lamparita al caer ésta. La pistola de Monk se soltó tan repentinamente que el fornido químico se tambaleó dando un paso atrás y abriendo mucho la boca. Más que

nunca se parecía en aquel momento a un gigantesco mono.

El monóculo de Johnny dejó de bailotear al extremo de su cordón.

—Nunca he oído hablar de un imán semejante, sin que esté movido por una tremenda fuerza eléctrica —dijo Johnny.

—He pensado a veces que podía hacerse —declaró Doc que seguía imperturbable—. Se levantan toneladas enteras de acero por medio de esta fuerza de que hablas.

Sus manos bronceadas corrieron ligeras sobre los demás botones de la túnica y giraron levemente uno de ellos. Monk estaba al lado del cadáver y había colocado una mano velluda sobre el hombro del muerto.

Al girar Doc el segundo botón. Monk dio un salto atrás, mirándose la mano.

El cadáver no estaba ya tumbado en el banco, pero no había caído al suelo.

En vez de eso, pareció de pronto haber perdido todo el peso, siendo tan ligero como un globo, juguete de niño. El muerto flotaba a cierta altura del suelo y su cabeza se movía horrorosamente sobre su fláccido cuello.

Doc estaba todavía bastante cerca para volver a dar la vuelta al botón que había tocado. Instantáneamente, el muerto cayó sobre el banco.

—He pensado que algún día, algo sería capaz de desafiar las leyes de la gravedad específica... —empezó a decir Johnny.

Una luz cegadora brilló a través de los árboles. Johnny calló al rodearles el ancho rayo, que hacía destacarse sus siluetas contra el sombrío fondo de matorrales y arbustos.

Tres hombres se acercaron a ellos. Uno de ellos que precedía a los demás, sostenía una lámpara eléctrica que parecía brillar desde su torso antes de su mano. Los otros dos llevaban flautas de metal parecidas a la del muerto.

La lámpara de Doc proyectó su luz sobre los tres rostros. La piel de aquellos hombres tenía el mismo color plateado que la del cadáver.

El jefe, que llevaba la luz, habló deprisa, pero con tono contenido. Su voz parecía mucho a la del hombre de bronce y resultaba fuerte y penetrante sin que hiciera ningún esfuerzo

aparente para ello.

—Es usted el gran Doc Savage —hizo constar—. Hemos venido por usted... Hará lo que le mande y nada malo le sucederá, pero si opone resistencia oírás el canto de la muerte...

La lamparilla de Doc proyectó su delgada luz sobre las orejas de los tres hombres. Doc se fijó en que llevaban éstas llenas de gruesos pedazos de cera amarilla. Aquellos hombres eran de estatura corriente y unos sendos impermeables rodeaban sus cuerpos; pero debajo de éstos brillaban sus vestidos metálicos, pegados al torso.

A la luz directa, los ojos de los hombres brillaban de modo singular y tenían las niñas muy dilatadas.

—¿Y qué os habéis creído que sois? —chilló Monk—. Doc, ¿les hago pedazos a ellos y a sus flautas para ver lo que hay dentro?

Doc lanzó una mirada rápida al muerto. La sangre que le había brotado de los oídos formaba delgados hilillos que corrían por la piel plateada de su garganta. No había otra señal de violencia que pudiera dar cuenta de su muerte.

—Tal vez sea más indicado obedecer, hermanos —hizo observar Doc con toda calma.

Una de sus manos tocaba el rollo de papel de oro que había sacado de la boca del muerto. El gesto con el cual lo envió al centro de un matorral situado a su espalda fue demasiado rápido para que el ojo humano lo sorprendiera.

Los tres hombres volvieron la cabeza, mirándose mutuamente con extrañeza.

Tal vez cada uno de ellos pensaba que los demás habían empezado a tocar su instrumento, puesto que una extraña melodía les envolvía.

Johnny y Monk sabían lo que era. Doc daba la cara a sus tres enemigos que podían ver que sus labios no se movían, pero Johnny y Monk sabían que el sonido provenía de su compañero y comprendían lo que significaba.

La mano de Doc volvió a moverse y se oyó un débil ruido metálico en la arena del camino.

—¿Cree usted poder burlarnos? —dijo el hombre que llevaba la luz—. Le he avisado...

Los tres hombres se encaminaron hacia Doc y sus amigos. Uno de ellos levantó su flauta que llevó hasta los labios; pero ningún

sonido salió de la misma. Los ojos del hombre se empañaron de pronto como si no viera nada.

El jefe vaciló y dijo unas palabras con visible esfuerzo.

Doc y sus dos ayudantes comprendieron en el acto que el idioma que hablaban sus tres agresores les era desconocido. Dispusieron de poco tiempo para estudiar las palabras o frases, puesto que la advertencia del jefe quedó interrumpida.

Monk y Johnny contenían la respiración. Doc también dejaba de respirar. El ruido en la arena era el que hicieron al romperse unas cápsulas que contenían un poderoso gas anestésico. Este se disiparía en menos de un minuto; pero durante éste, cualquiera que lo respirase sentiría sus efectos y permanecería inconsciente más de una hora.

Doc se dio cuenta enseguida que sus tres enemigos no eran gente ordinaria.

El jefe, sobre todo, era hombre astuto que se había dado cuenta de lo que ocurría. Había respirado menos gas que sus acompañantes... Los otros dos, cayeron, adelante, exánimes.

El jefe se encontraba entre ellos. Con esfuerzo, puso la mano sobre la túnica de cada hombre. El mismo se tambaleaba, pero pudo tocar dos botones; luego, sus manos se apartaron y buscaron un botón en su propia cintura.

De la bahía de Georgia un viento fuerte soplaba desde que habían cesado las misteriosas convulsiones de la tierra. Ululaba ahora a través de las ramas de los pinos y de los abetos del parque y levantó a los tres hombres en el aire.

Johnny saltó adelante, seguido por Monk que había sacado su pistola misericordiosa.

—¡A ellos! —gritó a voz en cuello—. ¡No sé lo que es eso, pero no vamos a dejarles que se salgan con la suya!

Los dedos de Doc le asieron fuertemente por la muñeca.

—¡No puedes hacerlos regresar con balas! —dijo el hombre de bronce—. ¡Tanto da!... ¡Pronto les seguiremos!

Monk se quedó mirándole, atónito:

—¡Caspita! ¡Seguirles!

El fornido químico no veía la posibilidad de hacer lo que el hombre de bronce sugería con tanta calma. Su boca completamente abierta indicaba que no le tentaba la aventura, aun en el caso de ser

posible.

No cabía la menor duda que sus tres agresores estaban inconscientes. La luz de la lamparilla de Doc siguió sus cuerpos flotantes. Uno de ellos quedó detenido unos segundos por el tronco de un pino, pero el viento lo arrancó de ahí y se alejó. Los tres desaparecieron bailoteando y dando vueltas, según el capricho del viento.

La fuerte brisa les llevaba en la noche por encima de los desfiladeros. Este peligroso paso de agua reúne el puerto de Vancouver y cerca de un centenar de millas de hondas aguas sujetas a mareas, de las montañas, con la bahía exterior de Georgia.

Excepto a marea alta o completamente baja, la fuerza del mar en los desfiladeros hacía de ellos uno de los lugares más peligrosos de la costa para el paso de buques de todos los tonelajes. Doc sacó la conclusión que si cualquier cosa ocurriese que devolviese a los tres cuerpos la fuerza de gravedad, aquellos hombres se encontrarían en grave peligro.

Monk seguía rezongando.

—¡No lo he visto, puesto que no podía ocurrir! —fueron sus palabras.

Johnny daba pensativamente vueltas a su monóculo entre sus largos dedos.

Al fin, dijo solemnemente lo que sigue —: Hemos presenciado una manifestación de eterización práctica o de disociación del impulso de gravitación de la masa humana inerte...

—¡No es cierto! —aulló Monk, quien, siguiendo instrucciones de Doc, había preparado las cápsulas anestésicas—. No hay éter en ese anestésico... ¡Lo sé, puesto que lo he hecho yo!

Doc había vuelto al lado del cadáver.

—Los tres estaban inconscientes antes de desaparecer o inmediatamente después —recapitó en voz alta.

Buscó el rollo de hoja de oro entre los matorrales y Johnny y Monk lo miraron. No habían visto a Doc sacarlo de la boca del muerto.

Cuando la hubieron desenrollado, la hoja de oro reveló, que llevaba escrito, con la misma escritura plateada del mensaje que llamó a Doc a la costa, lo que sigue:

"Encuéntrese en el muelle del Canadian Pacific, al pie de la calle

Georgia de Vancouver, a las cinco de la mañana de hoy. No hago más que seguir las instrucciones de Lanta para el caso de que me persigan. Lanta tiene cosas de importancia vital que confiarle. Diga a Lanta que oiga la música de la muerte. Vigile a las Aleutianas."

El mensaje llevaba la firma que iba estampada en caracteres luminosos, al antiguo estilo. El nombre era "Turlos".

—De manera que sabia que le iban matando y siguió las órdenes que había recibido —dijo el hombre de bronce.

Se puso a examinar la hoja de oro de más cerca.

—Tal vez se trate de un ardid —dijo—. Puede entrar en el plan hacer morir al mensajero de este modo. Johnny, la perfección de esta letra es asombrosa. Nos encontramos frente a individuos de gran desarrollo y tal vez sea preferible enterarnos de algo más, antes de que la policía meta la nariz en el asunto.

Doc sacó un cilindro metálico del bolsillo de su chaqueta.

Se trataba al parecer de un bote de hojalata blanca de unos treinta centímetros de largo, al que iba unida una corta mecha. El hombre de bronce la cortó todavía más, aplicó un fósforo a la mecha y dejó caer el cilindro a los pies del muerto tirado en el banco.

En unos segundos, aquel lugar salvaje quedó brevemente iluminado por una extraña llama azulada. El cilindro había explotado con un sonido sordo. Al expirar, la llama, un vapor espeso y grisáceo rodeó al cadáver.

La fuerte brisa que soplaba del Suroeste disipó esta niebla artificial. Cuando desapareció del todo, no se vio cambio aparente en el cuerpo del hombre.

—Si hubiésemos tenido tiempo de tratar del mismo modo a los que se han ido, la cosa hubiera sido más fácil —declaró Doc.

Johnny y Monk conocían las cualidades del vapor que acababa de disiparse y miraron atentamente a Doc.

Nuevamente se sintió una convulsión de la tierra, pero esta vez no fue acompañada de ninguna sacudida fuerte. Johnny dispuso rápidamente el sismógrafo portátil, cuya aguja fluctuó tan sólo levemente.

Al cabo de un minuto o posiblemente minuto y medio, el temblor cesó. La aguja del sismógrafo se estabilizó. Johnny miró el registro y se pasó un dedo por los ojos.

—¿Creo, que los instrumentos de mayor tamaño localizarán, el centro de esta conmoción en el norte del Pacífico o tal vez en el mar de Behring —declaró—. Allí se encuentran los estratos que cruzan desde el centro y el sur de California hacia las costas del Japón.

—¿No podría tratarse de un lugar cercano a las islas Aleutianas? —preguntó Doc.

—¡Desde luego! —admitió Johnny.

Doc volvió a fijar su atención en el cadáver.

—Hay aquí algunos dispositivos que serían de gran valor para nosotros —declaró—. Pero creo que tendremos oportunidad de estudiarlos más adelante. Entretanto, si la policía canadiense no se entera de este crimen, nos veremos más libres para actuar.

Monk respiró fuertemente al oír estas palabras. Johnny no mostraba nunca sorpresa ante las decisiones de Doc a las que entendía siempre perfectamente.

El hombre de bronce había abrochado el impermeable del cadáver. Turlos, puesto que así se llamaba, había cumplido su misión, pagándola con la vida. Doc iba a poner en práctica un plan para que el muerto continuaría ayudando eficazmente a su ama, aquella Lanta a quien el hombre de bronce no conocía todavía.

Doc manipuló el botón del medio de la túnica oculta por el impermeable.

Levantó el cuerpo que había perdido todo peso. El muerto fue cogido por el viento del Suroeste y siguió a sus inconscientes asesinos en dirección a los helados desfiladeros y a la cordillera.

CAPÍTULO III

LANTA ES ATRAPADA

UN hidroplano dotado de dos motores gemelos se elevó a la escasa luz del alba, de una pequeña isla de la ensenada de Burrard.

En este caso, la palabra alba no es realidad la más adecuada, puesto que al pie de la barrera de altas montañas situadas al norte del puerto de Vancouver, la oscuridad continuaba reinando a aquella hora como en plena noche.

Londres es famosa por sus nieblas tan densas, que pueden cortarse con un cuchillo. Vancouver, es la única ciudad del continente norteamericano que se encuentra a menudo en similares condiciones.

A veces la mezcla de neblina y humo es tan opaca y sucia que ha recibido por parte de los habitantes de la ciudad el nombre de "smog". Este "smog" borra la vista de cualquier objeto a la distancia de dos o tres metros. Así ocurría temprano al día siguiente de los misteriosos temblores de tierra.

Una cortina de niebla cubría como un manto toda la extensión del puerto y se extendía, negruzca y grasienta por los desfiladeros y en la lejanía de la bahía de Georgia.

Los vapores tocaban sin cesar la sirena, los buques de gran tonelaje rugían su amenaza y las campanas sonaban sus notas variadas a bordo de los barcos anclados.

En el aeródromo municipal, los primeros aviones de pasajeros de la mañana dejaron de salir. Los pilotos más atrevidos no sentían deseos de tentar a la suerte, buscando a tientas su camino por encima de la cadena de montañas circundante.

Doc Savage no sufría esa timidez y se dispuso a elevarse con su hidroplano desde la bahía oculta detrás de la isla en la cual

desembarcó la noche anterior.

En aquel lugar se había librado de las enojosas preguntas de los periodistas y se veía dueño de una cuantas horas mas, antes de presentarse ante las autoridades provinciales, dándole cuenta del objeto de su visita.

Doc no habría sabido explicar todavía qué era lo que se proponía hacer. Los asombrosos acontecimientos de las última horas no habían contribuido a simplificar el asunto.

—No veo cómo vamos a desembarcar cerca del muelle del Canadian Pacific —declaró Johnny; mientras el hidroplano daba vuelta a la ensombrecida isla e iba adquiriendo velocidad.

—Tal vez no sea necesario —replicó Doc—. Es posible que encontremos lo que buscamos en el aire. Al remontarnos, Johnny enfoca la lamparilla.

—¿Crees que encontraremos el cuerpo aquí arriba, Doc?

—Si no me he equivocado al juzgar las corrientes de aire, este viento del Suroeste crea un remolino y un punto de calma completa a este lado de las montañas —dijo Doc—. Encontraremos probablemente una quietud relativa a unos mil pies de altitud.

Unos minutos después, las palabras del hombre de bronce quedaron justificadas. Planeando sobre la bahía, el hidroplano había dejado de cabecear. Doc lo mantenía a la misma altura y el aparato registrador de sonidos devolvía el eco de sus vibrantes motores lanzado por las montañas que les rodeaban.

Del aeródromo de la ciudad se oía a intervalos el siguiente informe:

"Todos los pilotos ojo avizor. El campo de Nanaimo despejado. Aquí no tenemos "techo"... no tenemos "techo".

Lo cual daba la seguridad que ningún otro aeroplano se elevaría sobre el puerto de Vancouver aquella mañana. Sin embargo, no hacía más de cinco minutos que estaban en el aire, cuando los oídos finísimos de Doc recogieron una vibración distinta y peculiar.

No se trataba del zumbido de un motor de aviación y antes era una interferencia intermitente con su aparato receptor. Al mismo tiempo, los compases y el altímetro se portaban de un modo raro y las agujas de la brújula demostraron una tendencia a inclinarse a unos ángulos imposibles.

De no haber sido Doc Savage el maravilloso aviador que era, el

hidroplano hubiese ido a estrellarse contra el alto promontorio que domina los desfiladeros o entre las escarpadas montañas del otro extremo de la ensenada de Burrard.

Igual sucedió con los motores. Alternativamente, los dos empezaron a fallar.

Doc se dio cuenta en el acto de dónde provenía la falla. El carburador estaba limpio y el real provenía de la misma combustión de la gasolina.

El hombre de bronce tocó una palanca que ponía en movimiento dos paredes especiales. Estas se parecían a los postigos con que se rodean los motores de automóviles para resguardarles del frío. Una vez cerrados esos postigos, los motores volvieron a zumbar con un ritmo normal, aislados completamente por el dispositivo en cuestión.

La voz de Doc se elevó en el interior del hidroplano.

—Estamos luchando con algo parecido a las ondas hertzianas —dijo a Johnny que estaba sentado a su lado—. Podemos encontrarnos accidentalmente en el camino de algún poderoso rayo magnético, pero me inclino a creer que la interferencia es intencionada.

—Así, pues, ese mensaje respecto al muelle del Canadian Pacific es una trampa —comentó Johnny—. No has visto nunca a esa mujer que se llama Lanta. Tal vez no sea otra cosa que el instrumento de alguna poderosa organización que intenta apoderarse de tu persona, Doc.

Doc movió lentamente la cabeza, sin contestar. No se equivocaba nunca al juzgar los caracteres de los seres humanos y estaba convencido que el autor del mensaje de oro que le llevó a la costa del Pacífico era sincero.

La melodía del crimen de Stanley Park indicaba fuerzas opuestas.

El mensajero muerto que fue leal hasta el último momento, representaba una de esas fuerzas. Era evidente que había sido fiel a Lanta.

De pronto Johnny tomó en la mano un extraño objeto que tenía una vaga semejanza con una linterna mágica de otros tiempos. Estaba provisto de un proyector redondo y de un conmutador, colocado a un lado. Era lo que Doc llamaba "la linterna".

Johnny giró el conmutador y movió la linterna de un lado a otro. Aunque la hubiese mantenido inmóvil, habría abarcado mucho territorio, sólo con los movimientos del hidroplano.

No salía luz alguna de la lente de la linterna y, sin embargo, ahí estaba uno de los rayos más poderosos conocidos por la ciencia. Se trataba de nada menos que de una luz ultravioleta. A causa de su invisibilidad, se la conocía por el nombre de "luz negra".

Doc mantuvo el avión en continuas subidas y caídas en espiral, en lo que él sabía que era el área de los lentos remolinos de aire de la base de las montañas. Durante algún tiempo no vieron nada. De pronto, los tres hombres divisaron lo que habían esperado encontrar.

—¡Truenos! —exclamó Monk con voz atemorizada que indicaba el hecho de que los largos pelos que cubrían su cuerpo se le habían puesto de punta—. ¡Mirad! ¡Ahí está el muerto!

—Esperaba dar con él —declaró sencillamente Doc.

Se le podía dispensar a Monk su impresión de terror. La linterna de la "luz negra" revelaba lo que semejaba un aparecido de color verdoso. La aparición no se movía por su propia voluntad, sino que flotó lentamente al lado del hidroplano, con los brazos y piernas colgantes de un modo grotesco.

El "rigor mortis" se había adueñado del cadáver. El cuerpo y la cara del muerto tenían un vívido color verde, bajo los efectos del rayo ultravioleta de la linterna de Johnny. La luz negra tenía el poder de crear esas reacciones en unión de ciertos productos químicos. Esas combinaciones químicas se encontraban en la vaselina ordinaria o en las aspirinas y eran usadas por Doc Savage bajo dos formas principales.

Una de ellas era un yeso con el cual se podía escribir en forma invisible.

Únicamente la luz negra hacía surgir lo escrito. La otra forma era el vapor grisáceo con el cual roció al cadáver en el banco de Stanley Park.

Aquellas partículas químicas estaban adheridas al cuerpo del muerto y la linterna de Johnny lo descubrió, a pesar de la niebla, al tenerlo a corta distancia.

—¡Bien, que me superamalgamen! —exclamó Johnny—. ¿Qué piensas hacer, Doc, ahora que lo hemos encontrado?

El hombre de bronce sonrió levemente.

—Como es obvio que no podemos recogerlo en medio del aire, continuaremos vigilándolo mientras sea posible —declaró—. Barrunto que hay quien tiene interés en llevarse ese cadáver. No dejaría de despertar curiosidades y sospechas si se viese todavía flotando en estos alrededores, al disiparse la niebla.

A pesar de la gran habilidad de Doc, para maniobrar el hidroplano, resultó difícil mantener al cadáver bajo los rayos de la luz negra. Lo perdieron de vista tres veces y la cuarta flotó lentamente, alejándose del avión que iba describiendo círculos impulsado por el viento del Suroeste que, de pronto, empezó a soplar con fuerza sobre el puerto.

Inmediatamente, la niebla empezó a disiparse y el sol naciente proyectó sus cálidos rayos. Empezó a verse algo en la ensenada de Burrard. Las tranquilas aguas del puerto parecieron despedir humo al disiparse la neblina y se divisaron bien pronto los buques que se encontraban en el mismo.

Todos los barcos se movían lentamente. Los pequeños vapores costeros de doble hélice hacían la travesía entre North Vancouver, barrio popular y extremo de la ciudad.

—Algo ocurre allá abajo, además de la niebla —anunció Johnny—. Esos vaporcitos parecen tener dificultades con el timón.

—Sí —apoyó Monk—. Un par de ellos parece haber embarrancado.

—La profundidad de la ensenada de Burrard varía entre cien y trescientos pies —dijo Doc—. El suelo es completamente rocoso. Lo que les ocurre son dificultades con las máquinas.

Las sirenas de los vapores tocaban enloquecidas. Parecían voces humanas, sobrecogidas de pánico. Doc y sus hombres veían claramente una extensión del puerto que comprendía los peligrosos desfiladeros. El viento del Suroeste, que soplaba contra la marea, levantaba altas y blancas olas en el cuello del puerto.

Doc volvió a elevar el hidroplano encima de la niebla. Alrededor de éste, el espacio vibraba como si allí hubiese habido otro aeroplano, aunque tal no era el caso. Doc se inclinó y tocó el conmutador.

Este se encontraba fijado a lo que semejaba una larga caja negra, uno de cuyos lados lo formaba un cristal negro. Unas figuras

confusas aparecieron instantáneamente en aquel cuadro oscuro. El hombre de bronce aumentó el poder de la luz.

Aquel dispositivo no era otro que el aparato especial de televisión de Doc y era capaz de recoger cualquier escena donde estuviese colocada una instalación emisora de televisión.

La escena que durante unos segundos dejó a Johnny y a Monk sin aliento, fue acompañada de una voz humana. En el centro del cristal apareció la esbelta figura de una muchacha, de estatura mediana, pero cuyas formas perfectas y vestidos ceñidos al cuerpo le daban el aspecto de una mujer en miniatura.

Su rostro delicado era patricio, tenía la nariz pequeña y recta y aun con la televisión se conocía que su piel era alabastrina. Sus grandes ojazos, muy separados uno del otro, parecían suplicar a los hombres que iban en el avión de Doc.

—¡Santo cielo! —gritó Monk—. ¡Es una muchacha y nos está viendo!

Todo parecía indicar, en efecto, que la muchacha les miraba o que alguna caprichosa fuerza de televisión causaba esta ilusión. Los ojos de la muchacha eran enormes y tenían las niñas negrísimas.

Los labios de la muchacha se movieron y dijeron:

—Clark Savage, tenga cuidado con los hombres de Zoro. He sido traicionada por espías entre mi propia gente. Zoro le amenaza con grave peligro. Quiere cogerle vivo.

De pronto, el rostro de la muchacha llenó el espacio entero del cristal. Era como si flotara directamente en su aeroplano. Monk lanzó una exclamación ahogada. De pronto la voz de la muchacha gritó:

—¡Ahí vienen! Yo soy Lanta de...

El cristal del aparato de televisión reprodujo una masa confusa de rostros de hombres, duros y relucientes, que reemplazaron al de la joven. Unas voces roncadas cubrieron la suya y el cristal se oscureció.

—¡Diablo! —exclamó Monk—. Vuelve a estar aquí. ¡Mirad!

La linterna de Johnny, olvidada a consecuencia de la dramática aparición de la muchacha, había vuelto a enfocar al cadáver flotante. La visibilidad era mejor a aquella altura. El muerto no flotaba ya como antes y lentamente caía hacia el puerto.

El espacio en torno al hidroplano empezó a vibrar con fuerza.

Sugería la idea de un terremoto que se hubiera desplazado de la tierra al aire. Doc comprendió que aquello no era obra de otro aeroplano.

El sol brilló a través de la niebla que quedó deshecha, formando varias nubes fragmentarias.

—¡Ahí están, Doc! —exclamó Johnny—. ¡Los otros! ¡Mira! Están cayendo también.

De las nubes surgieron tres hombres envueltos en sendos impermeables. Sus cuerpos se sostenían rígidos y derechos como si caminasen sobre alguna substancia elástica en vez de ser soportados únicamente por el aire, pero iban bajando rápidamente hacia la superficie del puerto, sobre las aguas tormentosas de los desfiladeros.

El cuerpo del asesinado, Turlos, si tal era su hombre, no se encontraba lejos de las otras figuras. Su color seguía siendo verde bajo los rayos de la luz negra de Johnny. El efecto que aquellas visiones extraordinarias podían hacer sobre las personas que las veían desde los buques del puerto, puede adivinarse fácilmente.

Doc estaba escudriñando cada pulgada de las nubes, al describir con el aparato lentos círculos sobre el puerto; pero a pesar de ello no vio nada más.

Las cuatro figuras flotantes iban acercándose a la superficie de los desfiladeros. La fuerza que las impulsaba era invisible. Las vibraciones cesaron bruscamente en torno al aeroplano, y Doc y sus hombres vieron desaparecer los cuerpos.

Un enorme surtidor brotó donde habían estado, casi en medio de los desfiladeros. En aquel lugar la marea era traidora y las aguas formaban un remolino peligroso. El geyser alcanzaba más de cien pies de altura.

—¡Caramba! —chilló, Monk—. ¡No creo en las serpientes de mar, pero algo los ha cogido!

Doc se interpuso con toda calma, manteniendo el hidropiano en círculo sobre las movidas aguas del mar.

—Esto es asombroso —declaró—. Parecía que había algo en el aire; pero las olas se mueven como bajo el impulso de otro terremoto.

Las aguas azules continuaban perturbadas. Daba la sensación de que una mano gigantesca azotaba su superficie repetidamente. Doc

miró las rocas sobresalientes del alto acantilado. Estas no parecían afectadas por el fenómeno.

De pronto, Doc se vio obligado a remontarse.

—Me parece que hemos presenciado lo que vulgarmente se llama "justicia distributiva" —declaró Johnny—. Los asesinos no pueden haberse salvado en semejante olla de agua.

—Tal vez —contestó Doc—. Pero en tu lugar, diría que la justicia se ha hecho esperar un poco. Mira esas barcas de pesca...

Doc hacía bajar el hidroplano, dirigiéndose a un lugar donde las aguas corrían tranquilas, cerca de una fábrica de maderas abandonada. Esta se encontraba en lugar seguro, apartada de la corriente del paso; pero cerca de los desfiladeros y del lado del puerto.

Johnny y Monk siguieron la indicación de Doc. Al otro lado de Stanley Park, en los desfiladeros, se encontraba una ancha laguna de arena y guijos, que marcaba la desembocadura de un riachuelo. Este tenía por nombre el Río Capilano y nacía en un hondo cañón de la montaña del mismo nombre.

Aunque en la temporada de sequedad del verano el riachuelo era de escaso caudal, en primavera era un lugar favorito para la pesca del salmón. Los grandes peces llegaban del océano a miles y hasta que las lluvias empezaban a empujar las aguas del río en el cañón de Capilano; los salmones permanecían en la Bahía Inglesa y en Los Desfiladeros. El instinto les volvía a traer al lugar de su nacimiento. Allí esperaban las lluvias.

En el lado de Los Desfiladeros más cercano a la laguna, muchos pescadores anclaban sus pequeñas embarcaciones, a corta distancia del peligroso canal y pescaban los salmones con ayuda de arpones.

Johnny y Monk vieron una veintena de esas barquitas llevadas locamente de acá para allá. Parecía que una mano gigantesca les levantaba al aire y los pescadores cayeron todos al agua, de escasa profundidad en aquel lugar.

Johnny se preguntó en vano a qué era debida esta catástrofe. Las primeras grandes olas se habían calmado.

Comprendió enseguida que algo nuevo ocurría. Al nadar los pescadores hacia la orilla, se originó un nuevo terremoto. Grandes peñascos cayeron con estrépito de las paredes del cañón. El promontorio que se adentraba en Los Desfiladeros se resquebrajó: El

hidroplano de Doc sufrió los embates de una sucesión de fuertes olas que amenazaron con tumbarle. Únicamente la gran pericia del aviador evitó un desastre.

En la carretera que seguía la costa; un automóvil fue proyectado en el aire y dio tres vueltas sobre sí. El nuevo terremoto agrietó el asfaltado de la carretera que se partió en trozos.

CAPÍTULO IV

EL GRAN DIAMANTE

DOC Savage detuvo su hidroplano en una extensión de playa que se prestaba al caso. La tierra seguía temblando cuando, junto con Johnny y Monk, se encaminó a la carretera. Enormes rocas caían y rebotaban en el Cañón de Capilano.

Una mujer gritó. Salía con dificultad del automóvil destrozado. Un hombre, uno de cuyos brazos colgaba inerte, intentaba sacarla por una de las destrozadas portezuelas.

El hombre de bronce se puso de un salto al lado del hombre del brazo roto, prestándole su ayuda. Esta resultó valiosísima. Las fuertes y bronceadas manos de Doc no hicieron más que posarse sobre los lados metálicos de la portezuela reventada. Sus músculos se hincharon sin esfuerzo aparente y la puerta del coche cayó, libre. Doc ayudó a la mujer a ponerse de pie. Vio que había otro hombre en el automóvil, pero se dio cuenta que era inútil sacarlo de ahí antes de la llegada de una ambulancia.

Arriba, el ruido de las rocas que se desmoronaban acabó en explosión que repercutió largamente. Doc se volvió y llevó rápidamente sus hombres hacia la playa de Los Desfiladeros, encaminándose al lugar donde las embarcaciones de pesca habían sido arrancadas de sus amarras.

En Los Desfiladeros, un buque largo y pintado de azul luchaba con las enfurecidas aguas. La bandera británica del Unión Jack colgaba de su mástil.

Un cañón de brillante metal estaba montado sobre su cubierta. Se oyó una fuerte detonación, seguida de otra.

—Es un guardacostas canadiense —anunció Doc—. Esos disparos son para darnos a entender que hay que explicar la presencia de

nuestro hidroplano.

No tuvieron que esperar mucho. Los oficiales del guardacostas habían visto posarse el hidroplano y también los cuerpos flotantes en el aire, cuerpos que habían desaparecido misteriosamente.

Una canoa se acercó a la orilla. De pie en la proa se encontraba un hombre de corta estatura. Los galones de su brazo y de su gorra daban a entender que se trataba de un oficial. Cuando desembarcó, se irguió, retador, exclamando con fuerte acento de los barrios bajos de Londres:

—¡Eh, muchachos! —dijo a Doc y a sus compañeros—. ¿Qué demonios os habéis creído vosotros, yanquis, qué estáis haciendo? ¿Qué significa eso de llenar el aire de tíos flotantes y de volarlo todo por los alrededores? ¡Os detengo a todos en nombre del rey!

Aunque estaba convencido de su importancia y bastante impresionado y preocupado por lo que acababa de presenciar, el oficial londinense lanzó una mirada prolongada a Doc Savage. Aparentemente, quedó impresionado de distinto modo. El hombre de bronce fijaba sus ojos dorados sobre los azules del "cockney".

—Me parece que me podréis dar alguna explicación —tartamudeó el oficial con más blandura—. Aunque sea el mismísimo Doc Savage, no puede usted...

—Yo soy Doc Savage —declaró el hombre de bronce con calma—. Le aseguro que nos explicaremos ante las autoridades competentes. Sabemos tan poco como usted respecto al fenómeno que ha presenciado. Tal vez haya visto más que nosotros...

—Doc Savage en persona —repitió el oficial—. Veo que sí... Yo no hago más que cumplir con mi deber, señor. Si piensa usted declarar lo que ha visto, se lo agradeceré mucho.

—Enseguida declararé ante el inspector de policía del distrito —dijo Doc—. Si usted no ha visto nada, poco podremos añadir a su informe...

—Creí ver caer a unos hombres muertos del aeroplano, señor —replicó el "cockney"—. No es natural este modo de llover del cielo. Si se trataba de seres vivos, no tenían la menor probabilidad de salvarse en medio de los remolinos de Los Desfiladeros. Su aeroplano era el único que se veía en el aire, señor.

Doc no añadió ningún comentario a esta última y vaga observación del ya pacífico oficial y se limitó a darle las gracias por

su amabilidad.

—¡Sí, señor! —exclamó uno de los pescadores, calados hasta los huesos, que allí estaban—. El fondo de Los Desfiladeros empezó a levantarse y se metió entre mi barca y otra. Parecía el fin del mundo...

—¿Ha visto usted hombres en el aire? —preguntó Doc.

El pescador sonrió tímidamente.

—No puedo contestarle sobre este punto, señor —explicó—. La pesca era floja, hacia bastante frío yo acababa de apurar un frasco de whisky. Prefiero que otro hable de eso... porque habría jurado haber visto unos cuerpos flotando en el aire. Cayeron en aquel remolino, después del remolino, después del terremoto o lo que fuese aquello...

Doc volvió rápidamente con sus hombres a la destrozada carretera. Una ambulancia y dos policías de la Comisaría Provincial de North Shore habían llegado y uno de los policías se acercó inmediatamente al hombre de bronce.

—Usted es Doc Savage —dijo, dejando correr sus ojos azules de escocés sobre el magnífico físico del hombre de bronce. El inspector se ha enterado por comunicación telefónica que estaba usted aquí con uno de sus aeroplanos, señor. Me ha encargado pedirle que se sirva acompañarnos a su oficina...

Doc se alejó un poco por el cañón al ser sacadas las víctimas del automóvil destrozado. Johnny le acompañó y vieron que en muchos sitios, parte de los acantilados se habían derrumbado, formando pequeñas avalanchas.

La carretera de la que acababan de alejarse estaba cubierta de grietas.

—¿Qué te parece esto, Johnny? —preguntó Doc.

El sabio geólogo meneó lentamente la cabeza, como si le disgustase confesar que estaba intrigado.

—Nada menos que un terremoto puede haber ocasionado tanto daño —acabó por observar—. Pero continuó sosteniendo que no hay centros sísmicos en esta región. La perturbación es puramente local. Tan sólo puedo explicarlo con la teoría de que alguna fuerza extraordinaria ha causado retorcimientos de los depósitos de cuarzo y sílice que se encuentran siempre en regiones montañosas. Ya nos hemos encontrado con casos parecidos antes de ahora.

—Si, Johnny —dijo Doc—. Con aquellos terremotos de Chile. Aquello fue causado por la aplicación del poder eléctrico. En este caso, no creo que el fenómeno sea idéntico y me parece que esos temblores provienen de distinta fuente.

Por el camino de la comisaría de policía de North Shore, el hombre de bronce se detuvo para telefonar.

Cuando regresó al lado del coche de los policías, sus ojos dorados brillaban con singular fuego.

—Lo que creí en un principio —dijo a Johnny—. El sismógrafo de la Universidad de la Columbia británica ha registrado algo; pero esta vez los geólogos discuten entre ellos. Uno de ellos cree que la perturbación es el resultado de una explosión.

—Tal vez esos muertos han explotado —sugirió Monk.

—Estaban sujetos a fuerzas desconocidas —dijo Johnny—. Pero me rehúso a creer que está incluida la combustibilidad violenta.

—El campo queda libre para toda clase de suposiciones —declaró Doc—. Lo único que sabemos es que alguna fuerza nueva y poderosa está en juego. Los que la controlan desean destruirnos y esta misma noche salimos hacia el Norte por encima de las montañas.

Al escuchar estas palabras de labios del hombre de bronce, Monk y Johnny permanecieron silenciosos; pero ambos comprendieron que Doc, Savage había llegado a alguna conclusión definitiva respecto al misterio, conclusión que no divulgaría hasta obtener pruebas completas de la misma.

El coche de la policía llegó a los alrededores del North Vancouver. Se oyó entonces un chisporroteo en la radio del mismo. No fue más que una de las numerosas que recogieron en aquel momento el mismo mensaje misterioso... es decir un mensaje inexplicable para todos, menos para Doc Savage y sus hombres.

Lo notable en la comunicación, era que la onda en que fue transmitida parecía capaz de interponerse a través de cualquier otra longitud. El policía que guiaba aminoró la velocidad del coche, lanzando una exclamación. Tras unos segundos de chisporroteos y crujidos, se oyó una voz clara que decía:

—¡Clark Savage! ¡Zoro! ¡Isla Benicia! Avise buques. Vigile Aleutianas. Lanta hará...

Hubo un leve grito medio ahogado y las voces más rudas de

hombres se dejaron oír por la misteriosa emisora. La radio de la policía emitió ruidos extraños como si todas sus lámparas se hubiesen roto. Uno de los policías murmuró algunas palabras confusas, lleno de asombro, y abrió la tapa del aparato.

No se habían engañado. Todas las lámparas estaban fundidas. Los propietarios de aparatos de radio de los alrededores eran todos presa de la mayor indignación por haberles ocurrido lo propio.

—Se conoce que nuestros amiguitos los flautistas no se han ahogado —hizo observar Doc.

—Creía que usted no sabía una palabra de este loco asunto esta mañana —le acusó el policía de los ojos azules.

—En la actualidad sabe usted tanto como yo —le aseguró tranquilamente el hombre de bronce—. Voy a hablar de esto gustosamente con el inspector.

Hablar del asunto con el inspector de la Policía Provincial resultó mucho más complicado de lo que había parecido en principio. El funcionario en cuestión resultó ser escocés y hombre de esos que se aferran a una idea sin soltarla por nada del mundo.

Ofreció la mano a sus visitantes y declaró con fuerte acento escocés que se alegraba mucho de conocer a Doc Savage. Añadió que había oído hablar de varias de las proezas realizadas por el aventurero.

Tras esto, señaló bruscamente un objeto que ocupaba el centro de una larga mesa.

—Y ahora, señor Savage, ¿conoce usted esto?

El objeto en cuestión era una caja hecha de metal brillante. Doc y Johnny vieron enseguida que se trataba de la misma aleación que las flautas de los hombres de rostro plateado que habían visto en Stanley Park.

—No sé nada de esto —replicó tranquilamente Doc—. Veo mi nombre escrito en un extremo, nada más. Parece haber sido cortado o grabado en el metal. ¿Cómo llegó hasta aquí?

—¿Nos lo pregunta usted? —exclamó el inspector con retintín—. ¿Está usted seguro de no haberlo visto antes?

Doc sonrió levemente sin contestar. Pasó una de sus poderosas manos bronceadas por la superficie de la caja. Esta tenía la forma de un pequeño ataúd o de un cofrecito.

Doc, miraba el contenido de la caja sin darlo a entender.

—Está hecha de metal sólido, pero creo deducir que la recogieron flotando en algún punto del puerto.

—¡Lo admite usted! —exclamó secamente el inspector—. ¡Así lo esperaba!

—No es más que una sencilla suposición —prosiguió el hombre de bronce, sonriendo—. El metal presenta señales de haber estado metido en agua. Esto ha sido uno de los motivos que le han impulsado a ir en mi busca. Se trata de un metal tan ligero que flota, sin duda alguna, mejor que un corcho.

El inspector escocés asintió con la cabeza. Sus labios apretados revelaban su convicción de que Doc lo sabía todo respecto a la extraña caja, pero sus modales daban a entender que no tenía la menor idea de lo que la caja contenía.

En la tapa de la caja estaban grabadas tres palabras: "Para Clark Savage".

El grabado estaba hecho en el mismo carácter de letra que el mensaje escrito sobre la hoja de oro.

El inspector hablaba rápidamente, acentuando sus "r" con la rapidez de una ametralladora.

Declaró que no creía en los informes recibidos que hablaban de hombres flotantes sobre el puerto que habían causado un terremoto.

Doc escuchó con paciencia, mientras el inspector llegó a acusarle de haberle gastado la broma de soltar globos en forma de seres humanos. Cuando el hombre de bronce habló, finalmente, hizo caso omiso de las palabras del excitado comisario.

—Inspector, ¿quiere usted prestarme un favor, uno que sin duda redundará en beneficio suyo cuando se haya esclarecido este misterio?

El escocés se calmó rápidamente. Algo que le fuera beneficioso no era cosa de despreciar. Sin embargo, había todavía una nota de duda en su voz al replicar:

—Claro que si... Pero, de todos modos, hay que...

Johnny había permanecido alejado junto con Monk, hablando con el policía.

Doc indicó al inspector que quizá sería preferible llevar la cajita al despacho interior. Hizo señas a Johnny, a Monk y al inspector que le acompañaran, y cerró la puerta.

—Johnny, creo haber recibido un regalo o un recuerdo de

considerable valor y deseo que el inspector lo ponga en su caja fuerte hasta más adelante —dijo Doc— Ahora, ¿quieres echar una mirada en el interior?

Johnny no se había acercado todavía bastante para mirar en la caja. Se acercó... Rara vez su rostro serio denotaba sorpresa, pero esta vez habló con voz entrecortada:

—¡Que me superamalgamen! ¡No es posible, Doc!

Johnny estaba mirando un bloque claro, parecido a un trozo de cristal, que tenía cerca de treinta centímetros de largo y unos diez de ancho.

La contestación de Doc fue extraordinaria:

—Temo que sea precisamente lo que tú piensas, Johnny... lo cual es quizá prueba de que finalmente uno de los mayores experimentos a que se ha entregado el mundo desde que la sustancia en cuestión fue descubierta, ha sido coronado de éxito.

Johnny parecía no escucharle. Estaba doblado sobre la caja, e inspeccionaba el bloque de cristal con ayuda de su monóculo.

—Es cierto, Doc —murmuró en voz baja, pues no deseaba que el inspector escocés sorprendiera sus palabras—. Pero no creo que sea artificial. Es algo más asombroso todavía. La superficie indica que ha sido separado, por algún medio del que nada sabemos, de un estrato natural de silicón dióxido, más hondo de lo que los hombres han alcanzado hasta ahora. Me parece que alguna región montañosa desconocida ha vomitado este estrato a la superficie...

Johnny hablaba con la autoridad de un geólogo que no se deja engañar.

Exceptuando a Doc Savage, Johnny era probablemente el ser viviente más ducho en materia de formaciones geológicas. Su autoridad sobre esta materia tan sólo era igualada por su conocimiento de arqueología y de las razas y sus *modus vivendi* de la antigüedad.

Acercándose a Doc, le dijo en un susurro y con voz alterada:

—Si esto se supiese, sería desastroso. Este bloque está en estado natural, como te habrás sin duda dado cuenta. Veo rastro de un trozo de jaspe en un ángulo. Esto significa que ha sido arrancado de un depósito en el cual el carbón estaba combinado originalmente con oxígeno y otros elementos. Tiene un color grisáceo actualmente por estar al estado natural. Puede haber sido encontrado en un

lugar donde la calcedonia, el pedernal y el jaspe abundan... y a pesar de sus defectos, todavía podría cortarse hasta formar un diamante de muchos miles de quilates...

—¡Vive Dios! —exclamó Monk—. ¿Quieres decir que esto es un diamante? Entonces debe valer...

—La más hermosa colección de joyas del mundo no valdría nada al lado de esto, si fuese conocido —le interrumpió Johnny.

La cara del inspector escocés se ponía roja y blanca, alternativamente.

—¿Asegura usted que este trozo de cristal es... es un diamante?

Su estrecha mentalidad luchaba desesperadamente con un cálculo de valores.

—Eso es, inspector —dijo Doc con serenidad—. Y por eso le pido el favor de guardarlo en su caja particular, sin hablar de ello a nadie. Hemos de descubrir el lugar de donde proviene. Es posible que descubramos un complot para dar al traste con el valor de todas las joyas del mundo...

El inspector dio fácilmente su consentimiento, prometiendo que la piedra y su secreto estarían a salvo con él. Doc sintió la seguridad de que podía fiar en su palabra.

CAPÍTULO V

LLEVADOS POR EL ESPACIO

DOC Savage evitó las sombras al caminar rápidamente por la carretera que llevaba al lugar en donde había adquirido una pequeña embarcación para trasladarse a su hidroplano. No lo hacía con el fin de evitar cualquier posible ataque, puesto que en realidad el hombre de bronce se movía, de un modo conspicuo.

Al dejar un barrio bien iluminado de North Vancouver para meterse en la carretera de la playa, más oscura, otros dos hombres salieron igualmente del área iluminada. Eran a todas luces dos marineros que sentían los efectos de una noche divertida. Uno de los largos brazos del más alto de los dos abrazaba cariñosamente los anchos hombros de su compañero, de menor estatura.

Ambos cantaban en voz alta y con completa falta de armonía. Al llegar a un cruce, torcieron por la misma carretera que Doc Savage había tomado. Una vez en la oscuridad, dejaron de cantar y anduvieron describiendo eses, pero guardando siempre la misma distancia entre ellos y el hombre de bronce.

Doc llegó al pequeño embarcadero donde su canoa estaba amarrada. Cerca de una milla de distancia le separaba entonces de su hidroplano. El motivo de su visita era el de ponerse en contacto con sus otros tres compañeros, los que a juicio suyo se encontrarían por aquel entonces cerca de Juneau, en Alaska.

Los dos marineros se detuvieron a unas doscientas yardas del embarcadero.

Su borrachera se disipó al surgir dos figuras oscuras de los matorrales que crecían a corta distancia de la carretera. Las dos figuras quedaron visibles al pasar bajo una de las pocas lámparas que iluminaban aquel sector.

Nada en el aspecto de la pareja hubiese despertado las sospechas de los habitantes de aquella vecindad. Unos turbantes bastante sucios rodeaban sus cabellos negros y grasientos y sus rostros tenían el color de caoba oscuro de los hindúes.

Los hindúes, siendo súbditos británicos, trabajan mucho en la Columbia británica. Aquellos dos hombres de piel oscura habían venido de los alrededores de una fábrica de maderos.

Los dos marineros cesaron de fingir embriaguez. Echaron a correr adelante.

Los dos hindúes se escondían entro las matas precisamente frente al embarcadero en el que Doc Savage ponía en marcha el motor de su canoa automóvil. Permanecieron inmóviles hasta que el hombre de bronce se alejó en la embarcación.

Los hindúes se deslizaron hacia la playa. Uno de ellos soltaba las amarras de otra embarcación cuando los dos marineros salieron corriendo de los matorrales.

—¡Cuidate del que está en la barca, Monk! —ordenó el marinero más alto.

—¡O. K., Johnny! —chilló el químico, con satisfacción—. ¡No es mucho, pero algo es algo!

Con estas palabras, Monk se refería al tamaño de los hindúes que le prometía poca diversión. El enorme químico estaba convencido de que podía entendiérselas con dos docenas por lo menos de semejante hijos de la India.

Monk pasó rápidamente delante del hindú que seguía desatando la corta cuerda y de un salto ágil se metió en la barca.

Johnny estaba cerca del hombre que seguía en tierra. De pronto se dio cuenta de que ni la pintura color de caoba podía borrar el fino grano de la piel del hombre. El rostro del hindú presentaba el mismo matiz plateado que el de sus agresores del parque.

Luego, Johnny vio otra cosa. Había alargado el brazo para apoderarse del hombre. Una risa sibilante y burlona acogió su esfuerzo. El falso hindú se movió con la agilidad de un gato. Johnny oyó el ruido de una caída en la embarcación, pensando que Monk acababa de tumbar a su adversario.

Johnny volvió a saltar sobre el hindú que le había esquivado. El hombre rió nuevamente y Johnny reconoció la voz del jefe de los tres asesinos de la noche anterior. Johnny obró rápidamente. Dejó

caer una de sus cápsulas de gas y contuvo la respiración.

El falso hindú se deslizó como una anguila, diciendo:

—El ardid del gran Doc Savage no volverá a tener éxito. Hablo, pero no respiro. Fracasaré usted...

Monk había derribado al otro falso hindú y saltaba de la embarcación con el fin de acudir en auxilio de Johnny. Del bote, a sus espaldas, surgió una serie de notas agudas que herían el tímpano. El hombre tumbado en el fondo de la barca no se había movido, pero sostenía una flauta brillante entre sus manos.

Monk se volvió para saltar nuevamente sobre él. Sus piernas flaquearon y una acusación de intensa debilidad se apoderó de él. Tuvo la impresión de que su cráneo se hinchaba e iba a explotar.

Johnny había logrado dominar al otro hindú. El hombre parecía haber renunciado a resistir y caía de rodillas bajo el abrazo de los brazos de acero de Johnny.

Monk se dejó caer sobre una rodilla. De un bolsillo se sacó la maravillosa pistola cargada con balas misericordiosas. Comprendía que únicamente así podría poner fin a la extraña y quejumbrosa música que le robaba la fuerza.

Como si la mano de un monstruo la hubiese cogido, la pistola fue arrancada de la diestra de Monk y voló por el aire hacia la cintura del hombre que luchaba con Johnny. Al propio tiempo, el monóculo de éste empezó a tirar del extremo de su cordón y se rompió con un leve ruido de cristales sobre la misma cintura de la cual la pistola de Monk colgaba ya.

Johnny intentó sacar su propia pistola y sus dedos apretaron inexorablemente la garganta del hindú. El otro hombre parecía tantear débilmente los botones de su túnica. Johnny decidió que su adversario estaba casi ahogado y era preciso mantenerlo en vida. Tales eran las órdenes de Doc cuando sorprendían a alguien siguiéndole.

Así, pues, Johnny aflojó algún tanto la presión de sus dedos. Unos brazos musculosos, tan fuertes como barras de metal, rodearon instantáneamente su cintura. Johnny sintió que sus pies dejaban de tocar tierra. Intentó volver a apretar el cuello de su enemigo, pero sus brazos no pesaban ya nada y se sintió llevado por el aire.

Monk estaba casi inconsciente cuando la flauta dejó de oírse. Al

recobrar el sentido, vio a Johnny y al otro indio volando cerca de ahí. Al principio el fornido químico creyó que habrían caído en el puerto.

El rostro anguloso de Johnny y la faz de caoba del hindú que lo sostenía se hallaban ante sus ojos asombrados.

—¡Aprieta al dichoso hindú ése! —chilló—. ¡Ahógalo, Johnny!

Hizo un esfuerzo supremo para dar al geólogo el ejemplo de cómo se debía ahogar a un hindú. Sus manazas se encontraban ahora sobre los hombros de su adversario. Luchando con el embotamiento de su cerebro y el terrible zumbido de sus oídos, Monk intentó hundir al hindú debajo del agua.

Descubrió entonces que sus brazos no pesaban lo que una pluma. Sus poderoso músculos habían perdido todo su poder. El hindú estaba todavía unido a su cuerpo por el abrazo de unas manos que no podía aflojar. Monk respiró penosamente mientras Johnny y el otro hindú se elevaban sobre lo que el químico había confundido con el agua.

Por primera vez, Monk se dio cuenta de que estaban en el aire. Las luces de los barcos que surcaban la ensenada de Burrard brillaban como luciérnagas a sus pies. Las de la ciudad también se extendían a sus plantas.

—¡Santo cielo! —exclamó Monk—. ¡Asqueroso infiel, te voy a deshacer a pedazos!

La intención de Monk era excelente, pero sus músculos no le respondían.

Otra mirada que echó a Johnny le enseñó la cabeza del geólogo que caía inerte de un lado a otro. Los blancos dientes del hindú que le sostenían brillaron en una sonrisa dedicada a Monk.

—El gran gorila ha de estarse quieto —dijo el vencedor a Johnny—. Abajo hay muchas rocas... rocas duras. Nos basta con tocar con el pulgar el botón de gravedad y ambos morirán pronto...

Monk comprendió y renunció a luchar.

De pronto sintió que el hindú aflojaba la presión de sus brazos. Tuvo la impresión de bajar en paracaídas... Algún poder misterioso le mantenía cerca del hindú.

El hombre que sostenía a Johnny desapareció en la oscuridad, pero de pronto se le oyó decir:

—Lamo, toca el indicador de direcciones. Si es preciso, toca la

música... Muy poca será necesaria. Andro mantiene el rayo sobre nosotros.

Monk respiró con fuerza al apartar su enemigo el brazo. La distancia que les separaba del suelo era aún mayor que antes. Las luces de North Vancouver brillaban débilmente en la lejanía. El viento del Suroeste soplabla con fuerza, llevando los cuatro cuerpos arriba, y por encima de la cordillera.

Más allá de ésta, Monk sabía que se extendían centenares de millas cuadradas de desierto. Cadena mas cadena de montañas estaban separadas por cañones de gran profundidad. Algunos de los mayores ventisqueros del mundo habían hecho imposible la exploración de aquel territorio.

Una voz habló como saliendo de una radio; parecía surgir entre Monk y el cuerpo del hindú.

—¡Manden el rayo... aquí; Habla Lamo!

—¡Maldito infiel! —gritó Monk—. ¡Te hará caer conmigo!

Cerca de sus orejas, pequeñas y velludas, oyó una melodía chillona. Monk sintió el contacto del reluciente tubo del instrumento. Intentó apoderarse de él con una mano, pero ésta cayó inerte. Los oídos empezaron a zumbarle y las luces de la ciudad se borraron ante su vista al caer Monk dormido.

Doc Savage condujo su canoa a corta distancia en la bahía de Burrard. Paró el pequeño motor y prestó oído. De la oscura orilla subían ruidos ahogados, como de lucha.

El hombre de bronce abrió el contacto del motor. Este no estaba todavía caliente. Los cilindros estaban bañados en gasolina y el carburador desbordaba. Un alambre chisporroteó de pronto y se quemó. Alguien había tocado el motor.

El humo denso escapó debajo de la tabla del motor, trocándose en llamas.

Hubo una pequeña explosión y las llamas rodearon rápidamente toda la parte de proa de la embarcación. Doc oyó la voz estridente de Monk y luego el tono más quieto de la de uno de los hombres de Zoro.

Al igual que Johnny, el hombre de bronce identificó en el acto esta voz, comprendiendo que era la del jefe de sus agresores de Stanley Park. Sin vacilar, Doc saltó al agua mientras la

embarcación, presa de las llamas, se alejaba rápidamente, atraída por la marea.

El hombre de bronce se movía en el agua con la misma velocidad que si hubiese estado en la lancha; pero tres o cuatro minutos habían transcurrido desde que llegó a sus oídos el ruido del ataque. Cuando llegó al pequeño embarcadero y se encaminó al mismo, no vio a nadie.

A pocos pasos se veía otra barca. Doc cubrió la distancia que le separaba de la misma a grandes zancadas. No había nadie en los alrededores. En la cortina de matorrales que se extendía entre la orilla y la carretera, todo era quietud y silencio.

Doc encendió su lámpara de bolsillo, iluminando el terreno alrededor de la embarcación.

Sus ojos perspicaces no dejaron escapar una sola huella en el barro y la arena de la orilla.

En pocos segundos se había dado cuenta de lo ocurrido. Monk y Johnny habían seguido a dos hombres hasta la otra canoa. Se habían echado sobre la pareja. Se veían huellas profundas allí donde un hombre había luchado con Johnny. Unos pequeños fragmentos de cristal de una de las cápsulas de gas estaban incrustadas en la tierra.

En el suelo de la barca se veía una mancha pequeñita y roja. También había allí un turbante de hindú, socio y manchado de sangre. Doc movió la lámpara a lo largo de la orilla. Nadie había entrado en el agua. Ni una sola huella en el fango y la arena indicaba que alguien hubiese subido o bajado hasta el agua.

Nadie se había alejado, pues, hacia la carretera.

Doc apagó la luz y estuvo inmóvil uno segundos, reflexionando hondamente. Incluyó la cabeza bronceada, como confirmando el pensamiento que atravesaba su cerebro. Luego, una voz habló.

Nuevamente era la voz del hombre de Zoro que había dirigido el ataque en el parte. Las palabras que pronunciaba se oían débil pero distintamente:

—Lamo, toca el indicador de direcciones. Andro mantiene el rayo sobre nosotros..

Antes de que la voz hubiese dejado de hablar, Doc Savage se encontraba a muchos metros de distancia, en la playa. Caminaba rápidamente en dirección a su hidroplano. El hombre de bronce

cubría distancia casi con la misma velocidad que poco antes el coche de la Policía Provincial.

Doc empleó quizá un minuto en asegurarse que no se había tocado los motores ni los demás mecanismos. Lo hizo a pesar de que dos policías habían sido designados por el inspector escocés para guardar el hidroplano. Esos policías hablaron a Doc con el mayor respeto. El inspector les había dado órdenes en este sentido.

Aunque conservaba en su poder la caja misteriosa que contenía el gran diamante virgen, el escocés no era hombre que corriera riesgos innecesarios.

Cuando Doc hubo terminado su rápida inspección, de los motores gemelos desde fuera y quiso entrar en el interior del avión, uno de los policías le cerró el camino.

—La orden del inspector es de que usted no debe entrar o tocar el avión sin su permiso especial —dijo—. Lo siento, señor, pero es así.

Doc había decidido ya para sus adentros que la situación de Johnny y Monk no requería la asistencia de la policía. Tampoco podía admitir a esos policías en el interior del hidroplano. Dijo entonces con gran calma:

—Su inspector es hombre precavido. Desde luego, obra como debe hacerlo.

Durante la fracción de un segundo, los dos policías relajaron sus músculos.

Doc no tenía el deseo de resistir a la ley, ni tampoco de causar el menor daño a los representantes de la autoridad. Sin embargo era preciso alejarles de allí y le faltaba tiempo para explicarse.

Las manos de ambos policías se colocaron, rápidas, sobre la culata de sus revólveres al saltar el hombre de bronce entre ellos. Estaban acostumbrados a sacar rápidamente sus armas; pero las manos bronceadas de Doc eran tan ágiles que ninguna de las armas pudo salir de su funda.

El hombre de bronce tenía cogidos a los dos policías por la garganta. No tenía sin embargo intención de abogarlos. Sus fuertes tendones se hincharon bajo la piel dorada de sus muñecas y sus pulgares se deslizaron a lo largo de los nudos de la espina dorsal de las víctimas, encima de sus hombros.

Doc evitó que las cabezas de los dos policías chocaran entre sí al

caer los dos hombres adelante. Cuando aflojó la presión de sus dedos, ambos policías cayeron sobre la arena de la playa, respirando entrecortadamente. Dieron media vuelta sobre si y permanecieron inmóviles.

El encuentro había sido silencioso. Doc se metió en el interior del aeroplano, dejando a los dos hombres en la misma posición. Sus pulgares habían encontrado y apretado grandes nervios de la base de la nuca. Permanecerían sin sentido más de una hora, después de la cual no sufrirían ulteriores molestias.

Doc puso los motores en marcha, esperando un momento a que se calentaran. Cada uno de sus aviones especiales estaba equipado con el tipo más poderoso de radiófonos de onda corta.

Estos estaban provistos de "trepadores de voz", dispositivo especial que hacia imposible para quien no fuera él mismo o alguno de sus hombres, recoger sus comunicaciones entre aviones. Deformaba la voz en los transmisores y la clarificación en el receptor.

El hombre de bronce enchufó el radiófono y al cabo de dos minutos, se había puesto en contacto con un punto lejano, en el Océano Pacífico, entre Prince Rupert, Columbia británica y Juneau, Alaska. Doc esperaba que sus otros tres compañeros esperaran nuevas órdenes en Juneau:

La voz que contestó a Doc sonó clara y distinta:

—¡Te oímos, Doc! ¡Aquí está Ham!

Ham era el Brigadier General Teodoro Marley Broocks. Era uno de los abogados más listos que se graduó en la Universidad de Harvard.

Junto con Ham se encontraba Renny, o sea el coronel John Renwick, conocido ingeniero, y Long Tom, es decir, el mayor Tomás J. Roberts, mago de la electricidad. Los tres habían sido mandados a Juneau por Doc.

El primer mensaje de Lanta mencionó una acción posible cerca de las islas Aleutianas.

Doc tomaba siempre la precaución de enviar algunos de sus hombres al lugar donde se esperaban acontecimientos extraordinarios.

Al oír la contestación de Doc, Ham empezó a dar rápida y claramente detalles de su situación y del motivo de su acción. Doc

escuchó, sin hacer preguntas. No malgastaba nunca las palabras ni el tiempo.

—Estamos contestando a un S. O. S. que viene de las cercanías de las Aleutianas —dijo la voz de Ham—. El vapor "Narwhal" está en peligro. Este buque está fletado por Homer Pearson Caulkins, el economista y Salvatore Umbrogia Cassalano, el mineralogista. Esperamos localizar su posición y ayudarlo. ¿Puede esto tener algo que ver con el mensaje?

Antes de que Ham acabara de hablar, Doc había recordado todo lo concerniente a la expedición de Caulkins y Cassalano en el mar de Behring.

Cada uno de esos hombres era famoso a su manera. Doc recordó también que Caulkins y Cassalano se habían puesto recientemente al servicio de una de las repúblicas sudamericanas.

Se decía que el economista había logrado establecer un nuevo sistema de presupuesto gubernamental, mientras Cassalano había descubierto valerosos depósitos de minerales que habían aumentado la seguridad financiera de la república. Poco se había dicho de su expedición al Norte, que se consideraba como unas vacaciones de los sabios en cuestión.

—Es probable que esto no tenga nada que ver con el mensaje —contestó Doc a la pregunta de Ham—. Pero has obrado cuerdamente ayudando en lo posible. Recuerda mis instrucciones y vigila las Aleutianas...

—Así lo haremos —contestó la voz de Ham—. Tuvimos un fuerte terremoto en Juneau anoche, ¿Hemos de llamarte tan pronto como veamos al...

La voz de Ham se quebró bruscamente, como si el "trepador" se hubiese trasladado repentinamente del transmisor al receptor. Antes de que Doc pudiera aclarar la transmisión, Ham volvió a hablar con voz excitada.

—Vemos las luces del vapor... uno de los picos de la isla está encendido... Parece un volcán... Creo que debe haber un terremoto... El buque cabecea de mala manera... Parte del pico de la isla se está derrumbando... Es una de las Aleutianas... ¡Espera!

La voz se quebró como si un trueno imponente hubiese roto la transmisión invisible. La voz de Ham dijo todavía con dificultad:

—Los motores fallan... Caemos en bolsas de aire... Parte del pico

cae al mar... Renny no puede levantarnos... Nuestra posición es...

La voz de Ham calló, cubierta por lo que pareció una explosión lejana.

Doc no pudo ya oír otra cosa que la llamada S. O. S. de un barco en peligro.

CAPÍTULO VI

LA MUCHACHA SOBRE EL HIELO

DOC Savage cerró las paredes aisladoras de sus motores. Sus ojos dorados brillaban extrañamente y aunque estaba solo, su trino, de notas exóticas, llenó el espacio del camarote del avión.

El hombre de bronce estaba reflexionando intensamente. Sus cinco amigos se encontraban quizá ante el mayor peligro que les amenazara en el transcurso de sus vidas y rara era la vez en que Doc no se encontraba en una situación que le permitiera ayudar inmediatamente a sus hombres.

Si se sentía preocupado, sus ademanes tranquilos no lo revelaron.

Protegidos sus motores entra cualquier posible intervención, Doc se apeó y empujó el hidroplano por la playa. Sobre su cabeza, las hélices de especial aleación formaban grandes discos relucientes. Los dos policías que yacían en el suelo no se habían movido.

Quizá ningún otro hombre en el mundo hubiese podido mover al avión del sitio en que estaba posado. Una vez tocó el agua, Doc salió de ésta y se subió nuevamente al interior del aparato.

El inspector escocés de la policía provincial caminaba arriba y abajo en su oficina, lanzando blasfemias, menos de tres minutos después. No había en toda la provincia otro aeroplano que pudiera confundirse con el de Doc. El inspector envió un coche de la policía a escape hacia la playa en dirección a los desfiladeros...

Doc se acordaba de la voz del hombre de Zoro, en el aire.

Sabía, por increíble que parezca, que los hombres flotantes se llevaban a Johnny y a Monk por encima de las montañas y que en su vuelo les guiaba un rayo especial. Esta clase de rayo u onda, es bastante común y se usa para guiar a los aeroplanos en rutas

usuales.

Doc enchufó su buscador de ondas e inmediatamente comprobó que algún rayo magnético llegaba del norte de las montañas que constituyen la barrera entre Vancouver y el desierto que se extiende más allá. De hecho, era algo muy distinto de un rayo ordinario.

Las agujas de la brújula empezaron a bailotear locamente, perdiendo todo sentido de dirección. Tras mucho balancearse, la aguja que debiera continuar indicando correctamente el Norte y el Sur, acabó por inmovilizarse.

El hombre de bronce comprobó este fenómeno, guiándose por la posición de la brillante estrella polar. Sin vacilar, Doc continuó siguiendo al misterioso rayo.

Conocía tan sólo unos cuantos puntos del globo donde la composición física de la tierra desvía a los compases magnéticos. Uno de éstos se encontraba en la dirección hacia la cual volaba, pero estaba situado en el Yukon, a una distancia demasiado grande para surtir efectos allí.

En el Yukon, una gran montaña ha recibido el nombre de Montaña Magnética, a causa de sus elementos altamente sensitivos.

Manteniéndose en la estela del rayo, Doc descubrió que no se veía obligado a perder tiempo ganando altitud para remontarse encima de los agudos picos del norte. Su hidropiano se dirigía en línea recta hacia la ancha abertura del cañón de Capilano.

El hombre de bronce había estado reflexionando hondamente y al mirar hacia abajo en la oscuridad del cañón, meneó lentamente la cabeza, confirmando de tal modo sus conclusiones como acostumbraba a hacerlo al encontrarse solo.

Fuertes ráfagas de viento de los cañones laterales azotaban las alas de su aparato. Las altas paredes del cañón de Capilano se acercaban y Doc comprendió que volar al azar se hacía peligroso. De un momento otro, una roca sobresaliente podía arrancarle un ala o la fuerza del viento, echar el aparato contra un acantilado.

Doc deslizó un casco de cuero sobre su cabello bronceado. Este se parecía mucho a los que llevan los jugadores de rugby, pero además estaba provisto de unos anteojos que Doc ajustó sobre sus ojos, cuando al propio tiempo dio la vuelta a un conmutador fijado en el cuadro de mando del avión. Este hizo funcionar un faro colocado en la parte delantera del hidropiano.

El ojo humano desnudo, no habría podido ver nada y la oscuridad del cañón habría seguido siendo tan densa como antes; pero Doc con aquel casco, podía ver a bastante distancia.

Los menores detalles del cañón se ofrecían a su vista. La luz proyectada delante del hidroplano era fuerte y brillante y recordaba la clara iluminación del sol. Todos los detalles del cañón y de los picos reaparecieron como fotografías, sin color, exceptuando el negro y blanco de un clisé fotográfico.

El faro trabajaba con un filamento que producía una profusión de rayos invisibles, para otros, pero con sus anteojos especiales. Doc veía los objetos delante de él como si estuviese en un cinematógrafo. Nada pues revelaba a posibles enemigos la presencia del aeroplano, cuyos motores vibraban muy bajito.

Durante unos quince minutos después de alejarse Doc de la ensenada de Burrard, el rayo de misterioso origen continuó brillando. Doc lo perdió unas cuantas veces en las curvas del cañón de Capilano, pero siempre lo volvió a encontrar.

A algunas millas de distancia, el cañón pasó entre dos picos dentados, que Doc vió con asombrosa claridad con ayuda del faro.

Tuvo la impresión que el rayo surgía entre éstos.

Las distancias en las montañas son engañosas. De pronto, el amplificador de ruidos de Doc le avisó que estaba demasiado cerca de los picos para intentar hacer pasar el avión por encima.

El aparato pasó rápidamente por la última abertura del cañón, el extraño rayo desapareció y los compases volvieron a su posición normal.

Doc sostuvo su aparato y con ayuda de sus anteojos, buscó una salida conveniente.

Los picos surgían delante de él, sugiriendo la idea de una trampa. Cada uno de ellos subía a más de una milla en el aire, hacia el cielo estrellado. Entre ellos corría una línea desigual y la luz del faro iluminaba brillantemente el espacio comprendido bajo esa línea.

Un frío intenso invadió el interior del aeroplano y Doc comprendió que se encontraba delante de uno de los grandes ventisqueros. La línea entre los picos marcaba su orilla.

No parecía quedar otra alternativa que dar media vuelta y regresar por el cañón.

De pronto la atención del hombre de bronce se fijó en el espacio aparentemente plano, que se extendía directamente debajo del aparato. Un enorme cilindro, puntiagudo por los extremos estaba echado, algo ladeado sobre un campo de hielo roto. A primera vista, Doc evaluó su tamaño en un centenar de pies de largo.

Volando en espiral, Doc se quitó los anteojos y apagó el faro. A continuación, dirigió la luz de otro faro que servía para aterrizar, sobre el misterioso objeto.

El hombre de bronce había descubierto que el material del que estaba hecha la extraña embarcación no respondía al faro especial.

El poderoso haz de luz reveló un hecho notable. La iluminación pasaba directamente a través del largo cilindro. El misterioso artefacto era enteramente transparente o, por lo menos, sus paredes exteriores tenían una translucidez que permitía al hombre de bronce ver las siluetas más oscuras y movedizas de personas que estaban en el interior.

Una complicada maquinaria de composición más oscura se destacaba en medio del cilindro. La luz del hidroplano reveló el hecho de que posiblemente la embarcación habría sido víctima de un accidente. Parte de un extremo estaba hundida en el hielo y fragmentos del campo de hielo habían saltado y vuelto a caer encima.

Al describir Doc una nueva vuelta, no pudo distinguir todavía ningún movimiento hostil para su aparato desde el cilindro, en el interior del cual veía moverse varias figuras. Se preguntó entonces de dónde vendría el ataque.

De haber deseado tumbar al aparato, tardaban mucho en hacerlo. Si hubiese querido escapar, Doc habría fácilmente dado media vuelta, volviéndose a meter por la abertura del cañón de Capilano... pero el hombre de bronce no pensó siquiera en ello.

Estaba convencido que Johnny y Monk eran prisioneros. Sin duda se les retenía en el cilindro o se encontraban en otro lugar bajo la custodia de hombres que habrían salido del mismo. Además, el hombre de bronce recibía actualmente la confirmación de una teoría suya.

La luz del hidroplano barrió la pared del ventisquero entre los picos. Doc encaminó sus esfuerzos a descubrir un lugar adecuado para aterrizar. Mientras volaba, con una mano se proveyó de

diversos dispositivos que podría necesitar para su defensa.

Doc decidió que su receptor de televisión podría tal vez revelar algo más del interior del cilindro transparente. Quizá tendrían la televisión funcionando...

Así pues enchufó su receptor. El cristal permaneció negro, pero instantáneamente una voz armoniosa gritó:

—¡Clark Savage... Clark Savage! ¿No me oye? ¡Ayúdeme pronto! Tengo una de sus extrañas armas. Tiene un depósito circular lleno de cilindros dorados. ¿Cómo puedo usarla? Clark Savage. ¿No me oye?

Doc cambió la dirección de su aparato tan rápidamente que las alas crujieron bajo la presión. Nuevamente la luz iluminó el cilindro translúcido; pero Doc no pudo distinguir claramente las figuras que se movían en el interior, aunque tenía el convencimiento que Johnny y Monk estaban allí.

Sería de una de sus pistolas de la que Lanta hablaba. Doc tornó enseguida su decisión. Ignoraba si su voz podía llegar hasta la muchacha, pero habló tranquilamente ante el micrófono:

—Apriete el resorte a la derecha del revólver y empiece a disparar con el pulgar sobre el botón de arriba. No matará... pues sólo gasta balas misericordiosas.

Llegó la contestación:

—¡OH, me oye usted! Comprendo. Míreme, estoy en la pared. Yo soy Lanta.

Doc volvió a cambiar la dirección del aparato y su potente luz hirió el acantilado helado. Empequeñecidas por la distancia hasta parecer menos insectos, media docena de figuras se destacaban sobre el hielo. Una de ellas se encontraba bastante más arriba que las demás.

Pero cuando, corriendo el riesgo de estrellarse, el hombre de bronce se precipitaba hacia ellas, vio que la distancia que les separaba disminuía rápidamente. Las que habían estado más abajo eran aparentemente hombres equipados con cinturones magnéticos. Aunque sus manos tocaban la pared helada, en ocasiones, tan sólo era para guiarse en su ascensión.

Doc advirtió el brillo de varias flautas de música mortal.

La muchacha no llevaba cinturón magnético. El hombre de bronce vio su delgada figura apretujada contra la pared, en lo alto

de ésta. Divisó el peligroso camino helado por el cual había trepado hasta allí. Su aparato de radio tenía el mismo dispositivo portátil, que Doc encontró sobre el cuerpo del hombre asesinado en el parque.

Corriendo el riesgo de sufrir un grave accidente, el hombre de bronce guió el hidroplano hacia la pared de hielo. Sus ojos penetrantes se fijaron en el rostro delicado de la muchacha. Sus grandes ojos, su nariz recta y sus facciones patricias la hacían más hermosa todavía de lo este le había parecido por televisión la noche anterior.

Una prenda de tela de oro moldeaba su cuerpo esbelto, de suaves curvas. Su pelo negrísimo, estaba recogido por una ancha tira del mismo tejido dorado.

Sus ojos enormes, brillaban bajo el haz de luz del faro.

Entre sus manos, la muchacha sostenía una de las grandes y pesadas pistolas de Doc, cargada con balas misericordiosas.

Doc metió su aparato por un hueco, a tiempo para evitar un encontronazo con el hielo. Al hacerlo, vió que tres de los perseguidores de la muchacha se le acercaban rápidamente. A todas luces, ésta había llegado al sitio más alto adonde podía trepar. Doc vió el brillo de las flautas mortales.

La cola del hidroplano crujió de pronto de un modo siniestro y atendiendo el aviso, el hombre de bronce cambió de dirección. Con la diestra empuñaba su pistola. Se dio cuenta que la muchacha no dominaba todavía el mecanismo del arma que sostenía y estaba completamente acorralada.

Doc abrió bruscamente la ventana al lado del cuadro de mando. El extremo de una de las alas de su aparato estaba a pocos centímetros solamente del hielo, al pasar el hidroplano ante la pared helada. La pistola misericordiosa de Doc escupió sus proyectiles con el ruido de una ametralladora.

El arma era capaz de descargar sesenta balas anestésicas, con mayor rapidez que la mejor ametralladora. Al pasar el aparato, los tres hombres que se encontraban más cerca de Lanta, parecieron perder todo interés en ésta y sus flautas mortales se les cayeron de la mano.

El hombre de bronce había apuntado directamente a esas extrañas armas. No sólo las perdieron los primeros hombres, sino

que las balas de misericordia penetraron en sus manos y sus brazos. Casi instantáneamente flotaron, alejándose de la pared, habiendo perdido toda fuerza que les permitiera conservar su posición.

Doc volvió a girar en redondo y, esta vez, paró los motores. En el interior del camarote se oyó el extraño trino que profería el hombre de bronce en momentos de apuro o de intensa concentración.

Luego, al reinar nuevamente el silencio en el camarote, se oyó una melodía exótica y quejumbrosa. Los otros perseguidores de la muchacha se le echaban encima y dos o tres de ellos tocaban las flautas mortíferas.

Doc vio a la muchacha echarse atrás. Sosteniendo siempre la pistola, intentó taparse los oídos y pareció resbalar lentamente por la pared de hielo.

El hombre de bronce tuvo que realzar nuevas evoluciones antes de poder volver a usar su pistola. Puso nuevamente los motores en marcha y al hacerlo, oyó las detonaciones repetidas de una pistola.

La luz del aeroplano enfocó a la muchacha que seguía apoyada en la pared.

Todos los hombres que la habían perseguido flotaban, indefensos, cerca del hielo. La música de muerte había dejado de oírse y la muchacha movió una mano, cómo llamando la atención de Doc hacia el ventisquero que se extendía a sus pies.

El hombre de bronce inclinó el avión, viendo que salían del cilindro misterioso dos figuras negruzcas, echando a correr por el hielo. Doc reconoció al alto y delgado Johnny y a la figura simiesca de Monk. A todas luces se encaminaban a la pared de la que colgaba la muchacha.

Pero Lanta ya no estaba allí. Corriendo el riesgo de estrellarse, Doc dejó caer rápidamente el hidroplano sobre el ventisquero. Este no era tan liso ni con mucho, como parecía desde el aire. Unos montecillos abruptos arrancaron el tren de aterrizaje plegable. El aparato siguió deslizándose unas yardas y luego un ala tropezó con un bloque de hielo y el hidroplano dio la vuelta a la campana, rompiendo ambas hélices.

Doc saltó del aparato, como si lo hubiese disparado una catapulta. Al caer de pie, sus fuertes músculos amortiguaron el choque, resbaló pero no llegó a caer. Monk lanzó un grito agudo.

Johnny y el químico se encontraban a medio camino entre el cilindro y la pared de hielo. Mirando arriba, Doc vio a la muchacha Lanta caer fuera. La distancia que la separaba del suelo era de más de doscientos pies... y entonces ocurrió algo extraordinario.

Uno de los enemigos de la muchacha flotaba cerca de allí tocando casi la pared. La falta de gravedad le hacia comparable a un globo cautivo, suspendido entre cielo y tierra. Una de las manos de la muchacha le cogió por la túnica y su peso le arrastró abajo.

El cinturón de gravedad del hombre inconsciente compensó la fuerte tracción hacia abajo. Doc oyó la exclamación de asombro de Monk.

El inconsciente individuo había salvado a Lanta tan eficazmente como si ella se hubiese tirado en paracaídas. Su figura dorada llegaba a su lado... En aquel instante, el extraño quejido de las flautas volvió a oírse.

Sin que nadie se fijase en ellos, media docena de hombres habían salido del cilindro, acercándose a Johnny y a Monk y escondiéndose en grietas del ventisquero. Doc vio que sus dos compañeros reanudaban su carrera hacia la pared. Sus perseguidores ganaban rápidamente terreno.

Sin aviso previo, la muchacha Lanta volvió la pistola hacia Johnny y Monk, empezando a disparar. Tanto Johnny como Monk llevaban chaqueta a prueba de balas, inventadas por Doc. Cosa extraña, la muchacha parecía estar enterada de ello.

Monk gritó:

—¡Por lo que más quiera, no...!

Se cogió la pierna con una mano y cayó de bruces, sin poder concluir la frase. Johnny también había rodado al suelo. La muchacha había apuntado a sus rodillas.

Lanta caminó hacia Doc. Este sostenía en la mano su propia pistola misericordiosa. Con gritos de triunfo, los hombres que llevaban flautas mortales, corrieron hacia ellos. El hombre de bronce oyó de frente la extraña melodía. Se sintió mareado, pero su gran resistencia le permitió aguantarse de pie.

Levantó la pistola... Con un solo disparo de la misma, la música mortal pararía. La muchacha Lanta se había detenido bruscamente y miraba a Doc, que se tambaleaba. De pronto, su pistola vomitó balas.

El hombre de bronce sintió un pinchazo en una pierna, causado por una bala de su propia invención. Aun entonces, tenía bastante resistencia para poder disparar sobre la muchacha, pero gradualmente perdió el sentido sin haber disparado la bala que hubiera desarmado a Lanta.

CAPÍTULO VII

EL BUQUE EMBRUJADO

LAS manazas de Renny parecían pequeños jamones apoyados en el cuadro de mando del aeroplano. En el mismo momento en que Ham informaba a Doc que estaban cayendo, los motores volvieron a roncar.

El hidroplano, parecido al que Doc Savage estrellara sobre el ventisquero del Cañón de Capilano, se salvó por milagro de una caída fatal en aguas heladas.

Los tres compañeros de Doc, siguiendo temerariamente las instrucciones dadas por la llamada del vapor "Narwhal", habían rebasado los altos picos de unas montañas, y aunque el aeroplano tenía una instalación de calefacción y otra de oxígeno, el intenso frío del ártico penetró en el interior.

La potente voz de Renny había sido la primera en anunciar que el barco en peligro se encontraba a la vista. Las luces del pequeño vapor se veían vagamente y a gran distancia. A veces, el barco desaparecía detrás de densas cortinas de niebla, que erraban perpetuamente en torno a la desnuda cordillera de las Aleutianas.

Luego, habían recibido la llamada por radio de Doc y la declaración de Ham de que no dominaban ya su aparato, había sido hecha cuando su aparato de telegrafía quedó inutilizado. Un ruido infernal llenó el espacio en torno a ellos. La atrevida maniobra de Renny que arrancó al hidroplano de las enormes olas, les dejó a todos mudos hasta que los motores volvieron a dejar oír su ritmo alentador.

Ham intentó componer la emisora de radio que siguió permaneciendo muda.

Al describir Renny un gran círculo con el hidroplano vieron a

sus pies una isla en forma de cono. En el centro del cono observabase un fuego semi apagado.

Por segunda vez en pocos minutos, el volcán entró en erupción. Una de las laderas de la pequeña montaña pareció derrumbarse en el mar, creando unas enormes olas, sobre las cuales el vaporcito cabeceó locamente. Durante unos segundos pareció que el buque iba a hundirse bajo el impacto del agua.

Long Tom estaba vigilando la isla con atención. Era un hombre de corta estatura, comparándolo con Doc y sus demás compañeros y su rostro bilioso hablaba poco en favor de su salud. Era parco de palabras y se parecía a Doc en aquello de no hablar hasta estar seguro de lo que decía.

De pronto, Long Tom dijo:

—Algo ha salido de este cráter durante la segunda erupción.

Ham, que se sentía sarcástico en todas ocasiones, pero más a menudo cuando Monk estaba presente, contestó:

—Claro que algo ha salido... y sigue saliendo. ¡Me parece que es lava en fusión y es bastante caliente por cierto!

—No me refiero a eso —replicó Long Tom—. Hay algo más... algo largo y brillante que ha caído al mar...

—¡Recórcholis! —aulló Renny, sacudiendo su poderoso cuerpo con repentina alegría—. Otra vez veremos...

Renny no concluyó la frase. Los tres compañeros veían lo mismo, todos a la vez. El fuego volcánico, reflejado en los nubarrones bajos del cielo, echaban una luz extraña sobre el océano por espacio de una milla o más. El vapor "Norwhal" semejava una embarcación de juguete en medio de dicha luz, visto desde el aeroplano.

De puro asombro, Renny enmudeció.

—Bueno, pues ahora tal vez hayas visto algo —murmuró Ham—. Y yo sigo viendo algo más. ¿Se mueve ese barco hacia atrás y en círculo, o me engañan mis ojos?

—El barco se mueve hacia atrás y en círculo —declaró solemnemente Long Tom.

—¡Y mira! ¡Apostaría cualquier cosa a que nunca se movió tan deprisa!

Era cierto: el "Narwhal" parecía repentinamente embrujado. Con la popa delante, daba vueltas con una rapidez que levantaba

grandes olas encima de su única chimenea y de sus dos antenas de radio. El movimiento se aceleró de tal forma que el buque quedó varias veces casi sumergido por las aguas.

—Si pudiese componer la radio —se quejó Ham—. Ahora que estamos aquí no podemos siquiera avisar al remolcador o al guardacostas. Este barco parece a punto de hacerse pedazos o de explotar.

—¡Oye! —exclamó Long Tom—. Ahí están Caulkins y Cassalano. ¿No crees que pueden haber realizado algún experimento que le haya salido mal? Desde que hemos llegado cerca del "Narwhal", nuestros compases no funcionan... Ahora es la radio y tampoco no había motivo alguno para que los motores se pararan como lo hicieron.

—Eso es una idea —admitió Ham—. Pero si Caulkins y el otro sujeto son responsables, ¿por qué no ponen fin a esto?

—Tal vez no puedan —sugirió Renny—. ¡Eh, eso no va bien...!

Estas palabras brotaron de sus labios al oír el extraño ruido que volvían a hacer los motores. Una serie de chispas azules corrieron de la instalación de radio y televisión al cuadro de mando.

De pronto, el receptor de televisión funcionó. Un rostro, apareció en el cristal oscuro. Las facciones eran las de un hombre de piel reluciente y plateada, extremadamente fina; pero el rostro en sí, era el de un tipo basto y prognato.

No llevaba barba ni se veía rastro de que le creciera. Los ojos eran grandes, negros y blancos y la niña parecía extrañamente dilatada. La visión permaneció silenciosa uno o dos segundos y luego una voz dijo:

—Posarán su aparato al lado del barco —mandó—. No hagan esfuerzo alguno por escapar. Deseo mirar las extrañas armas de Doc Savage. Si rehúsan, les derribaré.

—¡Recórcholis! —rezongó Renny—. Amarrar en esas aguas. ¡O me vuelvo loco o estamos todos viendo visiones!...

Con gran asombro del trío, la voz contestó instantáneamente:

—No está usted loco ni ve visiones, como dice. Baje el aeroplano. No puede esperar ayuda de su gran jefe. Doc Savage se encuentra en poder de los hombres de Zoro.

—Me parece que esto viene del barco —declaró Ham—. Quizá tengas razón, Long Tom. Esos sabios locos han hecho algún

experimento. Parece que están más adelantados que nosotros en cuestión de comunicaciones por radio. ¡Mirad el "Narwhal"!

El barco había dejado de dar vueltas con la popa delante, pero seguía moviéndose, girando en redondo, como sobre un eje. Grandes montañas de agua formaban remolinos imponentes en torno a su casco.

—Me voy de aquí —murmuró Renny—. No podríamos amarar aunque quisiéramos...

—Lo hará usted —dijo la misteriosa voz.

El aparato de radio crujió como si explotara. Los motores dejaron de funcionar sin aviso previo. Sin dirección alguna y completamente fuera de control, el hidroplano cayó como una piedra. Únicamente gracias a la rápida maniobra de Renny, se enderezó algún tanto antes de tocar la cresta de una enorme ola y caer en el hueco que seguía a ésta.

El agua se precipitó en el interior del camarote por una ventana destrozada.

Ham echó mano de los cinturones salvavidas, pero antes de que los tres hombres pudiesen ponérselos, el aparato empezó a hundirse.

Cosa asombrosa, el mar pareció tranquilizarse considerablemente. El "Narwhal" dejó de girar y esto confirmó la creencia de que el inexplicable ataque venía del buque.

Un oficial gritaba órdenes con voz estentórea. Una gran cantidad de aceite espeso manaba del costado del "Narwhal", suavizando la superficie del mar.

Una pequeña embarcación fue puesta a flote.

El aceite negro continuó chorreando del buque, pero algo más poderoso que esto estaba calmando el mar enfurecido. En una circunferencia de una cuarta parte de milla alrededor del barco, el mar adquirió la placidez de un lago.

Renny y Long Tom flotaban fácilmente con sus cinturones salvavidas. El elegante Ham no lograba hacerlo tan cómodamente y se ayudaba moviendo el agua con una mano. Renny le miró y gritó:

—¡Apuesto cualquier cosa que llevaría todavía ese bastón en su entierro!

Ham llevaba, en efecto, su bastón, y el dichoso objeto cohibía sus movimientos. Sin embargo, no lo hacía por puro gusto.

El bastón era de metal, hueco, y en su interior se escondía una espada finísima. Aunque Ham llevaba, él también, una de las pistolas misericordiosas de Doc, su espada era el arma que prefería.

En la extraña calma una voz formidable se dejó oír. Provenía del capitán del barco, hombre obeso como un barril y de rostro muy encarnado.

—¡Por los cuernos de Satanás! —gritaba.

—¡Izadlos a bordo para que los veamos! A nadie le permito hacer esas cosas con mi barco. ¡Que suban y veremos qué demonios quiere decir esto!

Las manos rudas de unos marineros les subían al interior de la barquita. Los ocupantes de ésta tenían el rostro muy pulido. Los marineros son supersticiosos por regla general y lo que acababa de ocurrirles no era cosa vulgar. Es de suponer que, de haber sido posible desafiar las aguas heladas del mar Ártico en tan débil embarcación, habrían continuado remando en su canoa hasta alejarse de aquel lugar.

Lo que había sucedido era increíble. Aun el cuento fabuloso del viejo "Flying Dutchman", el barco fantasma no podía comparársele. Su fuerte buque había navegado con la popa delante, mientras su enorme hélice giraba en dirección opuesta. Habían oído las hojas de la hélice crujir y romperse y entonces su buque embrujada había empezado a dar vueltas locas. Estaban todos mareados y atontados al botar la lancha al agua. Ahora, los marineros contemplaban el físico del gigante Renny con pavor y respeto.

Todavía miraron un rato más a la extraña figura de Ham.

—¡Dios nos bendiga! —exclamó el pequeño contramaestre, inglés de los barrios populares de Londres—. ¡Sale del agua con un bastón!

Era cierto; Ham continuaba empuñando fuertemente su bastón —espada.

Los remeros se dieron maña en volver al barco. Se veía claramente que no deseaban estar mucho rato en compañía de los tres hombres a los que habían salvado. Bien pronto, la canoa topó con el costado del pequeño vapor de acero.

—Es preciso evitar que el aparato se hunda —dijo Ham—. Hay a bordo varias cosas que podemos necesitar.

—¡Sí, eh! —se mofó Long Tom—. ¿Has olvidado tu ropa para

mudarte?

Ham sabía permanecer elegante, hasta cierto punto, aun en las circunstancias más difíciles. Acostumbraba a llevar consigo una maleta que contenía una muda; pero no era en eso en lo que pensaba en la actualidad. Había muchos dispositivos de todas clases en el hidroplano, que Doc había juzgado interesante poseer en casos apurados.

—¡Izadlos a bordo! —gritó nuevamente el capitán de rostro congestionado—. ¡Pueden sacar lo que quieran, si el hidroplano sigue flotando!

Echaron una escalera de cuerda por encima de la borda y los tres compañeros subieron a cubierta.

El hidroplano no se había hundido aún. A pesar de estar inundado el camarote, las alas y los tanques continuaban manteniéndolo sobre la superficie de las aguas.

Mascullando imprecaciones, los marineros volvieron a remar en dirección al aparato...

—¡Traed todo lo que haya suelto! —ordenó el iracundo capitán—. ¡Puede convenirnos ver lo que hay allí!

La iluminación producida por el volcán en erupción iba cesando, pero seguía habiendo bastante luz para que se viese claramente al hidroplano. Los marineros se doblaron sobre sus remos.

De pronto, Renny lanzó una exclamación:

—¡Voto al diablo! Ham, mira...! ¡El hidroplano huye!

Ham y Long Tom contemplaron el fenómeno. El hidroplano ya no flotaba plácidamente, sino que se movía de un lado para otro. Un pelicano herido, de enorme tamaño, se habría sacudido del mismo modo. El agua hervía en torno a las alas.

—¡Ahora le toca al avión! —gritó uno de los marineros de la canoa—. ¡Eh! ¡Parad!

Los marineros sostuvieron sus remos en el aire; luego volvieron a hundirlos con fuerza en el agua; la canoa dio media vuelta y regresó hacia el barco.

—¡Por los cuernos de Satanás! —volvía a gritar el capitán, dirigiéndose a los hombres de Doc—. ¡Les voy a poner grilletas hasta saber qué significa todo esto!

El hidroplano, medio sumergido, había adquirido velocidad. Describió medio círculo con rapidez, como si algún monstruo del

fondo le hubiese cogido. Su velocidad se hizo tan grande que una de las alas se desprendió.

El aparato desapareció, dejando tras de sí una estela de agua cubierta de blanca espuma.

—¡Quisiera que Doc viera esto! —murmuró Long Tom—. Tal vez podría decirnos lo que significa.

—¿Se refiere al ilustre Doc Savage? —dijo una voz fría—. Así, pues, ¿son ustedes compañeros suyos?

Un hombre, casi tan alto y delgado como Johnny, el geólogo, se les acercó, separándose de un pequeño grupo de hombres temblorosos y de rostros pálidos. Los miembros de este grupo parecían extrañamente fuera de lugar en aquel barco. Serían una docena, aproximadamente, y su aspecto era el de hombres que llevan una vida sedentaria, a pesar del leve matiz bronceado que habían adquirido a la intemperie.

—Yo soy Caulkins. Homer Pearson Caulkins —declaró el hombre que había hablado—. ¿Tal vez hayan oído hablar de mí?

—Usted es el economista —dijo rápidamente Ham—. Últimamente estaba usted en Sudamérica. Permítame que le felicite por su trabajo en dicho punto.

El rostro delgado y ascético de Homer Pearson Caulkins se iluminó de placer. Sus ojos grises brillaban fríamente y una nariz aguileña adornaba el centro de su cara. El capitán de rostro congestionado rezongó:

—¡Por los cuernos...! Vamos... ¿Usted los conoce, señor Caulkins?

—Respondo de los compañeros de Doc Savage en cualquier parte —respondió la voz seca del economista—. Tal vez hayan estado probando alguno de sus numerosos dispositivos científicos. Esto explicaría la extraña conducta de nuestro barco.

—¡Santa Virgen! —explotó Renny—. ¡Esto es lo mismo que decíamos nosotros cuando empezó la función! ¡Pensábamos que ustedes, los del barco, estaban realizando experimentos!

El capitán resopló fuertemente. Otro hombre se acercó por la cubierta, destacándose del grupo. Era de estatura mediana, pero tan grueso, que parecía bajo. Sus ojillos brillaban de malicia en una faz rotunda. Tenía doble barbilla y una boca pequeña que sonreía.

—¿De manera que creyeron que estábamos haciendo

experimentos? —preguntó amablemente—. ¿Están ustedes seguros que Doc Savage no equipó su avión con algún nuevo aparato que se lo llevó repentinamente? He oído decir que Savage es capaz de hacer cosas muy extrañas...

—Sabemos tan poco respecto a esto asunto como ustedes —declaró Ham—. Si no me equivoco, usted es Cassalano, el mineralogista.

El hombre grueso se inclinó.

—Es un cumplido ser tan rápidamente identificado. ¿Tal vez tenían ustedes conocimiento de nuestro barco?

—Sí —respondió Ham—. Y contestábamos a sus llamadas de socorro. Dos barcos llegarán para ayudarles.

Salvatore Umbrogia Cassalano alargó las manos regordetas.

—Muy bien —dijo—. Cuando el volcán entró en erupción en la isla, nuestro timón rehusó funcionar. Hasta hace unos momentos, nos veíamos empujados sobre las rocas, en peligro de estrellarnos. El capitán Jarnagin había perdido el control del buque.

El aludido volvió a resoplar con indignación.

—¡Sí! —gritó con fuerza—. ¿Y, por qué ocurrió esto, se lo pregunto, señor Cassalano? A ver si no gobernaba mi barco como había que hacerlo. ¿Tal vez cree usted que podía...?

—¡Nada, nada, capitán! —interrumpió la voz seca de Caulkins—. Estamos convencidos de que hizo usted cuanto pudo. Nadie puede luchar con lo sobrenatural.

Ham y sus compañeros chorreaban agua. El endeble Long Tom se estremeció y Cassalano exclamó:

—No deberíamos tener a estos hombres helándose sobre cubierta. Si quieren bajar a nuestro camarote, les prestaremos ropa seca... Nosotros...

Salvatore Umbrogia Cassalano no pudo completar su amable ofrecimiento.

Uno de los tripulantes del "Narwhal" lanzó un grito, seguido de otros que provenían de sus compañeros. De pronto, los cuarenta y tantos marineros echaron a correr hacia el capitán Jarnagin, sacando el revólver en mitad de la cubierta.

—¡Por los cuernos... —Empezó a gritar el capitán Jarnagin, sacándose el revólver de la chaqueta, pues creyó que bajo la tensión del momento sus hombres habían perdido el dominio de sus nervios

y se amotinaban. Enarboló el revólver amenazadoramente.

—¡Ha vuelto a apoderarse de nosotros! —chilló un marinero—. ¡Nos ha cogido por la proa. ¡A las canoas, compañeros!

Los miembros de la tripulación se dividieron. En su pánico, ni se fijaron en el capitán y su revólver. Desataron nudos y las poleas crujieron. Una canoa cayó al mar y los hombres saltaron dentro. Algunos cayeron al agua, otros saltaron locamente, movidos por el terror.

El capitán Jarnagin aullaba de rabia. Su revólver escupió fuego y uno de los marineros cayó sobre cubierta con una pierna rota, gritando de dolor. La figura huesuda de Caulkins se interpuso. Cogió la muñeca del enfurecido capitán.

—¡No queremos que se derrame sangre, capitán! —dijo con tono perentorio—. ¡Mis colegas y yo pagamos por el buque! ¡Déjeme que intente calmar a los hombres!

Caulkins dio unos pasos adelante.

—¡Tiene sangre fría! —comentó Long Tom—. Pero qué creéis que...

El "Narwhal" se estremeció. Se oyó como una explosión y otro pedazo de la boca del cráter saltó y cayó al mar.

—¡Mirad allá abajo! —gritó Renny.

Con un leve sonido chirriante, un cuerpo alargado y al parecer de cristales, se había pegado al costado de acero del buque. No se veían garfios, pero el extraño objeto parecía enganchado al vapor por succión.

—¡Electromagnetos! —exclamó Long Tom—. ¡Son submarinos y uno de ellos se llevó al hidro!

—¡Mirad! ¡Aquí! ¡Pronto!

Ham era quien hablaba. Todos habían estado mirando hacia proa, donde los marineros continuaban moviéndose en medio de la mayor confusión. La canoa, llena a medias de hombres sobrecogidos de pánico, se alejaba del buque.

Detrás del capitán y de los demás y moviéndose sin ruido, se acercaban una docena de hombres, mientras otros salían de una pequeña escotilla abierta en la parte superior del submarino de cristal.

—¡Eso no es humano! —gruñó Renny—. ¡Pero tanto da, adelante!

Los enormes puños del ingeniero estaban fuertemente apretados. Su rostro alargado tenía una expresión solemne. Renny tenía siempre la misma expresión cuando algo le gustaba. Actualmente anticipaba la agradable tarea de romper algunas cabezas. El hecho de que los hombres que salían del submarino vestían una especie de armadura plateada, no le detenía.

—¡Mira, Ham, ya vienen! —dijo Long Tom con asombro.

Ham comprendió lo que Long Tom quería decir. Los hombres que salían del submarino de cristal alcanzaban la cubierta del barco sin mucho esfuerzo. En realidad, parecía que les bastaba apretar un poco con los pies para flotar hacia arriba. Sin embargo, una vez que tocaban la cubierta, andaban con toda normalidad.

Ya había allí más de una veintena de aquellos extraños visitantes. Todos eran de estatura mediana y llevaban túnicas apretadas al cuerpo. Cosa asombrosa, ninguno de ellos parecía estar armado. Sus manos colgaban vacías.

—¡Por los cuernos de Satanás! —gritó el capitán Jarnagin—. ¿Qué demonios creéis ser? ¡Salid de mi buque! ¡Aquí no admito piratas!

El hombre que iba a la vanguardia se detuvo bruscamente.

—¡Santa Virgen! —exclamó Renny—. Sí no fuese tan alto y no tuviera este color extraño, se diría que es Monk en persona.

El jefe tenía, en realidad, bastante parecido con el simiesco compañero de Doc. Sus brazos eran largos, era ancho de espaldas y su maxilar inferior sobresalía considerablemente. Sus ojos, de grandes y dilatadas niñas, eran hundidos bajo una frente prominente.

—Es el individuo que vimos por televisión —dijo Ham.

El jefe levantó la mano. Cosa sorprendente, habló en excelente inglés:

—No hemos venido a luchar —dijo con voz lenta y clara—. Tan sólo queremos este inferior artefacto de hierro que llamáis un barco.

El capitán Jarnagin blandió su revólver y disparó.

CAPÍTULO VIII

CAMISAS DE FUERZA

—¡OJO, capitán Jarnagin! —ordenó la voz seca, de Caulkins—. ¡No debemos apresurarnos!

Los largos y huesudos dedos del economista cogieron la muñeca del iracundo capitán en el momento de apretar el gatillo del arma. La bala que debió herir al jefe de los invasores vestidos de metal, se desvió y se incrustó en las planchas de acero de la cubierta.

Al mismo tiempo, Caulkins sacó una pistola de tipo más moderno, del bolsillo del grueso gabán que llevaba para protegerse del frío ártico.

Aparentemente, estaba dispuesto a luchar, pero quería antes hacer uso de la diplomacia.

—Veo —dijo el economista—, que usted y sus hombres del extraño submarino, vienen desarmados. Su declaración de que desea nuestro barco es demasiado absurda para que la tomemos en consideración. Si son ustedes responsables de los daños sufridos por este vapor, les pediremos daños y perjuicios y tal vez entablemos una causa criminal.

El jefe de los invasores no se había movido. Ham, que les miraba con atención, observó:

—Sus pieles no son naturales, o están muy pintadas.

Era cierto. Los rostros y las manos de los visitantes tenían un matiz plateado.

Su piel parecía no tener poros. No tenían barba, ni tampoco cejas.

El jefe no pareció preocupado por el disparo del capitán, y algo parecido a una sonrisa dio a su cara una expresión de macabro desprecio.

—Tomaremos este barco —dijo lentamente, sin levantar la voz—. Os será devuelto en buen estado. Usted y sus hombres serán desembarcados en una isla hasta nuestro regreso. Yo soy Zoro... Pienso recibir a un huésped distinguido... el mayor hombre de ciencia del mundo será pronto mi visitante.

Miró a Ham, a Renny y a Long Tom.

—Tenemos ya a tres de sus ayudantes con nosotros —prosiguió con calma—. Otros dos le acompañan hasta aquí. Sólo satisfago un capricho recibiendo al hombre que se supone es el mayor hombre de ciencia del mundo. Estoy hablando de Doc Savage.

Los anchos hombros de Renny se estremecían. Sus enormes puños se contraían peligrosamente y el nombre de Doc Savage obró como un fósforo aplicado a un barril de pólvora.

—¡Zoro, eh! —exclamó—. ¡Pues bien, vais a saber cómo me llamo yo!

El enfurecido ingeniero saltó adelante, moviendo ambos puños con la rapidez del relámpago. El jefe, Zoro, le evitó con un ademán increíblemente rápido. El hombre que le seguía no fue tan ligero y el golpe destinado al jefe le cogió a él y a otro compañero. Todo ocurrió tan rápidamente que fueron derribados como en un juego de bolos.

Sus largas túnicas hicieron un ruido metálico al tocar la cubierta. El capitán Jarnagin arrancó su muñeca de la mano de Caulkins y volvió a apuntar a Zoro con su revólver.

Entonces, Zoro habló rápidamente y en un idioma que ninguno de los compañeros de Doc entendía. Ham, que estaba sacando su espada, vio las manos de los invasores de piel plateada posarse en sus anchos cinturones.

El revólver del capitán no hizo fuego, así como tampoco la automática que Caulkins empezaba a levantar. Esas armas les fueron arrancadas de la mano por alguna fuerza invisible. Una de ellas, al volar por el aire, rozó el cráneo de Ham y le hizo tambalearse.

Mientras, Renny empleaba los puños con devastadora eficacia. Tres hombres más estaban en el suelo. Long Tom estaba sacando su pistola misericordiosa; pero ésta le fue arrancada de la mano y siguió el mismo camino que las armas de Caulkins y del capitán.

Ham y Long Tom lanzaron una exclamación de asombro.

Las pistolas habían volado por el aire, yendo a adherirse a los cinturones de tres de los invasores. Estos las recogieron y se las pusieron en el interior de las túnicas.

Un cubo de limpieza, de hierro galvanizado, se deslizó ruidosamente por las planchas de acero de la cubierta, seguido de un par de cabillas. Algunos otros objetos pequeños, todos de metal, se precipitaron contra los cinturones de los invasores. Con toda facilidad, éstos los desprendieron y los tiraron al agua:

De pronto se oyó una música extraña y quejumbrosa. Renny se paró en seco con un puño en el aire.

—¡Es Doc! —gritó—. ¡No puede ser, pero es Doc!

A Renny, Ham y Long Tom, la música de las flautas les parecía similar a la que oían de labios de su jefe en momentos de apuro. Renny se volvió con el asombro pintado en el rostro. Durante unos instantes, Ham y Long Tom demostraron igual extrañeza. Sin embargo, los tres y los demás hombres que estaban cerca de los invasores, se sentían débiles y mareados. El capitán Jarnagin blasfemó en voz alta y se apoyó en la borda.

Ham había logrado conservar su espada. Aunque los oídos le zumbaban, y una nube le pasaba ante los ojos, el abogado saltó sobre Zoro con la espada brillante en la mano. La punta de ésta estaba mojada en la misma droga que usaban en las cápsulas anestésicas.

Ham pensó que si lograba eliminar al jefe, los demás invasores les darían poco trabajo. El hecho de que no llevaran armas resultaba alentador.

Zoro vio la punta de la espada amenazado su estómago; pero no se dignó dar tan solo paso a un lado. En cambio, una de sus manos se posó, rápidamente, sobre su cinturón y se oyó un chasquido metálico.

Ham miró tristemente su espada, cuya punta se había roto contra la túnica metálica de Zoro.

Renny, que hasta entonces sólo puso en juego sus puños, sacó su pistola de un bolsillo de su chaqueta a prueba de balas.

Su manaza la tenía demasiado bien agarrada para que la fuerza misteriosa la arrancara de la misma.

Apretó el gatillo, apuntando a Zoro, y entonces algo extraño ocurrió.

Zoro dijo tranquilamente: —¡Es completamente inútil!

Era cierto. No pudo hacer funcionar el arma, que parecía formar una sola masa compacta.

Ham y Long Tom estaban apoyados en la borda. Renny se movió con dificultad y se sentó en la cubierta. El capitán Jarnagin se había dejado caer al suelo. Caulkins y Cassalano se tapaban los oídos con los dedos.

Otra canoa de marineros sobrecogidos de pánico cayó al mar, dando media vuelta. Los demás miembros del grupo científico se echaban atrás con pasos inciertos. Todos parecían estar intoxicados.

Zoro levantó la mano y dió una nueva orden.

Luego dijo:

—¡Era necesario probarles que están indefensos!

La extraña música cesó de pronto y Zoro prosiguió:

—Podíamos haber tocado la música de muerte. Hemos sido magnánimos. Tan sólo queremos este barco sin valor para fines nuestros. El capitán será pagado en consecuencia.

Homer Pearson Caulkins dio un paso adelante. Su rostro delgado y ascético, traducía un verdadero dolor. Sus palabras sorprendieron a Ham.

—Usted se llama Zoro —dijo el economista—. Su demostración ha sido notable y todavía lo será más el hecho de que Doc Savage sea su huésped, como dijo usted. ¿Sabe usted que tres de sus famosos compañeros están aquí?

—Zoro sabe muchas cosas —declaró el jefe con calma y nombró a los tres ayudantes de Doc que se encontraban a bordo del "Narwhal".

Caulkins se volvió a Cassalano.

—Es extraño —hizo observar—. Tal vez Doc Savage sepa más de este asunto de lo que suponernos. No puede ser por mera casualidad que sus hombres se encuentran aquí. A ver, Zoro, explíquenos algo. ¿Por qué desea adueñarse de nuestro barco?

Ham estaba mirando a Cassalano. La doble barba del mineralogista temblaba y sus ojillos astutos no brillaban ya con la alegría de antes.

—Es peligroso molestar a Doc Savage —declaró Cassalano—. Usted y sus hombres llevan extraños vestidos, Zoro. Nunca he visto esta composición antes y creo entender los metales.

Zoro volvió a tomar la palabra. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

Pareció burlarse de los conocimientos de Cassalano.

—Es verdad que sabe muchas cosas —asintió—. Pero no adivina siquiera por qué os encontráis todos indefensos ante nosotros. Es posible que el maravilloso Doc Savage lo descubra; pero yo cuidaré de que no sea así.

—Doc Savage posee la extraña facultad de saberlo todo antes de que se le diga —dijo Cassalano—. Se lo advierto, y ¿cree usted que Doc Savage vendrá aquí?

—Doc Savage llegará dentro de muy pocos minutos —dijo Zoro con seguridad—. Por desgracia, algunos de mis planes han sido desbaratados. Pero el hombre de bronce me será entregado pronto.

—¡Está usted loco! —exclamó Renny que empezaba a volver en sí—. No hace dos horas que Doc Savage nos hablaba desde el puerto de Vancouver en la Columbia británica, a más de dos mil millas de este lugar. Puede usted ser una especie de mago, Zoro, pero creo que ahora se equivoca de par en par...

—No me equivoco nunca —dijo Zoro con sorna—. Su jefe de la piel de bronce está a punto de llegar.

—¡Otro cuento tártaro! —se burló Ham—. ¡Si la punta de mi espada no se hubiese roto!...

El aire se estremeció y el mar, tan tranquilo hacía momentos, se enfureció.

Grandes olas embistieron el costado del "Narwhal" y el trueno retumbó a lo largo de la costa gris de las Aleutianas.

Una nueva grieta apareció en el costado del volcán de la isla y una nueva porción del acantilado se desmoronó.

—¡Aroon da spurz! —gritó Zoro, o así creyó Ham que había dicho.

Antes de que nadie pudiera moverse, los hombres de piel plateada se echaban sobre ellos. Los puños de Renny volvieron a trabajar con brío.

La aguda melodía brotó de una docena de flautas a la vez. Ham fue el primero en sentirse envuelto en lo que se le antojó una red metálica. En vano intentó libertar sus manos y vio que sus compañeros también estaban cogidos.

Las redes habían sido echadas sobre sus cabezas y se deslizaron

como largas chaquetas sobre sus cuerpos, enredándose en torno a sus piernas. En pocos segundos, todos los componentes del grupo estuvieron así vestidos.

Las manos de Ham estaban libres dentro de esa especie de blusa; pero tenía las piernas tan sujetas que cayó cuan largo era. Además, al mover los brazos, fué como si una cinta metálica le rodeara el cuello. La menor presión de sus manos le dejaba sin respiración.

Ham dio media vuelta sobre sí. Renny y Long estaban echados a su lado sobre la cubierta. Caulkins y Cassalano llevaban chaquetas similares, así como el capitán Jarnagin, quien estaba blasfemando con la maestría que caracteriza a los lobos de mar, pero cada vez que el capitán movía las manos, su cara redonda y roja se ponía más encendida aún.

Las chaquetas metálicas eran algo diabólico.

En torno al buque, el mar brillaba extraordinariamente. Era evidente que otro sector del volcán había entrado en erupción.

Zoro estaba de pie y cruzado de brazos, mirando a sus prisioneros.

—Doc Savage ha llegado —anunció sin levantar la voz.

Algo rozó el costado del "Narwhal", en el lado opuesto al del desembarque de los hombres de Zoro.

CAPÍTULO IX

UN BUQUE EN LA NOCHE

DOC Savage despertó y al recobrar el pleno conocimiento, todos sus nervios estuvieron instantáneamente alerta. El hombre de bronce no se movió. Los oídos le zumbaban y le dolían todavía. Abrió lentamente los ojos.

Doc había sufrido ya muchas transiciones extrañas en su vida, pero ésta era la que más desconcertado le tenía. Lo último que recordaba era haber visto a la hermosa y misteriosa Lanta disparar contra él, contra Johnny y Monk con una de sus propias pistolas.

Doc recapacitó que antes de perder el conocimiento pudo derribar a la muchacha con una bala misericordiosa; pero la reflexión detuvo su mano, pues comprendió que la chica tenía un propósito oculto al disparar aquellas balas.

Sin embargo, aquello no le explicaba su actual situación. Un olor agrio, a podrido, a agua de pantano, le hirió el olfato, dándole a entender que se encontraba a bordo de un barco. Recibir un tiro en un ventisquero y despertar en un buque, era algo que no le había sucedido aún.

De momento, Doc sólo podía suponer que el barco estaría en los alrededores de Vancouver. El se encontraba echado sobre placas de hierro, y sus músculos, a pesar de su fortaleza, le dolían un poco.

Al cabo de pocos segundos, descubrió que no se encontraba en los alrededores de Vancouver, sino a muchos centenares de millas de allí. El hombre de bronce sabía, como nadie, adivinar por el olfato o el tacto, el lugar del mundo en donde se encontraba. Juzgó que no estaría a gran distancia del Círculo Ártico.

Un frío intenso reinaba en torno suyo.

El barco se movía rápidamente y su velocidad era mayor que la

del buque más moderno. Cosa asombrosa, más todavía que la velocidad, el barco viajaba con la popa delante. Una bombilla encendida al lado de un timón le reveló este hecho. La hoja de una hélice rota golpeaba las planchas de acero.

Los cables del timón no se movían y era evidente que el timón también estaba descompuesto.

Doc se irguió, descubriendo que apenas podía moverse.

Tenía los brazos metidos en una prenda fría y ancha, fría porque era metálica. Además, la temperatura del barco no podía ser mucho más de cero grado.

Cerca de él, otro cuerpo se movió. Doc intentó levantar las manos, pero se detuvo en el acto, puesto que el movimiento le ocasionó una presión terrible en su garganta. Estaba prisionero dentro de una extraña chaqueta. Debido a algún mecanismo, al mover las manos apretujaba una cinta metálica que tenía en torno al cuello.

Alguien restregó los pies en el suelo y gimió. Era Monk que estaba echado al lado de Doc. Más lejos, Doc vió, atados e indefensos, a Johnny, Long Tom y Ham. Otros prisioneros yacían más lejos, en la oscuridad.

El gemido de Monk se transformó en algunas exclamaciones:

—¡Maldito sea! —gimió castañeteándole los clientes—. ¡Esto es el colmo! Primero vuelo como un pájaro. Luego despierto en mi barco de cristal e intento salvar a esa niña bonita que se llama Lanta. ¡Y que me aspen si esa pillá redomada no me tumba con mi propia pistola! ¡Ahora me parece que estoy en un barco y empiezo a cansarme de la aventura!

De lo que se deducía que los acontecimientos se habían desarrollado demasiado deprisa para la mente todavía medio embodada del químico.

Los demás compañeros de Doc volvían en sí y Johnny replicó a la queja de Monk. Aun en aquella situación apurada, encontró algunas palabras retumbantes.

—El ser susceptible a los encantos femeninos trae siempre consigo la desilusión —dijo solemnemente—. Una concatenación ocurre sobre mi tímpano.

—¡Caramba! —exclamó Monk—. ¿Eso también ocurrió?

—¡También a mí me zumban los oídos! —dijo entonces la voz

tranquila de Ham—. Y cada vez que despierto de una pesadilla, descubro que he estado durmiendo cerca de un miembro de la familia de los simios.

Monk respondió:

—¡Este sitio huele a establo! ¡Ahora se lo que es!

La lucha verbal entre el químico y el abogado era cosa de siempre. Por seria que fuese la situación en que se encontraban, no perdían nunca la ocasión de zaherirse mutuamente.

Doc Savage habló por primera vez:

—Me parece, hermanos, que alguna fuerza misteriosa nos ha reunido. Monk, Johnny y yo estábamos en un ventisquero, cerca de Vancouver. Se conoce que hemos estado inconscientes bastante tiempo, aunque a mi me hace el efecto que tan sólo ha sido cosa de una hora o dos.

—¡Recórcholis! —exclamó Renny—. ¡No ha sido más que eso, Doc! Un sujeto que lleva vestidos a prueba de balas y que se llama Zoro, decía que te estaba esperando!

—Por lo visto, decía la verdad —hizo observar Ham secamente—. No sabemos cómo habrá sido; es verdaderamente misterioso, pero no habrán transcurrido más de dos horas.

—Zoro me parece tener unos medios de transportes excelentísimos —dijo Doc—. —Nos tumbaron, tal como Monk os lo ha dicho, con una de nuestras pistolas, manejada por una muchacha; pero el zumbido de nuestros oídos proviene de los instrumentos que se parecen a flautas.

—Eso es porque os habéis topado con otros sujetos de la misma pandilla —declaro Renny—. Ahora nos encontramos a bordo del vapor "Narwhal" que está viajando con la popa delante, a gran velocidad y sin ayuda de las máquinas.

Monk volvió a gemir hondamente:

—¡Rayos y truenos! —suspiró—. Primero. Johnny y yo volamos como unos lindos pajaritos en compañía de una pareja de grasientos indios... luego nos transportan a miles de millas de distancia en una hora... La próxima vez que despierte, supongo que me veré transformado en pez o algo por el estilo.

Ham rió de buena gana.

—No saldrías perdiendo con el cambio —dijo con voz solemne.

—¡Si pudiese desatar mis manos! —aulló Monk—. ¡Ayyy!

Sus esfuerzos habían conseguido apretar la cinta metálica que le rodeaba el cuerpo.

—¡Maldito seas!... ¡Tú me has hecho hacer esto!

Ham se rió por lo bajo y de pronto dije con tono serio:

—¿Qué has descubierto respecto a ese Zoro, Doc?

El hombre de bronce permaneció callado. De pronto se oyó una extraña música, parecida a los trinos de un pájaro. Aunque sus compañeros sabían de sobra que emanaba de Doc, volvieron instintivamente la cabeza, pues la temible melodía de las flautas era un recuerdo que no se borraba de su mente.

Doc se había dado cuenta que el barco aminoraba la marcha. El "Narwhal" había hendido el agua a una velocidad fantástica y su cambio de marcha fue tan abrupto, que los hombres rodaron por el suelo metálico. Dos figuras más, cubiertas con las chaquetas metálicas surgieron de la oscuridad.

Eran Caulkins y Cassalano. Doc les conoció sin que hablaran. Aguzaba el oído, pues el "Narwhal" habíase parado bruscamente como si hubiese embarrancado, cosa que no había ocurrido. No hubo choque... De pronto se oyó un chirrido. Aparentemente su prisión flotante había tocado una playa rocosa.

Oyeron pisadas en la cubierta y una fuerte voz que exclamaba:

—¡Por los cuernos de Satanás! ¡No puedes robarme mi barco ante mis propios ojos, so pirata diabólico! ¡Me habéis roto el timón y la hélice! Dejadme salir de esta infernal camisa de acero y os retorceré el pescuezo.

—¡Se conoce que nuestro amigo el capitán está tan elegantemente ataviado como nosotros! —comentó Ham—. ¡Deben desembarcar a los otros compañeros.

Una voz calmosa confirmó instantáneamente la suposición de Ham.

—Su barco le será devuelto, mi buen capitán. Sólo lo necesitamos por poco tiempo. Hemos dejado comida de sobras a sus hombres y cuando regresemos, será usted pagado en oro virgen por más valor que varios buques de hierro y calidad inferior como el suyo. Sus hombres le quitarán fácilmente la túnica una vez que nos hayamos alejado.

La voz del capitán se elevó una vez más, siempre protestando; pero las pisadas se alejaron y al cabo de pocos minutos el buque

volvió a ponerse en movimiento a una velocidad que parecía mayor aun que antes.

Doc dio tumbos hasta acercarse a Monk, que era el que estaba más cerca de él sobre las planchas de acero. Una sola mirada le había bastado para comprender el dispositivo según el cual estaban sujetas a sus cuerpos las chaquetas metálicas. Sin embargo, vió que su construcción era tan ingeniosa que tan sólo la mano humana podía abrirlas. Había esperado que les fuera posible libertarse haciendo uso de sus dientes.

Homer Pearson Caulkins logró rodar hasta Doc. El rostro delgado del economista estaba azul de frío; pero seguía tan animoso como siempre.

—Hace tiempo que esperaba el momento de conocerle, Clark Savage —dijo—. Y lo hacemos en circunstancias por demás extrañas. Sin embargo, no conozco a ningún otro ser humano a quien preferiría tener a mi lado en el presente apuro. Este hombre que se hace llamar Zoro me parece poseer algunas armas científicas desconocidas.

—Su trabajo en el Sur fue excelente —contestó Doc—. ¡Ambos hemos escogido lo que parece un momento inoportuno para encontrarnos con Zoro!

Caulkins pareció sorprenderse al oír las palabras del hombre de bronce.

—¿No quiere usted darme a entender que si se encuentra aquí es porque así lo ha querido, Savage? —dijo rápidamente—. Por mi parte, no deseo conocer a nadie como ese Zoro.

—Fue porque así lo quise —replicó calmadamente Doc—. Únicamente, no he tenido todavía la oportunidad de verle; pero eso ocurrirá pronto, supongo.

—No puede tratarse más que de un loco —declaró Caulkins—. A propósito, Savage, ¿conoce usted a Cassalano, el mineralogista?

—Sé que es hombre de conocimientos extraordinarios —dijo el hombre de bronce.

—Gracias —contestó el profesor—. ¿Ha oído usted a Zoro diciendo al capitán que la pagaría su barco en oro virgen?

—¡Hum! —resopló Monk—. Y escriben sus mensajes sobre papel hecho de oro puro.

Los hombres de Doc no acostumbraban a hablar tanto, pero

Monk se dejaba a menudo llevar de su entusiasmo.

—¿Mensajes? —exclamó Caulkins—. ¿Han recibido pues mensajes de ese Zoro? Ya se me ocurrió que algo más que una mera coincidencia hacia que tres de sus hombres estuviesen por aquí.

No cabía duda que su tono traicionaba la sospecha que sentía. Doc no contestó. Su prisión flotante proseguía su viaje en vertiginosa carrera. La acometida del agua llenaba la cala con un rugido sordo. Aunque se movía hacia atrás, el barco hendía el océano como si éste hubiera tenido las tranquilas aguas de un lago. Las gruesas planchas de acero temblaban bajo la presión.

Doc y sus hombres se dieron bien pronto cuenta de que la temperatura subía en su cárcel. Parecía imposible en tan poco tiempo y, sin embargo, Doc comprendió que había entrado en la Corriente del Japón. Esta es la gran corriente del Océano Pacífico que hace de California una estación invernal y da a las costas de Oregón. Washington y la Columbia británica una temperatura mucho más alta que la de los lugares de la misma latitud que se encuentran del lado del Atlántico.

Caulkins no había vuelto a hablar a Doc o a sus hombres. Se había vuelto del otro lado y conversaba en voz baja con Cassalano.

—Me parece que creen que somos cómplices de ese Zoro —hizo observar Long Tom en voz baja.

Doc hizo caso omiso de esta reflexión. Desde el sitio en que se había colocado moviéndose como podía, vigilaba el cielo a través de una portañola.

La brisa había cambiado de olor y el hombre de bronce respiró hondamente.

—Viajamos peligrosamente cerca de la costa inferior del Estado de Washington —declaró—. A la velocidad espantosa que llevamos no estamos a muchos minutos de la barra, del Río Columbia.

—¡Rayos y centellas, Doc! —exclamó Monk—. ¿Cómo puedes saber esto?

—¡No hay equivocación posible al pasar a alguna distancia de la explotación de la pesca de ballenas de Gray Harbor, con esta brisa que sopla desde la orilla! —explicó el hombre de bronce—. El puerto en cuestión es el primero que se encuentra sobre la desembocadura del Río Columbia. Hemos viajado a una velocidad nunca alcanzada por tierra, mar o el aire.

Doc Savage decía la verdad. Mientras el iracundo capitán se lamentaba en una isla solitaria de la costa de la Columbia británica, el "Narwhal" había huido con la velocidad de un buque fantasma. Aunque no era todavía el día, el buque se acercaba en efecto a la gran barra de la desembocadura del ancho río Columbia.

Desde que había vuelto en sí. Doc había trabajado sin cesar con sus manos.

Tendiendo sus fuertes músculos contra la faja metálica que le apretaba el cuello, había descubierto un hecho sorprendente.

Aunque le habían dominado, los hombres de Zoro olvidaron quitarle varios objetos pequeños que Doc llevaba ocultos en bolsillos secretos de su chaqueta a prueba de balas. También pudiera ser que considerasen sin importancia algunos frasquitos que traía consigo.

Zoro tenía fe en sus propias armas y, por lo visto, despreciaba las de sus enemigos.

Los dedos del hombre de bronce tropezaron con un nuevo objeto. Era un disco redondo y plano que llevaba sobre el pecho. Su chaqueta lo cubría. A pesar de ser tan numerosas sus invenciones, Doc sabía siempre dónde tenía que poner la mano para encontrarlas. Aquel objeto no estaba allí cuando Doc se encontraba en el ventisquero y fue colocado durante las dos horas en que permaneció sin sentido. Doc podía sospechar una trampa, pues podía tratarse de alguna máquina infernal.

Pero la memoria del hombre de bronce no fallaba nunca. Una vez había visto o tocado algo, sus detalles permanecían grabados en su mente. Recordó enseguida dónde había visto otro objeto igual... Era debajo de la túnica del asesinado de Stanley Parle. Alguien había equipado a Doc con un pequeño aparato receptor y emisor de radio.

¿Quién pudo hacerlo?

Lanta lo había derribado con su propia pistola misericordiosa. En aquella ocasión se veía perseguida por unos hombres a los que llamaba enemigos y que tenían a Zoro a su cabeza. Decía tener a hombres de Zoro entre su propia gente. Luego, debió acercarse a Doc mientras éste estaba inconsciente, pero ¿qué uso esperaba que él hiciera del aparato de radio portátil?

Cada movimiento de las manos de Doc le obligaba a contraer los

músculos del cuello para defenderse del diabólico aparato que le apretaba sin piedad.

La velocidad del "Narwhal" disminuía y, el casco del buque parecía abrirse camino entre alguna sustancia más resistente que el agua.

—¡Hermanos! —anunció Doc—. Estamos pasando por encima de la barra del Río Columbia. Hemos de formar algún plan para llegar hasta una de las portañolas.

—¡Maldito! —rezongó Monk—. ¡Quisiera ver algo! ¡Esto da la impresión de que somos topos!

—Creo adivinar que este viaje tiene algún fin definido —hizo observar Doc—. Supongo que estamos a punto de visitar uno de los puertos del Río Columbia con un propósito. Es evidente que intenta tomar a bordo algún cargamento.

—¿Qué es lo que le hace creer esto, Savage? —dijo Cassalano—. Me inclino a creer que sabe mucho más respecto a este asunto de lo que ha confesado.

—Esta deducción es obvia —dijo Doc con toda calma.

El hombre de bronce no tradujo resentimiento al notar el recelo de la voz del economista.

—De fijo que posee medios de transporte muy superiores a este vapor —prosiguió—. Pero por algún motivo oculto, desea que se vea a este buque. Tal vez haya otras circunstancias que desea hacer públicas.

—¿Qué implica usted con esto, Savage? —preguntó Caulkins con tono más seco que antes.

El hombre de bronce no contestó. Estaba contorsionado su cuerpo de un modo extraño. La única portañola de la cala estaba abierta y su tapa de hierro se mecía libremente sobre sus goznes.

La chaqueta metálica sujetaba fuertemente las piernas de Doc, sin permitirle doblar las rodillas. Únicamente sus manos y sus brazos podían moverse levemente. Había cambiado de posición hasta que con la nuca pudo tocar las planchas de acero del lado. Tenía los pies doblados y movía fuertemente los dedos.

El hombre de bronce dio media vuelta. Ahora era su cara la que tocaba el casco de acero del buque. Apoyándose en los dedos de los pies le servían de punto de apoyo. Finalmente, su barbilla llegó a la altura de la portañola.

Manteniéndose en pie, con la barbilla fuertemente apoyada en el acero, Doc podía ver afuera. El "Narwhal" se movía a tal velocidad, que el agua verdosa tan sólo se hallaba a un pie poco más o menos debajo de la portañola.

—¡Caramba! —exclamó Renny—. ¿Dónde estamos, Doc?

Antes de que el hombre de bronce pudiera contestar, se oyó un débil ruido, una especie de vibración, contra su pecho. Unas ondas eléctricas corrieron por sus músculos y unas palabras susurradas llegaron a sus oídos.

Doc comprendía que ni sus amigos ni los otros prisioneros podían oírlas con el rumor del agua contra los costados del "Narwhal".

—Clark Savage —dijo la voz—. Estoy cerca... ¿Puede usted hablarme? Apriete el segundo y el cuarto botón, para transmitir... Puede usted emplear esto para... ¡OH!

Las palabras expiraron y se oyó un ruido ahogado. La voz era la de Lanta.

La muchacha había intentado transmitirle un nuevo mensaje. Doc apretó los botones señalados en el extraño aparato portátil y habló en voz baja.

—¿Dónde está? ¿Qué quiere que haga?

Comprendió que sus palabras eran transmitidas pero no recibió respuesta.

Repitió la tentativa tres veces y en vano. Algo le había ocurrido a la muchacha mientras estaba hablando. Le había dicho que se encontraba cerca...

Doc se preguntó si eso significaría que el cilindro de cristal seguía al "Narwhal". Tal vez la muchacha se vio libre tan sólo el tiempo suficiente para intentar una comunicación.

CAPÍTULO X

EL "NARWHAL" ECHA EL ANCLA

DOC se alejó de la portañola y se dejó rodar por las planchas de acero. Sin una palabra a sus compañeros, se dirigió al rincón oscuro, al que no llegaba la luz de la única bombilla.

Sus asombrados compañeros le oyeron decir:

—Estaba seguro que estaba usted cerca. Sus hombres perdieron la batalla.

Una voz melodiosa contestó:

—De esto no estoy segura. He sido vencida y se me llevó Zoro. A menos de que podamos escapar de manos de los hombres de las túnicas metálicas, nuestra causa está perdida. Zoro le perdonará la vida, pero destruirá a sus hombres. Ellos no pueden ayudarle.

De la oscuridad, al lado de Doc, surgió una figura esbelta. Una de las chaquetas metálicas sujetaba el cuerpo de la muchacha. No se veía de ella más que la franja de oro de su vestido y la cinta dorada que sujetaba su brillante cabello negro.

Cuando rodó bajo la luz, su rostro fue visible y Ham lanzó una exclamación de asombro. Nunca había visto facciones más puras ni perfectas. La muchacha tenía una nariz recta y pequeña, grandes ojos oscuros y un rostro ovalado de dibujo aristocrático.

—¿De modo que ésta es la muchacha Lanta? —preguntó Ham en voz baja—. ¡Bien, es guapa de veras!

¡Hum! —resopló Monk que por una vez quiso aparecer indiferente—. ¿Será su costumbre disparar sobre la gente con sus propias armas? Ella nos tumbó a Doc, a Johnny y a mí.

—Es una verdadera lástima que no acabara la faena con uno de vosotros —declaró Ham—. ¡No tienes que pensarlo mucho para comprender a quién me refiero!

Caulkins y Cassalano contemplaban a la muchacha. Esta les miró y murmuró a Doc.

—¿La acompañan esos dos hombres? Creí que sólo eran cinco.

Doc no contestó, sino que rodó una vez más por el suelo, moviéndose de tal manera, que tras muchos esfuerzos pudo meterse la mano en otro de sus bolsillos ocultos.

El "Narwhal" se movía más despacio pero el hombre de bronce estaba demasiado ocupado para notar la dirección que el buque tomaba. Sus dedos ágiles habían logrado extraer un frasquito de entre los pliegues de la chaqueta metálica.

Con sumo cuidado, Doc probó los gestos que lograba hacer dentro de su cárcel. Sus manos no podían moverse más que unos centímetros sin que aumentara la presión ejercida sobre su cuello. Entre su cuerpo y la chaqueta metálica, llevaba otra chaqueta a prueba de balas. El metal de que estaba hecha ésta era quizá el material más impenetrable que existiera en el mundo.

Doc reflexionó un momento. Si fracasaba en su intento, le amenazaba una muerte terrible, una tortura ante la cual cualquier hombre vacilaría. Sería como si le hundiesen un hierro candente en el cuerpo.

El hombre de bronce miró a sus compañeros pero no esperó más. Dio media vuelta sobre sí, volviéndose de espaldas a los demás. Una de sus manos empujaba la chaqueta metálica todo lo más lejos de su cuerpo que podía. Para lograrlo, se veía obligado en echarse sobre su estómago, formando un arco con sus pies y su barbilla.

Ningún otro hombre hubiese podido aguantar esta posición más de unos segundos. El cuerpo del hombre de bronce se puso tan rígido como una barra de acero. Con el pulgar abrió cuidadosamente el frasquito y vertió unas cuantas gotas sobre el pliegue exterior de la chaqueta metálica.

Un líquido de feo aspecto fluía lentamente de la botella. Los músculos del estómago de Doc se contrajeron hasta que casi todos sus órganos vitales se refugiaron en la cavidad de sus costillas superiores.

Cuando parte del líquido se hubo derramado, Doc volvió a cerrar la botellita y logró volverla a su escondite. En equilibrio sobre la barbilla y los dedos de los pies, esperó. Contuvo la respiración, mientras un vapor dañino saturaba el tejido metálico de

la chaqueta.

Aun entonces, el hombre de bronce no estaba seguro de lograr un buen éxito. La aleación del metal de la chaqueta sería quizá demasiado resistente.

De ser así, Doc comprendía que se encontraría en una posición horrible.

Casi un minuto pasó de tal modo. El "Narwhal" viajaba a velocidad mucho más normal que antes. Olores a pinos y a abetos indicaban que el barco no se encontraba lejos de la costa.

Doc pensó que Zoro se acercaba ahora a alguna meta donde no quería ser visto.

El hombre de bronce alargó una mano para hacer una prueba. Su brazo salió bruscamente de la chaqueta.

El líquido que había usado era un ácido mortal y extremadamente eficaz que empleaba a menudo para cortar barrotes de acero. Si una sola gota hubiese tocado el cuerpo de Doc antes de evaporarse, ningún remedio conocido hubiera evitado que le hubiese roído la carne.

Doc abandonó su penosa posición y dio media vuelta. Ham se encontraba a su lado y a dos pasos estaba el cuerpo esbelto de muchacha Lanta. El hombre de bronce dijo a media voz:

—Que nadie se mueva hasta que dé la orden. Voy a abrir vuestras chaquetas. Esperad a estar todos libres antes de deshacerlos de ellas.

Los grandes ojazos de Lanta miraban al hombre de bronce con incredulidad.

Las hábiles manos de Doc estaban ya aflojando los lazos automáticos que rodeaban su cuello.

—Nadie ha logrado todavía hacer eso —murmuró la muchacha—. Empezaba a perder toda esperanza. Ahora estoy segura de no haber cometido un error al ponerme en contrato con usted.

Y sus ojos expresivos dijeron muchas más cosas aun que el hombre de bronce hizo como que no las veía. Lanta era una de las mujeres más bonitas que había visto y sin pecar de presumido, podía confesarse que había hecho una profunda impresión sobre su ánimo.

Aparentemente, Caulkins y Cassalano no habían visto que Doc estaba libre.

El mineralogista habló, traicionando la tensión de sus nervios.

—¡Por el amor de Dios, Savage! —suplicó—. Usted tiene la reputación de ser más ingenioso que nadie. ¿No podemos escapar de esta situación? No puedo aguantar esto mucho más tiempo. Sufro horriblemente.

Caulkins habló, aunque con más sangre fría que su colega:

—Sí, Savage —dijo—. Si algo puede hacerse, creo que ha llegado la hora... Tengo el presentimiento que ese Zoro ha jugado con nosotros. Tal vez desee únicamente retenernos como rehenes en cualquier diabólica empresa suya, para evitar que las autoridades destruyan el buque.

—No dudo que haya acertado usted en parte —contestó Doc—. Pronto vamos a vernos libres de esas chaquetas: pero creo que deberíamos esperar una buena oportunidad para atacarles por sorpresa.

Lanta se puso de pie y los hombres que seguían atados dejaron oír varios murmullos.

—¡Es guapa de veras! —hizo observar Ham que era admirador de la belleza femenina...

Doc estaba aflojando la chaqueta que aprisionaba a Monk. El químico lanzó una exclamación de disgusto:

—¡Claro que es guapa! Todos podemos verlo.

Y Monk siguió contemplando a la esbelta y hermosísima muchacha, dándose vagamente cuenta que no era una mujer vulgar. Zoro les participó que era una princesa y parecía haber dicho la verdad.

Lanta poseía una tranquila dignidad y erguía la cabeza regiamente.

Caulkins alabó la destreza de Doc cuando éste le aflojó la chaqueta. El hombre de bronce abrió la que aprisionaba a Cassalano cuyo cuello parecía pegado a la garganta del mineralogista. De pronto, Cassalano lanzó un grito de dolor. Se oían pasos en la cubierta y Doc le cerró la boca con la mano, sin hablar.

La única bombilla se apagó. Cassalano tragó saliva y tartamudeó, Caulkins lanzó un juramento.

—¿Qué intentas hacer? —dijo secamente.

Doc apartó la mano y Cassalano dijo, confuso.

—Este artefacto me ha pinchado el cuello. Lo siento...

Doc Savage se había levantado. Rebuscó en sus bolsillos, descubriendo que todavía llevaba algunas cápsulas de gas. Encontró también un par de pequeñísimas granadas explosivas. Tendrían el tamaño de píldoras y llevaban pequeñas palancas. A pesar de ser pequeñas, una de ellas bastaba para hacer saltar un costado entero del barco. Doc cogió una granada —entre el pulgar y el índice.

—Que nadie se mueva —recomendó—. Tal vez hayan apagado la luz por algún motivo. No creo que hayan oído el grito. Nos encontramos en el Río Columbia. El buque remonta a lo largo de la ribera derecha, del lado del Estado de Washington.

El hombre de bronce no había mirado siquiera por la portañola.

—¿Cómo puede usted saber eso? —preguntó Caulkins—. A mí todo me parece igual... como si estuviéramos en un inmenso ataúd.

—El viento sopla del Sur —dijo Doc—. Trae el olor de las fábricas de conservas de salmón de Old Astoria. El barco ha rozado fondos fangosos que se encuentran en la ribera derecha. Nos acercamos a los pantanos que se encuentran en los alrededores de las poblaciones madereras de Longview y Kelso.

—¿Qué estamos esperando? —rezongó Renny. Se había levantado, doblaba los enormes brazos y cerraba los puños. El gigantesco ingeniero tenía varios agravios que vengar y sí se le hubiese dado permiso, habría subido a cubierta él solo.

—Lo más cuerdo es esperar —declaró Doc—. Tal vez haríamos bien escondiéndonos algún tiempo en otro sitio del buque.

El hombre de bronce tenía una idea clara en la mente. Zoro debía tener un propósito definido. La región del Río Columbia era su meta y Doc creía adivinar que Zoro tenía intención de llenar el barco con algún cargamento misterioso.

Tal vez su propio cilindro de cristal no servía para este fin. De ser así, Zoro necesitaba el "Narwhal". Doc juzgó que su intención era llevar el cargamento en cuestión a algún lugar apartado, donde lo guardaría, disponiendo de él a su antojo.

Más tarde se comprobó que esta teoría de Doc era correcta. De momento, el hombre de bronce retrasó la fuga o el ataque, pues quería enterarse de más detalles.

—Poneos las chaquetas; pero tenedlas a punto de dejarlas caer en un instante —ordenó—. El barco está a punto de atracar.

Caulkins y Cassalano siguieron su consejo. Los compañeros de

Doc les imitaron, aunque de mala gana. Todos deseaban obtener una pronta revancha contra Zoro.

Nuevamente, el casco del buque rascó un fondo arenoso. El barco era empujado a través de éste por una fuerza invisible.

La bombilla volvió a encenderse. Los hombres de Zoro no se habían presentado aún en la cala. Era evidente que no habían oído el grito de Cassalano. Comparada con la profunda oscuridad de momentos antes, la luz actual parecía brillantísima.

Monk fue el primero en lanzar una exclamación. Doc había visto lo mismo, sin decir nada. Únicamente, sus ojos brillaban con extraño luz.

—¡Maldito sea! —masculló Monk—. ¡Te lo dije! Yo no me fío de ninguna mujer y menos de ésta. ¡Ahora nos ha traicionado! ¡Mejor será salir de aquí cuanto antes, Doc!

Lanta había desaparecido. En la oscuridad, nadie había oído el menor movimiento, pero el hecho estaba ahí... La muchacha se había ido.

Doc Savage sonreía levemente, sin hablar.

Se acercó a la portañola que seguía abierta. A varias millas de distancia, al otro lado del ancho Columbia, las luces de Old Astoria centelleaban. Los faros de varias embarcaciones brillaban en mitad del río, donde estaban ancladas.

El "Narwhal" no se movía ya. El aire estaba impregnado del olor rancio de aguas pantanosas. La luz potente de un faro situado en la desembocadura del río brillaba a intervalos regulares.

Por la portañola, Doc veía la orilla. Algo brillaba débilmente en la oscuridad, a unos doscientos metros del barco y unos ojos más débiles que los de Doc no hubiesen reparado en ello.

El hombre de bronce vio unas figuras que se movían en la orilla. Serían unas cuarenta y se acercaban al "Narwhal".

Doc se apartó de la portañola y habló en voz baja.

—Zoro ha llegado a destino —dijo—. Vamos a tener visitas. No os mováis y que no se vea que hemos tocado las chaquetas.

El hombre de bronce ocultó las manos en los pliegues de su chaqueta metálica, roída por el ácido. La escotilla de cubierta se abrió y se oyó la voz de Zoro, hablando a sus hombres en algún idioma desconocido.

—Puede ser antiguo tibetano o algo del viejo Egipto —murmuró

Johnny. Su conocimiento de los idiomas y de las razas extinguidas era extenso y, sin embargo, dudaba en el caso presente.

Doc y sus hombres se aplastaron sobre el suelo de acero. Al rodearles los hombres de Zoro, el hombre de bronce se quejó:

—¿Cuánto tiempo vas a tenernos así? —preguntó—. ¡Ni mis hombres ni esos otros han probado bocado!

Doc no mencionaba su propia necesidad, cosa muy natural en él, puesto que muchas veces se pasaba días enteros sin comer.

Los hombres de Zoro no contestaron. Aparentemente sentían sumo respeto por su jefe. Varios hombres cogieron rudamente a Caulkins y a Cassalano.

Las chaquetas metálicas parecían bien sujetas. El economista y el mineralogista fueron llevados por la escotilla.

Antes de que los hombres de Zoro hubiesen alcanzado la cubierta. Doc se puso de pie de un salto:

—Deprisa, quitaos las chaquetas y escondeos —aconsejó—. Creo que encontraréis una puerta en el mamparo, que conduce a la sala de las calderas. Será probablemente el mejor sitio. Esperad noticias mías allí.

El hombre de bronce se encaramó por las planchas de acero hasta una pequeña escotilla que daba a cubierta y que descubrió no estaba cerrada. Se deslizó entre las sombras, alejándose rápidamente por la cubierta.

Zoro estaba de pie al lado de la escalerilla del barco. Dos de sus hombres trajeron a Caulkins y a Cassalano. Sus chaquetas metálicas les caían de los hombros sin que les hubiesen tocado los hombres de Zoro.

El jefe no exteriorizó mucha sorpresa.

—Lo que me habían dicho de ese Doc Savage queda confirmado —dijo— tranquilamente —. Volved y apoderaos de todos ellos enseguida.

Media docena de hombres desaparecieron por la escotilla, regresando al cabo de un momento con la noticia de que el hombre de bronce y sus compañeros habían desaparecido.

—Les encontraremos luego —anunció Zoro—. No pueden escapar. Colocad guardias en toda la cubierta y vigilad la orilla. No podemos entretenernos.

Quedaban más de cuarenta hombres después de colocar los

guardias. Estos eran tan numerosos que nadie podía abandonar el "Narwhal" sin ser descubierto.

Unas luces iluminaban tres edificios de hormigón. Estos carecían de ventanas y estaban hundidos en el suelo. Era evidente que no eran más que excavaciones cubiertas de techado.

Mientras Zoro disponía la guardia, media docena de sus hombres había bajado a tierra. Durante un corto intervalo la música extraña de sus flautas mortales rodeó los edificios. La figura de un hombre, sin duda un vigilante, surgió de uno de los edificios. Otro hombre le siguió en el acto.

Ambos llevaban un revólver en la mano. El primer hombre levantó el arma y disparó sobre una forma vaga que se le enfrentó. La bala se perdió, yendo a incrustarse en el casco del buque.

La misteriosa música continuaba oyéndose. El vigilante dio unos pasos más adelante. El revólver se le escapó de la mano y el hombre cayó de bruces en el barro del pantano. El segundo hombre no tenía aparentemente la fuerza de usar su arma. Se sentó de pronto en el pasadizo que corría entre los edificios y la orilla, acabando por dejarse caer del todo.

El aislamiento de los edificios de hormigón tenía su explicación. Las luces del barco iluminaban unos pequeños rótulos colocados en cada uno de ellos.

Estaban pintados de rojo sobre fondo blanco y decían:

¡PELIGRO! ¡EXPLOSIVOS! ¡APARTARSE!

Compañía Química de Trinitromita.

Las llaves que fueron quitadas a los vigilantes abrieron pronto las puertecitas hundidas de los edificios. Zoro ordenó que se tirase los cuerpos de los vigilantes en el pantano, donde se hundieron inmediatamente en el barro.

Se conocía que en esta ocasión la música de las flautas había sido mortal de veras. Ambos vigilantes no habían tardado en morir.

Unos cuarenta hombres de Zoro formaron una doble hilera. Unas cajas pequeñas pasaron de mano en mano y fueron colocadas en los camarotes de cubierta del "Narwhal".

Doc Savage observó estas maniobras desde diversos sitios de la cubierta. El hombre de bronce esquivó fácilmente los guardias colocados por Zoro.

Habría podido dejar el barco si así lo hubiese deseado, pero en

vez de ello, se dedicó a recorrer los camarotes.

Se entretuvo unos minutos en una habitación espaciosa que a todas luces había sido ocupada por Caulkins y Cassalano. El economista y el mineralogista se encontraban bajo custodia sobre cubierta, mientras se efectuaban las operaciones de carga.

Sin embargo, la muchacha, Lanta, no había estado en el camarote de los hombres de ciencia. Tampoco se la podía encontrar en ningún otro. Doc no dejó un solo rincón de la parte superior del buque sin rebuscar.

El hombre de bronce no hizo el menos esfuerzo por entorpecer el trabajo de Zoro. Aunque comprendía, que el embarque de las cajas era su objetivo, Doc tenía el convencimiento de que el jefe de piel plateada tenía otro.

Únicamente el paradero de Lanta le tenía intrigado.

CAPÍTULO XI

CAUTIVOS DE LANTA

MONK gruñó desde el fondo de una enorme carbonera. Su frente estrecha y su cara peluda —surgieron un momento de la misma. Los surcos negros que le cruzaban el rostro aumentaban todavía su fealdad.

—¡Vaya una idea escoger este sitio para esconderse! —Rezongó—. ¡Estoy medio abogado!

Ham le miró riendo. El también llevaba una especie de antifaz negro en la cara. Habían seguido las instrucciones de Doc y los cinco hombres estaban ocultos en las carboneras a medio llenar del cuarto de las calderas. Aunque el "Narwhal" había hecho un viaje asombroso, sus fuegos estaban apagados.

—¿Cuánto tiempo hemos de esperar antes de romperles la crisma a esos tíos? —se quejó Renny, cuyo rostro alargado parecía todavía más lúgubre bajo la capa de polvo de carbón que lo cubría.

—De todos modos, el barco vuelve a ponerse en camino —hizo observar Long Tom—. Ahora no me sorprendería que hiciésemos una visita al Ecuador. Una buena comida vendría de perlas.

—¡Maldito sea! —gruñó Monk—. ¡Estaba intentando olvidar esto!

Zoro había aparentado tener la completa seguridad de que Doc Savage era incapaz de comba­tirle. La guardia la puso tan sólo con el fin de que no pudiera escapar y seguramente creería que le había quitado al hombre de bronce todas sus armas.

Sin que Doc y sus hombres lo supieran, algunos de los dispositivos colocados a bordo del hidroplano se encontraban en manos de Zoro. Al alejarse el "Narwhal" de la orilla y seguir su ruta por el centro del Río Columbia, la tierra tembló levemente a corta

distancia y el choque se comunicó ni casco del buque.

Johnny habló con acento de disgusto:

—Desde el principio de esta expedición, hemos sufrido manifestaciones subterráneas. No ha sido más que un terremoto tras otro...

Al alejarse el barco de la orilla, Doc Savage se encontraba quizá en el mejor escondite que pudiese escoger. Desde éste, veía claramente toda la extensión de la cubierta superior del "Narwhal". Aparentemente, Caulkins y Cassalano habían sido colocados en uno de los camarotes y tal vez devueltos a la cala.

Zoro llamó a su guardia. La mayoría de sus hombres que tomaron parte en las operaciones de carga de la trinitomita, habíanse retirado al temblar la tierra. No se encontraban a bordo. Zoro dio nuevas órdenes. Su voz llegó hasta Doc.

—¡Apoderaos de Doc Savage! —dijo el jefe de piel plateada—. Cuando lo tengáis, podéis tocar la música, de muerte a los otros. Encontrad a la princesa Lanta y traédmela. No hay motivo para que juguemos por más tiempo un doble juego. Una vez que hayamos obtenido las armas explosivas para acompañar esta nueva fuerza, regresaremos inmediatamente a nuestro país.

Media docena de hombres se deslizó por la escotilla en la cala del buque. El "Narwhal" se dirigía a la desembocadura del Columbia y su velocidad era mayor que su llegada.

El hombre de bronce miró hacia abajo, a cubierta. Zoro había reunido a algunos de sus hombres, formando con ellos un grupo. Conversaban en un idioma desconocido. Doc cogió en la mano una de las pequeñas granadas y volvió a ponérsela en el bolsillo.

Conocía bien la fuerza destructiva de la trinitromita, producto del que el mundo no había oído hablar aún. Con las cajas de trinitromita habían sido cargadas dos docenas de cajas más pequeñas. Doc sabía que éstas contenían los detonadores necesarios para hacer explotar el nuevo producto químico.

Únicamente con ayuda de esos detonadores se podía hacer explotar la trinitromita. El producto en sí era incombustible y ni el choque de una explosión le haría explotar, pero con la granada Doc podía, si lo quería, tocar los detonadores y esos a su vez desencadenarían la otra mayor fuerza.

Mientras los hombres de Zoro, armados de sus flautas mortales,

rebuscaban en la cala, Doc recordó las extrañas palabras del jefe. Este había dicho que era hora de acabar con el doble juego entre él y Lanta. La desaparición de la muchacha dejaba entrever una especie de connivencia. De otro modo, le hubiesen cogido. El hombre de bronce en persona había sido incapaz de describir su escondite.

Doc estaba oculto en un poste de vigía colocado cerca de la punta del mástil de radio de proa. Era una cosa muy reducida, puesta allí, sin duda, para que los hombres de ciencia pudiesen observar cómodamente el mar Ártico.

La velocidad del "Narwhal" era nuevamente la que llevaba al penetrar en el Río Columbia. Las luces de Old Astoria brillaron y desaparecieron. Casi inmediatamente, el buque de acero saltó del río. Otros barcos ordinarios hubieran requerido una hora para rebasar la barra.

Aunque el viento del Sur era ligero, se transformó en unas tremendas ráfagas, cuya fuerza hizo bambolear el mástil de la radio. Doc se dio cuenta de que la proa del buque estaba profundamente hundida en el mar. Daba la impresión de que un fuerte cable la unía a algún monstruo invisible del océano.

La espuma de las olas cubría la cubierta de proa y en la oscuridad el agua salpicó hasta la punta del mástil de la radio, con la fuerza de una lluvia de piedrecitas. Doc tuvo que guarecerse los ojos con la mano. La posición de la estrella polar dio a entender al hombre de bronce que el barco se dirigía en línea recta al Norte.

De pronto y a pesar de que a sus pies todo se confundía en la oscuridad más densa, el hombre de bronce se dio cuenta de la llegada de un hombre que se encaramaba al mástil.

El hombre habló de pronto; pero, cubierta por el viento, su voz no era más que un murmullo confuso. Doc tuvo una idea y tocó el segundo y el tercer botón del aparato de radio que llevaba contra su cuerpo. Algún percance habría sufrido, puesto que permaneció mudo.

Doc sacó una de sus cápsulas anestésicas y esperó. No veía nada de lo que ocurría debajo del estrecho recinto en el cual estaba acurrucado. La voz había callado.

En aquel instante se oyó un grito y varios hombres corrieron por la cubierta, en dirección al mástil de la radio. Doc sacó una segunda

cápsula y esperó.

Con el fin de reducir al que subía el primero, juzgó que lo mejor, sería aplastar la cápsula de gas contra el mástil. La otra la retuvo en la mano, a punto de dejarla caer sobre la cubierta.

Unas luces brillaron al pie del mástil. Uno de los hombres de Zoro estaba tendido allí. Su piel plateada brillaba extrañamente. Le habían despojado de su cinturón magnético y de los dispositivos que llevaba éste.

—Doc Savage ha hecho esto —anunció Zoro—. Ahora sé donde está. Subid la luz más arriba.

El hombre de bronce quedó iluminado de lleno por el haz de luz y al mismo tiempo descubrió a la muchacha Lanta... Esta, estaba encaramándose al mástil. En una de sus esbeltas manos llevaba un puñal de hoja afilada, que brillaba como una joya.

Doc deslizó una pierna sobre el borde de su escondrijo. Más abajo que la muchacha, unas cuerdas que aguantaban el mástil estaban tendidas hasta la cubierta. El hombre de bronce se dejó caer. La muchacha le estaba mirando y sus ojos tenían una expresión de profundo terror y desesperación.

Los hombres de abajo gritaron. El cuerpo del gigantón se les venía encima, desde la punta del mástil. De pronto, una mano bronceada se alargó. Los dedos de Doc tocaron una de las cuerdas. De haberla cogido fuertemente, la tensión habría bastado para, arrancarle el brazo del hombro. El hombre de bronce realizó una hazaña asombrosa.

La palma de su mano actuó de freno a lo largo de la cuerda inclinada en diagonal. La cuerda de cáñamo despidió literalmente humo en una extensión de varios palmos. Luego Doc se dejó caer sobre la cubierta, soportado por una sola mano. De abajo subió inmediatamente la extraña música de las flautas de muerte.

Doc vio brillar el cuchillo en la mano de Lanta.

En un instante, la música mortal había cesado. Unos diminutos pedazos de cristal estaban desparramados en la cubierta, en el sitio donde los hombres de Zoro estaban reunidos. Algunos de ellos habían caído dormidos con las flautas en la mano.

El gas anestésico surtía unos efectos rapidísimos. El sitio donde se habían encontrado los hombres de Zoro estaba abrigado por la alta proa del "Narwhal", contra la fuerza del viento, pero Doc no

necesitó aguantarse la respiración. A su alrededor el aire se renovaba rápidamente. Tampoco había alcanzado el gas a la muchacha que estaba en el mástil de radio.

Abriendo la mano, Doc saltó sobre la cubierta y los fuertes músculos de sus piernas amortiguaron el choque. Vio que tres de los hombres de Zoro habían escapado a los efectos del gas. Doc estuvo sobre ellos de un salto.

Cogió a uno de ellos, pero los otros dos le esquivaron con movimientos ágiles. Hacían uso de sus cinturones... La fuerte presión del pulgar de Doc sobre el nervio de su espina dorsal bastó para hacer perder el conocimiento al primer hombre.

Lanta había bajado del mástil. Doc la sintió moverse rápidamente a su espalda y se volvió, rápido. Lanta llevaba el cinturón del hombre que yacía al pie del mástil y sus grandes ojos brillaban con extraño fuego.

Doc iba a echársele encima, pero se dio cuenta de que la joven no le miraba.

Pasó a su lado tan rápida y ligeramente, que pareció deslizarse sin apoyar los pies en el suelo. Entonces fue cuando el hombre de bronce vio su objetivo.

Caulkins el economista y Cassalano, el mineralogista, yacían inertes, cerca del camarote de cubierta. Ya no llevaban las chaquetas metálicas y se echaba de ver que el gas anestésico había obrado su efecto sobre ellos; pero se encontraban a alguna distancia del sitio donde habían caído las cápsulas.

Doc vio que ambos hombres empezaban a dar señales de vida. Cassalano intentaba ponerse de pie. Ya estaba de rodillas y sus ojillos parpadeaban rápidamente. Su doble barba temblaba.

—¡No la dejen!... —gimió.

Lanta se había echado sobre él. El puntiagudo cuchillo se abatió sobre la garganta del mineralogista. Parecía que nada podría evitar el golpe fatal. Los ojos de Cassalano se cerraron y el hombre gritó locamente.

El ojo humano no habría podido seguir el movimiento de la mano del hombre de bronce. Levantó a la muchacha del suelo y sus dedos se introdujeron en el cinturón que llevaba. La hoja del cuchillo rozó la garganta de Cassalano, trazando un surco rojo en la carne blanda, pero no haciéndole más que un rasguño.

La muchacha gritó frenéticamente:

—¿No comprende? ¡Todos ellos deben morir! ¡Ha sido decretado!

Era la primera vez que la hermosa y mística mujer traducía una emoción violenta. Su calma bajo la tensión del momento habíase ganado la confianza de Doc Savage. En aquel instante, parecía completamente loca.

Cinco hombres surgieron de una escalera del buque. La figura maciza de Renny y la abultada de Monk guiaban el ataque.

—¡Maldito sea! —gritó Monk—. Te dije que no se podía uno fiar de esa hembra. ¡Apartad a esos demonios!

Pero los dos hombres que seguían en pie les esquivaron fácilmente.

Doc sostenía todavía a la muchacha. Esta le miró y un sollozo escapó de sus labios rojos. Renny rugía de rabia. Había conseguido acorralar a uno de los hombres de Zoro cuando éste se le escapó con ligereza. El fuerte puño de Renny pasó a través de un tablero del camarote de cubierta.

Doc soltó a la chica. Esta le había dejado apoderarse del cuchillo sin resistirse. Sus grandes ojos se volvieron hacia el mar y su expresión era la de quien está escuchando con atención.

La tremenda velocidad de la carrera del "Narwhal" disminuyó de pronto. El buque acabó por balancearse al compás de las olas del océano.

Lanta no se movía. Era hermosa como una estatua de plata y oro. El cinturón metálico le cubría parte del busto. El resto de su atavío era de paño de oro y no parecía resentirse del tratamiento que había sufrido.

El "Narwhal" volvió a moverse, pero había cambiado de dirección. La proa giró y señaló el Sur. La voz de la muchacha gritó triunfalmente:

—¡Crado ha ganado! ¡Por fin han oído!

El "Narwhal" aminoró la marcha.

El casco retembló y un ruido parecido a un chirrido barrió el buque de proa a popa. De dos puntos distintos, unos hombres de piel plateada salieron a cubierta.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Monk—. ¡Te dije de no fiarte de ninguna mujer!

El fornido químico se encontró en medio del primer grupo de antagonistas.

Sus largos brazos se alargaron, sus hombros se encorvaron y dos cabezas chocaron con violencia una contra otra. Los hombres de piel plateada cayeron al suelo. Monk buscó otros dos.

El rostro ennegrecido de Renny tenía la misma expresión de seriedad que el de un empresario de pompas fúnebres. Su vozarrón expresaba la alegría que le embargaba. Cuando más triste era su semblante, más feliz se sentía el ingeniero. Su mayor dicha consistía en hacer uso de sus puños y el momento había llegado de emplearlos.

La mitad del grupo de recién llegados estaban tendidos en la cubierta o luchando por ponerse de pie. Ham, Long Tom y Johnny se dispusieron a hacer frente a los atacantes que surgían a popa.

Doc Savage era el único que no se había movido. Este hecho inusitado llamó la atención de Ham, que fue el primero en mirar en su dirección. El hombre de bronce estaba vigilando atentamente a la muchacha.

De pronto dos enormes pistolas aparecieron en manos de los hombres de Zoro. Eran las pistolas de Doc. El hombre de bronce se volvió hacia esos hombres. Eso era lo que aparentemente había estado esperando.

La voz de Lanta dijo:

—¡Disparad a las piernas! ¡Sus túnicas son a prueba de bala!

Las dos pistolas vomitaron sus proyectiles. Las balas misericordiosas volaron por la cubierta. Doc se echó sobre una de las pistolas y la tiró al mar, pero hecho esto sus piernas se doblaron bajo su cuerpo.

Tres o cuatro proyectiles le habían agujereado la piel.

No perdió el conocimiento hasta ver que sus chico hombres caían bajo el fuego nutrido de las demás pistolas y oyó la queja de Monk:

—¡Maldito sea! ¡Te dije de no...!

El hombre de bronce no oyó nada más. Se le antojó la idea de que una ola invisible se llevara su cuerpo...

CAPÍTULO XII

EL OCÉANO MÁS PROFUNDO

CUANDO Doc abrió lentamente los ojos, se le enfrentó un extraño espectáculo. Veía extraños peces nadar alrededor de su cuerpo.

Las paredes que le separaban de los anfibios no parecían más espesas que el aire.

Doc y sus hombres yacían ahora sobre una sustancia blanda y confortable.

Se encontraban en una nave que se movía rápidamente, pero cuyas paredes eran tan transparentes que les causaban la impresión de ser llevados por arte de magia.

—¡Si bebe usted esto, Clark Savage, se repondrá rápidamente!

La voz clara de Lanta le hablaba. La muchacha sostenía en la mano un vaso: lleno de un liquido blanco como la leche. El hombre de bronce lo probó. Su gusto era agradable y tragó parte de la bebida.

Los efectos de ésta fueron casi instantáneos. Su cabeza se despejó. Vio que sus compañeros recibían el mismo tratamiento. Todos ellos estaban acurrucados sobre lo que parecían ropajes de tela metálica y miraban las extrañas paredes que les rodeaban.

El rostro hermoso de Lanta estaba ya sereno y sus labios sonrieron levemente.

—Siento en extremo los métodos que me he visto precisada a emplear —dijo con calma—. No quedaba otro remedio. Se encuentran ahora a bordo de mi propio buque o submarino, como probablemente lo llamarán.

A lo largo de las paredes, las aguas verdes del océano corrían a una velocidad espantosa. Peces de las profundidades pasaban tan rápidamente que aparecían deformados.

Doc Savage miró en torno suyo. Se encontraban en lo que parecía el compartimiento central de un largo cilindro de cristal. Fuese cual fuere el poder que lo movía, el buque se deslizaba sin vibraciones ni pulsaciones.

A través de divisiones transparentes, Doc pudo ver múltiples aparatos de metal, muchos de los cuales semejabán grandes resortes de reloj.

En la proa, se veía a muchos hombres que iban y venían. Únicamente dos o tres parecían dirigir la nave y permanecían encerrados en pequeñas alcobas aisladas, muy cerca del extremo puntiagudo del barco. Allí se encontraba un sinnúmero de palancas y esferas.

Doc descubrió que el aire era puro y vivificante. Oyó el leve silbido del vapor cuando se escapa. La nave estaba provista de tanques de oxígeno.

Mientras el hombre de bronce examinaba éstos, dos hombres de piel plateada llegaron trayendo comida en bandejas al parecer de cristal. Los alimentos consistían en una variedad de raíces y repollos, pero el olor que despedían era agradable y apetitoso.

Monk los miró con ojos hambrientos, pero recelosos. Doc no había contestado a las palabras de Lanta. Esta seguía esperando. El silencio del hombre de bronce era desconcertante, pero sus compañeros no se extrañaron, puesto que hacia tiempo estaban acostumbrados al modo de ser de Doc, que estudiaba claramente cualquier nueva antes de emitir su opinión.

Monk aceptó una bandeja de comida con quejas masculladas entre dientes.

—¡No me extrañaría que nos envenenara! —dijo—. Siempre que tiene ocasión, nos dispara tiros.

Pero su apetito pudo más que sus celos.

—Barrunto que somos sus prisioneros —declaró Doc finalmente—. Nos ha dejado usted libres de nuestros movimientos, porque cree que no podemos escapar. Tal vez no tenga inconveniente en decirnos adónde piensa llevarnos.

Lanta sonrió levemente.

—De momento son ustedes mis prisioneros... a causa de las circunstancias; pero no en el sentido que sus compañeros parecen creer —dijo con dignidad—. Necesito su ayuda o mucha gente mía

perecerá. Cuando todos hayan comido, volveré.

Se fue con paso ligero, pero se podía verla moviéndose entre los hombres de los compartimientos de proa. Habló a uno de los hombres que movían palancas e inmediatamente la velocidad del cilindro disminuyó y se pudo ver mejor al exterior.

Johnny perdió todo interés por la comida. El sabio geólogo tenía los ojos fijos en el paisaje y se olvidaba hasta de pronunciar palabras complicadas.

Estaba asombrado, aturdido, pues rara era la vez en que no podía dar inmediatamente el nombre científico de lo que veía.

—Nos encontramos a mayor profundidad de la que ningún hombre ha alcanzado nunca —dijo finalmente—. La presión debe ser terrible y si esta nave se hundiese quedaríamos inmediatamente transformados en papilla.

Peces monstruosos de anchas cabezotas aparecieron a bandadas. Esos peces no tenían ojos. Otros se apretujaban contra la pared de cristal. Sus ojos saltones se hundían dentro de las cuencas al tocar el barco y brillaban extrañamente.

Una especie de calamares monstruos alargaron sus tentáculos, que parecían largos tubos curvados, llenos de luz rojiza.

—Si este loco artefacto nos falla, prefiero verme transformado en papilla que salir allá fuera —declaró Long Tom—. Doc hay dinamos en este barco, pero no puedo localizarlas.

—Ya había notado corrientes de alta y baja frecuencia —dijo Doc—. Pero la fuerza motriz viene de fuera en vez de ser fabricada dentro de la nave.

El cilindro pasaba entonces por lo que parecía ser una verdadera selva submarina. Los árboles o plantas agitaban gigantescas ramas. Entre ellas se movían miles de pequeños peces de todos los colores. Cada uno de ellos tenía ojos luminosos.

Johnny miraba en torno suyo en busca de algún indicador de profundidad, sin lograr descubrirlo.

—No sabemos a qué profundidad estamos —declaró—. Pero debemos estarlo tanto como en los alrededores de las Islas Friendly. Allí han sondeado hasta seis millas, ningún buzo ha podido hasta entonces resistir la presión.

Doc había estado haciendo un inventario. Aunque ni él ni sus compañeros se encontraban bajo la menor restricción física, vio que

le habían dejado sus cápsulas de gas, sus granadas diminutas y otros dispositivos.

Lanta volvió a su lado y la nave volvió a reanudar la velocidad primitiva.

—He dicho a Crado que aminore la velocidad para que puedan ver algo de lo de fuera —explicó la muchacha—. Ahora hemos de darnos prisa en llegar a destino. He escogido un camino por el que espero escapar a la persecución de Zoro.

Esta tranquila declaración asombró a todos, incluso a Doc Savage. Lanta pareció comprender la muda pregunta que formulaban.

—El buque de hierro llamado "Narwhal" está intacto —dijo—. Si hubiese podido lograrlo, lo habría destruido, pero mis enemigos me perseguían de cerca. Los que me acompañan ahora son mis propios súbditos, los leales de mi padre, el rey Lumos. Nos hemos visto obligados a huir a gran profundidad y hemos podido escapar únicamente porque Zoro no ha querido abandonar los explosivos que están a bordo del buque de hierro.

—¿Y de qué uso puede ser ese cargamento de trinitromita entre los grandes adelantos de la ciencia que han realizado en su reino? —inquirió Doc Savage—. Su radio, su televisión y las flautas de muerte dan fe de que su tierra aventaja con mucho a las otras partes del mundo.

"Poseéis un lenguaje que no conocemos y sin embargo toda vuestra gente habla inglés como si hubiese nacido en el país.

Lanta sonrió:

—Es usted una persona maravillosa, Clark Savage. Todas esas cosas quedarán explicadas. Los explosivos son lo único que no tenemos en nuestro país. No poseemos armas que se les parezcan y mi padre, el rey, no los deseaba.

—¡Rayos! —exclamó Monk—. ¿Oyes eso? Nos tirotea siempre que puede y luego nos dice que su gente no quiere armas explosivas. ¡Si todos son como ella, claro está que se pasarían el tiempo matándose por puro entretenimiento!

Excepto cuando intentó apuñalar a Cassalano a bordo del "Narwhal", Lanta demostró ser una persona calmada. Sonrió con suavidad a Monk, y el químico apartó los ojos, retorciéndose las manos peludas.

—Le digo la verdad, Clark Savage —prosiguió Lanta—. Mi país no quiere esas armas explosivas con las cuales hacen guerras terribles. Ahora Zoro las posee y mi padre, el rey Lumos, necesita su ayuda de usted. Tiene razón el hombre del rostro extraño; pero tuve que disparar las balas misericordiosas para salvar sus vidas. Encontrarán mi país muy distinto del suyo. Allá faltan muchas cosas que ustedes tienen.

—¡Bah! —dijo Ham, mirando complacido a la princesa—. Si hay árboles en su tierra, eso le bastará a Monk. Tal vez encuentre allí algunos de sus antepasados directos.

—No hay árboles, sabio geólogo —dijo Lanta— ... en el interior del mundo.

—¿Ha dicho usted en el interior del mundo? —exclamó Ham.

—¡O. K.! —gritó Renny—. Doc, ¿no podemos volver del revés este submarino loco? ¡Nadie ha ido todavía al interior del mundo!

Mientras hablaban, una extraña vibración corría a lo largo del cilindro de cristal, muy parecida al terremoto que había intrigado a todos los geólogos.

Lanta continuó diciendo sin alterarse:

—No hemos descubierto el medio de hacer crecer árboles en el centro del mundo, pero tal vez llegue el día en que lo logremos.

—¡En el interior de la tierra! —aulló Monk—. Doc, ¿no te parece que hemos hecho bastante y que es hora de irnos a casa? Estaba seguro todo el tiempo de que no puede uno fiarse de una mujer que...

Johnny le interrumpió:

—La observación de la princesa es indubitavelmente correcta —dijo tranquilamente—. A través de esta materia traslúcida, puedo deducir que hemos llegado al medio del período terciario del tiempo. Se llama también época Cenozoica, o era en la que los mamíferos hicieron su primera aparición en la superficie de la tierra. Entre ellos se encuentran el grupo mastodónico el antropoide y...

—Esos son los parientes de Monk —intercaló Ham, aunque no tan alegremente como momentos antes.

Lo que corría a lo largo de las paredes del cilindro ya no era agua. La nave se introducía bajo el suelo del océano y no parecía progresar por sus propios medios.

—He sospechado esto durante algún tiempo —declaró Doc Savage—. Pero parecía demasiado increíble para prestarle atención. Sabía que ésta u otra nave parecida a ésta, pasaba a través de la tierra para alcanzar el ventisquero detrás de Vancouver. También es cierto que hemos pasado debajo de las montañas para alcanzar el mar cerca de las Aleutianas.

CAPÍTULO XIII

A TRAVÉS DE LA TIERRA

—¡VÁLGAME Dios! —exclamó Renny—. ¡Vamos a asarnos vivos! Doc, ¿no podemos hacer algo?

Doc no contestó. Estaba mirando con atención la construcción de lo que sin duda era una nave que penetraría en el interior de la tierra. Cualquiera hubiese esperado que semejante máquina tuviese la forma de algún gigantesco instrumento perforador en vez de un cilindro de material transparente como el cristal.

—¡Desechad todo temor! —dijo Lanta.

La sangre fría de la princesa igualaba la del hombre de bronce y su sonrisita era tranquilizadora y algo más aún para el susceptible Ham.

—El reino de Subterránea posee muchos secretos ignorados del mundo exterior —prosiguió Lanta—. No puedo revelar muchos de esos. Únicamente la Sociedad de los Planeadores se entera de ellos en cada generación. Entre ellos hay mapas de pasajes que evitan los fuegos intensos y los estratos de roca inquebrantables.

El cilindro puntiagudo volaba literalmente entre rocas durísimas. Alguna emanación de la nave parecía derretir las capas más fuertes. A través de las paredes, el paisaje se parecía a un mar de olas multicolores. Johnny tenía el monóculo solidamente incrustado en el ojo. Traía siempre consigo un par de recambio.

—¡Hermanos, me veo terriblemente confundido! —exclamó—. Ya hemos pasado a través del período terciario que siguió a la aparición del hombre. ¡Hemos penetrado en el tiempo Mesozoico!

Long Tom no estaba de humor y contestó con tono solemne:

—A mí me basta nuestra época y me daré por satisfecho si la vuelvo a ver.

Monk miraba a la princesa Lanta con el rabillo del ojo. Se esforzaba en aparentar su desaprobación de aquella enérgica muchacha, pero su actitud se había suavizado mucho.

—¡Maldito sea! Me gustaría tener un par de alas —murmuró—. ¡Y pensar que todos nosotros vamos a tener unas que no podremos usar! ¡Ya decía yo que no podía nunca uno fiarse de...!

—¿Os está prohibido revelar la naturaleza de la fuerza que impulsa esta nave? —preguntó Doc Savage—. Tal vez haya adivinado ya bastante...

—Sin duda, mi padre le comunicará todos nuestros secretos. Clark Savage —contestó la princesa. Su voz clara tenían un acento distinto cuando hablaba al hombre de bronce y sus ojos se detuvieron sobre el hermoso rostro, cuyos ojos dorados parecían hipnotizarla, aunque obraban el mismo efecto con todo el mundo.

—Puedo decirle —añadió—, que usamos un poder magnético natural. El mundo interior tiene depósitos de substancia magnética tal vez diez mil veces más poderosa que el magnetismo de la superficie del globo. Los depósitos interiores se encuentran más cerca de la superficie en lo que llamáis los polos. Eso crea una ligera atracción por medio de la cual operan las brújulas y otros instrumentos.

Doc inclinó la cabeza, asintiendo.

—Así, pues —dijo—, tenéis una energía eléctrica notable. No sé cómo se aplica, pero es evidente al ver las olas que está causando en los estratos más firmes y esta fuerza, forzando depósitos de cuarzo y silicio, es lo que ha causado lo que hemos tomado por terremotos.

La princesa Lanta dejó ver su profunda admiración por las sabias conclusiones del hombre de bronce.

—Es exacto —declaró—. Mi padre, el rey Lumos, tendrá sin duda poco que explicarle. Sus compañeros están asombrados. No entienden que logremos esto, pero no debieran extrañarse. Después de todo, ustedes controlan una poderosa fuerza eléctrica en la superficie de la tierra y han aprendido a aplicarla de muchas maneras. Sin embargo, sus más sabios hombres de ciencia no han sido capaces de definir exactamente en qué consiste la electricidad.

Doc Savage asintió, aunque sin hablar. Nunca había encontrado antes de entonces a una mujer que supiese pensar tan claramente.

—Tampoco conocemos la substancia de la electricidad o de su

fuerza hermana el magnetismo —prosiguió la princesa Lanta—. Pero mientras ustedes fabrican, o mejor dicho, recogen esa fuerza por medio de maquinaria, la poseemos nosotros en otra forma en el reino de Subterránea.

—¿En qué forma, si no se trata de uno de los secretos? —inquirió Doc. Sonrió levemente y prosiguió—: Supongamos que tienen la energía eléctrica almacenada en depósitos minerales de una substancia que sirve de enorme acumulador. Billones de voltios de electricidad están constantemente descargados desde la atmósfera exterior al interior de la tierra. Es posible que esa fuerza terrorífica quede aprisionada en los estratos interiores y que su gente haya encontrado el medio de aplicarla.

La princesa Lanta movió las manos delicadas.

—Sus deducciones son asombrosas y correctas, Clark Savage —exclamó—. El sabio compañero suyo está preocupado —dijo, señalando a Johnny—. Diré a Crado que reduzca la velocidad de nuestra marcha para que pueda observar mejor. Únicamente hago funcionar el detector de tierra para avisarnos la llegada del Buque Universal de Zoro, si nos persigue.

Crado fue llamado por la princesa Lanta. Competía con Doc Savage y Renny en estatura y bulto. Sus ojos negros, muy apartados uno del otro, brillaban bajo una alta frente y su porte era digno y altivo.

—Clark Savage, este es Crado —dijo la princesa Lanta—. Es el jefe de la Sociedad de Planeadores, así como el comandante de las fuerzas leales de mi padre.

Crado inclinó levemente la cabeza y, siguiendo una indicación de Lanta, dio una orden por medio de la radio que llevaba en su túnica. El cilindro de cristal disminuyó la velocidad instantáneamente y continuó avanzando como si los estratos de roca más dura no le ofrecieran resistencia alguna.

Johnny se colocó detrás de la pared de cristal. Afuera, la tierra mostraba diversas capas de colores distintos, parecidas a lo que se ve en las montañas más altas. En regiones montañosas, donde han ocurrido avalanchas y derrumbamientos de tierra, los estratos están deformados, volcados y rotos.

Aquí, permanecían intactos.

Johnny pronunció una palabra abreviada, con lo cual demostró

su preocupación.

—El Uní —Buque— dijo —, acaba de entrar en el periodo paleozoico.

—El Uní —Buque— repitió la princesa —. Este nombre es más corto y mejor en su lenguaje. En el nuestro, tenemos una palabra para cada objeto, lo cual es también bastante corto. El reino de Subterránea perfeccionó las comunicaciones radiofónicas años antes de que se conocieran en la superficie de la tierra. Por ellas, hemos conocido su idioma y sus costumbres. Nuestro pueblo las ha estudiado y mi padre cree que llegará el día en que nuestros pueblos se encontrarán. Así es como todos en nuestro reino hablan inglés y algunos otros de sus idiomas.

—¡El rey, su padre, debe poseer una gran sabiduría! —declaró Doc Savage—. ¡Y ha sabido transmitir sus conocimientos!

—El rey Lumos es muy viejo según la manera de medir el tiempo en años de ustedes. El y mi madre, la reina Salano, tienen cerca de lo que ustedes llamarían doscientos años.

Renny gruñó, incrédulo. Johnny volvió a tornar la palabra:

—Hay claras señales de la era paleozoica —dijo—. No hay nada para indicar la presencia de pájaros, mamíferos o angloespermos. Esta era la primera edad de los insectos, peces anfibios. A pesar de la profundidad, esto fue, hace tiempo, el lecho del océano.

Ahora apareció una pared brillante y hermosa que deslumbró a Doc y a sus compañeros.

—Una región de ópalos —señaló Johnny—. Y nos encontramos a varias millas debajo de la superficie, no obstante no haber encontrado todavía un fuerte calor.

—Este camino evita el fuego líquido —dijo la princesa—. Pero hemos pasado a través de un calor intenso. El buque Universal es impermeable y no siente los cambios de temperatura.

Johnny demostraba sumo interés por la facilidad con que el Uní —Buque viajaba.

—Hermanos —dijo—. Esto parece imposible. Estamos viajando a través de un estrato de carbonatos, la sustancia más dura, exceptuando el carbón puro. La calcedonia, el pedernal y el jaspé se encuentran aquí en abundancia. De algo parecido a esto salió el gran diamante que...

Doc le interrumpió:

—Usted nos envió el carbón en la caja, princesa Lanta. ¿Con qué fin?

—Para que comprendiese algo de lo que Zoro piensa dar al mundo exterior —contestó Lanta—. Él haría... ¡Pero Zoro ha descubierto el camino! ¡Nos persigue! ¡Crado, más aprisa!

Doc y sus compañeros siguieron la dirección de la mirada de la muchacha.

Una pequeña bala plateada que colgaba dentro de un globo transparente, oscilaba rápidamente, moviéndose de arriba abajo.

Obedeciendo a la orden de Crado, el Uní —Buque aceleró la marcha. Johnny rezongó, disgustado, pero todavía podía lanzar miradas que le permitían definir el lugar que atravesaban.

El Uní —Buque pasaba a través de capas de mica, compuesto de silicato de aluminio y potasa. Lanta habló rápidamente a Crado.

—Dejemos el pasadizo —dijo—. Tal vez Zoro no pueda cambiar el rumbo para seguirnos.

El Uní —Buque tomó inmediatamente una dirección más lateral. Su proa se abría ahora camino entre un estrato quebradizo, Johnny lo identificó como hornablenda y piroxena, compuesto de calcio, magnesio y hierro.

A esto sucedieron paredes de lo que parecía cristal verde.

—Crisolita —dijo Johnny a sus compañeros—. Silicato de magnesio, talco o Serpentina. Es materia acuosa y fácil de penetrar.

El Uní —Buque pasaba en efecto por aquello como un submarino por el agua.

—Mira esto, Doc —dijo de pronto Johnny—. Debemos estar a unos cuantos centenares de millas de profundidad, pero las rocas calcáreas y parecidas a las que se han descubierto tan sólo en dos sitios de la superficie, en el Travertino de Tívoli, cerca de Roma, y en Gardiners River, en la región de Yellowstone Park.

—Lo había notado ya —, declaró Doc Savage.

Al acabar de pronunciar estas palabras el hombre de bronce, el Uní —Buque se vio envuelto en una sustancia negra y fluida. Este estrato era vasto y a pesar de que la nave avanzaba a gran velocidad, la sustancia negra la rodeó durante varios minutos.

—¡Si alguna de las compañías de petróleo vieses esto! —exclamó Johnny—. Nos encontramos en el mayor depósito de grafito, carbón y petróleo que todavía no ha sido descubierto. Si

pudiésemos...

Al lado del detector de tierra, un pequeño aparato de radio colgado de una cuerda de metal —empezó a silbar. La princesa Lanta dijo unas palabras al oído de Crado. Este a su vez dio una orden.

El Uní —Buque empezó a caer a tal velocidad que no se tenía de lo que fuera más una visión confusa. La princesa vigilaba otra hilera de indicadores colocados en el centro de un tubo transparente.

—¡Siete, puntos más allá, Grado! —mandó con voz nerviosa.

El Uní —Buque vibró de pronto, cesando de avanzar, como si hubiese encontrado finalmente un estrato en el que no le era posible penetrar.

—¡Mira, Doc! —gritó Johnny—. ¡Aquí está la respuesta! ¡Esto es carbón y hay centenares de pies de él! ¡La tierra no ha visto nunca un diamante!

En la pared de fuera, el estrato brillaba, reflejando la iluminación de la nave.

—Tiene usted razón, sabio compañero —dijo tranquilamente la princesa Lanta—. Esto es lo que llaman ustedes diamantes. Es carbón. Es el único mineral a través de los cuales los Buques Universales no pueden abrirse paso. Nuestros caminos los rodean todos, pero Zoro nos persigue de cerca.

Doc Savage miró con atención a la princesa.

—¿Cree usted que tiene a bordo de su Uní —Barco parte o la totalidad de la trinitromita?— dijo tranquilamente —. Dice también que no conoce bien los caminos.

La princesa sonrió débilmente.

—Se requirió generaciones enteras para hacer los mapas de los caminos que rodean los campos de carbón que se encuentran cerca de la superficie del reino de Subterránea —contestó—. Creo que Zoro trae los explosivos consigo. Si tocase el carbón, acabaría con la amenaza del País de Más Allá.

Era la primera vez que Lanta hablaba del País de Más Allá.

—¡Maldito sea! —gritó Monk—. Te dije que una mujer como ella sería el...

—¡Atención! —dijo Doc—. Me parece que Zoro no anda lejos...

La vibración de la tierra en torno a ellos se transformó en un silbido distinto.

Casi enseguida, la velocidad del Uní —Barco de Lanta disminuyó.

—Es evidente que Zoro quiere hacer saltar el campo de diamantes y causar una tremenda explosión —dijo Doc—. Es posible que la explosión de la trinitromita destroce su Único—Barco.

—Es muy posible —contestó Lanta con serenidad—. Pero seria preferible que Zoro y nosotros quedáramos destrozados antes de que alcance el Reino de Subterránea.

—¡Bondad Divina! —suspiró Monk—. ¡Qué mujer, qué mujer ésta!

CAPÍTULO XIV

EN SUBTERRÁNEA

—¡RAYOS y truenos! —exclamó Renny. ¡Vamos hacia abajo y salimos arriba!

Los conocimientos de física del gigantesco ingeniero se veían confundidos.

El Uní —Buque de la princesa Lanta había penetrado en el interior de la tierra, como es de suponer, inclinándose hacia abajo. Esta dirección la había perdido bien pronto, puesto que toda ley de gravedad perdía su imperio en el interior del Uní— Barco.

La frase de Renny describía lo ocurrido. Lanta se había trasladado en persona al compartimiento de proa, había maniobrarlo nuevas palancas y un segundo después, en lugar de abrirse camino a través de la tierra, el Uní —Barco subía.

—Hemos llegado al reino de Subterránea —anunció tranquilamente Crado—. Descubrirán ustedes aquí que la gravedad tiene la misma aplicación que en la superficie de la tierra. Posemos miles de millas cuadradas de espacio. Tal vez nuestra gravedad sea más bien fuerza centrífuga, pero la encontrarán ustedes parecida a la fuerza atmosférica de fuera.

La princesa Lanta regresó del compartimiento de proa. Habían escapado a una catástrofe cuando intentó atraer a Zoro hacia el campo de carbón: pero seguían ignorando si el ardid había tenido éxito.

—¡Bien venido seas, Clark Savage, al reino de Subterránea! —exclamó la princesa—. ¡Que tu visita y la de tus sabios compañeros sea agradable y provechosa!

El hombre de bronce sonrió e inclinó la cabeza sin contestar.

El Uní —Barco volaba sobre Subterránea. Durante unos minutos,

Doc y sus amigos contemplaron intrigados aquel extraño mundo interior.

Bajo muchos aspectos, el país se parecía a cualquier campiña de la corteza de la tierra. Grandes extensiones verdes sembraban la región durante muchas millas. Al lado de aquellos campos de vegetales y granos, se veían grandes tanques brillantes. Uno de ellos burbujeaba constantemente y sin duda era alimentado por algún río subterráneo. Entre las hileras de plantas se veían zanjás.

—¿Cultivan ustedes por medio de irrigaciones? —preguntó Doc.

—Sí, puesto que no tenemos lluvia —contestó la princesa Lanta—. Nuestra agua viene de lo que llaman ustedes pozos artesanos. Como no hay sol, no hay evaporación de la humedad. El aire es completamente seco. Nuestra gente tiene la piel sin poros y eso nos causa algún sufrimiento cuando salimos al mundo exterior. Tal vez no podríamos vivir en sus climas más calurosos.

El Uni —Barco flotaba. Crado evolucionaba lentamente y Doc observó dos columnas de centenares de pies de altura que parecían inmensos tubos llenos de luz rojiza. Con esta luz, las caras de Crado y de Lanta ya no parecían plateadas y habían adquirido un matiz blanco, casi normal que no hacía sino realzar la hermosura de la muchacha.

—¡Dios mío! —exclamó Renny—. ¡Parecéis muertos!

Estaba mirando a sus compañeros, cuyos rostros tenían una palidez cadavérica. Únicamente las facciones de Doc Savage parecían distintas.

Doc notó que sus manos bronceadas brillaban como el cobre. Su cara tenía el mismo matiz y sus cabellos lisos semejaban oro bruñido.

—Me estaba preguntando cómo respiraríamos al llegar —comentó Johnny—. Sin embargo, la vida vegetal indica la presencia de los mismos elementos que existen en nuestra atmósfera.

—Es nuestro sistema solar, sabio compañero —dijo la princesa—. Su atmósfera exterior crea la ley de gravedad. Nosotros tenemos el mismo tipo de aire. Contrariamente a la creencia de muchos de sus hombres de ciencia, la corteza de la tierra no tiene más de unos pocos centenares de millas de espesor. Aquí, nuestra vida vegetal y otras con ella, han establecido el mismo renovamiento de oxígeno y los gases hidrógeno y nitrógeno que se encuentran en el mundo

exterior.

—Crado nos dice —hizo observar Doc—, que lo que representa la gravedad en la superficie de la tierra, puede ser reemplazado por la fuerza centrífuga en el interior.

—De todas maneras, no se puede caer fuera del interior de una bola —intervino el práctico Renny—. Voy a enterarme del sistema solar.

El Uní —Barco llegó rápidamente sobre una ciudad cuyas numerosas torres y torreones brillaban a la luz purpúrea de altas columnas. Los edificios eran más pequeños, pero se parecían mucho a la arquitectura de los sectores más modernos de las grandes capitales del mundo exterior.

Doc juzgó que la ciudad contaría más de un millón de habitantes, lo que Lanta le confirmó. Dijo la muchacha que se trataba de la capital llamada Manyon. Allí se encontraba el palacio en el cual el rey Lumos y la reina Salano gobernaban a Subterránea.

—¡Allí está el palacio del rey! —dijo la princesa.

Doc Savage lo había adivinado. El palacio se componía de una serie de torres bajas, construidas en forma de octágonos. Brillaban sus ventanales de mica y las placas de oro enclavadas en sus paredes.

Del centro del palacio subía una torre muy alta, que brillaba con fulgor especial.

—No parece sino que el rey tiene un sol para su uso propio —comentó Long Tom—. ¿De qué material está hecha la torre, Doc?

—¡Que Johnny te lo diga! —contestó el hombre de bronce.

El rostro de Johnny reflejaba su asombro.

—No puede ser, Doc —dijo con voz entrecortada—. Admito que sea verdad lo que dijiste con el inspector escocés, pero una torre... ¿una torre entera, Doc? Eso es imposible.

—Temo que tu incredulidad no cambie las cosas —dijo el hombre de bronce—. Y creo que estamos mirando una torre de diamante, que ella sola abulta más que todos los diamantes del mundo exterior.

—¡Rayos! —exclamó Monk—. ¡Quisiera no haber venido! ¿Es que no hay nada natural aquí abajo?

El Uni —Buque no se movía apenas. Los ciudadanos del mundo ulterior llenaban las calles. Sus túnicas plateadas contrastaban con

los edificios brillantes. Las calles estaban empedradas con bloques octogonales del metal allí más vulgar, oro puro.

—El reino de Subterránea podría trastornar las ideas que el mundo tiene del valor relativo de las cosas —hizo observar Doc—. Y eso Zoro...

El Uni —Buque de la princesa Lanta empezó a bajar, se encontraba a un millar de pies, encima del palacio del rey Lumos. Doc vio una gran plaza cuadrada entre las torres, donde otras naves estaban guardadas. De pronto, una fuerte vibración sacudió el aire. Abajo en las calles, los rostros blancos de la gente estaban vueltos arriba. El Uni— Buque tembló como si sintiese una presión exterior y una sombra alargada cruzó una de las torres de luz purpúrea.

La sombra se resolvió en otro Uni —Buque que había salido del suelo a unas millas de distancia, pero su llegada fue rápida como la de una flecha disparada por un arco. Antes de que el Uní— Buque de Lanta pudiera maniobrar, la embarcación transparente de Zoro tomó posición entre él y el palacio del rey.

Los habitantes desaparecieron como topos que se meten en sus madrigueras —Lanta corrió al compartimiento de proa y su Uni— Buque continuó bajando más deprisa.

Una voz habló por uno de los receptores de radio.

—¡Entregaré a Doc Savage y a sus hombres en el acto! —dijo Zoro—. ¡De lo contrario, la ciudad de Manyon será destruida!

La voz de la princesa Lanta contestó tranquilamente:

—Vuélvete a la Tierra de Más Allá, Zoro; vuélvete ahora mismo o te hago caer con tu cargamento. Todos pereceremos, pero el reino de Subterránea se salvará.

El Uni —Buque de Lanta puso la proa en dirección a la nave de Zoro. Ambas se habían alejado del palacio: Doc se puso al Lado de Lanta, en el compartimiento de proa.

—Encontraremos otro medio —dijo en voz queda—. La trinitromita mataría a miles de habitantes.

Una de las manos del hombre de bronce se había deslizado rápidamente sobre las palancas de mando. Aunque la princesa Lanta no lo sospechaba, Doc Savage sabía mucho referente a la manera de maniobrar el Uni —Buque.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Monk—. ¡No lo dije yo ¡Ahora hará lo que dijo antes y todos volaremos hechos pedazos.

El Uni —Buque había aparentemente perdido su equilibrio. Cayó rápidamente como una piedra, con la proa puntiaguda amenazando la torre de diamantes.

El largo cilindro empezó a girar sobre sí. El movimiento echó a Doc y a sus compañeros unos sobre otros —en la mayor confusión.

Crado gritó entonces algo que no pudieron comprender.

Los hombres habían abierto dos escotillas y sus cuerpos volaban por éstas.

Todos usaban sus cinturones de gravedad. El aire, por encima del Uni —Buque, estaba lleno de cuerpos flotantes.

—¡Que me aspen! —gruñó Monk, apartando el delgado cuerpo de Ham de su fornido cuello—. ¡Los bandidos! ¿Qué haremos nosotros?

El Uni —Buque le tumbó y su cabeza embistió el estómago de Ham. Por una vez, el abogado, no tuvo respuesta alguna que darle.

Doc estaba intentando resolver su situación. Sus manos bronceadas manipularon varias palancas. Las torres del palacio crecían a su vista por momentos. La princesa Lanta había sido echada al otro extremo del compartimiento.

Estaba hablando, pero con el ruido de la caída, Doc no distinguió sus palabras. Sin embargo, la princesa estaba sonriente. Su cuerpo esbelto se encontraba cerca del cilindro metálico fijado en la pared. Este cilindro se parecía a las bombas de aire que se usan en el mundo entero para hinchar neumáticos.

La punta de la torre de diamante pasó ante sus ojos y el hombre de bronce dobló sus fuertes piernas. Entonces la princesa Lanta manipuló el cilindro.

Doc y sus compañeros se dieron cuenta de que la caída del buque cesaba bruscamente. Como si unas manos suaves lo empujaran lejos de la torre, el Uni —Buque se tumbó a un lado y se deslizó del techo inclinado a la explanada. Aunque aterrizó del revés y los compañeros de Doc volvieron a rodar confusamente, no sufrieron daños muy serios.

La princesa Lanta sonrió a Doc Savage.

—Debo darle las gracias, Clark Savage, por salvarnos a todos —dijo—. Únicamente el miedo que me da Zoro me hace a veces olvidar todo lo demás. Los súbditos de mi padre han de ser siempre los primeros.

—No es gran cosa lo que he hecho —contestó Doc—. De todos modos, hemos aterrizado.

Los cinco compañeros de Doc salieron por una de las escotillas. Antes de que lo lograran, otros tres Uni —Buques se elevaron desde el palacio y subieron al aire entablando el ataque.

El Uni —Buque de Zoro se detuvo en el aire, semejando un buitre al que acabasen de robar su presa. Por medio de un amplificador, se oyó la voz de Zoro que decir:

—¡Sentirá haber despreciado mi advertencia! Ahora os digo a todos los habitantes de Manyon: ¡seréis destruidos, a menos de que ese Doc Savage y sus hombres me sean entregados sin dilación!

Los tres Uni —Buques que se elevaban se acercaban a Zoro. La nave de éste giró con una rapidez extraordinaria, pero los buques del rey tenían la ventaja del impulso tomado. El aire tembló con el paso de los gigantes artefactos.

—¡Rayos! —exclamó Renny—. ¡El rey lleva la ventaja! ¡A ese Zoro le tienen cogido esta vez!

La princesa Lanta, con los labios entreabiertos, vigilaba la lucha.

Ham la estaba mirando en vez de vigilar la lucha aérea. El abogado no creía haber encontrado nunca una mujer tan hermosa en el otro mundo. Empezó también cavilar sobre su suerte. ¿Sería capaz Doc Savage de devolverles al mundo exterior?

La voz de Doc, tranquila y penetrante le arrancó de su meditación.

—Temí que eso ocurriera —dijo el hombre de bronce—. Su enemigo, Zoro, ha aprendido rápidamente.

—¡Oh! ¿Qué es eso? —exclamó Lanta.

Media docena de globos salieron de Uni —Buque de Zoro. Eran pequeños y de ellos colgaban unos paquetes negros y alargados. De cada globo escapaba un hilillo de humo azul que se veía claramente contra el fondo de luz purpúrea.

—¿Puede usted señalar a los hombres de los demás buques que se dejen caer rápidamente? —preguntó el hombre de bronce.

La princesa comprendió en el acto y empezó a hablar por la emisora que llevaba en el cinto. Uno de los buques del rey empezó a caer. Los otros dos estaban cerca de los globos.

Uno de éstos se disolvió. Alrededor del palacio, el aire retumbó.

Otros dos globitos explotaron y aunque el buque de Zoro se

había alejado, sufrió una conmoción que le apartó de su camino. Las explosiones de los globos hicieron temblar las torres solares. La luz purpúrea se empañó y en la explanada, el Uni —Buque de la princesa Lanta dio tumbos.

La princesa y los compañeros de Doc cayeron sobre el suelo enlosado.

Únicamente el hombre de bronce permaneció de pie, muy apartadas las piernas. Se había preparado para el choque.

Dos de los Uni —Buques del rey se encontraban directamente en la zona de la explosión. Durante un minuto o dos quedaron ocultos por una cortina de humo gris. Luego empezaron a caer dando tumbos.

Los cilindros en sí habían resistido la tremenda explosión de trinitromita, pero era evidente que los mecanismos de dirección estaban echados a perder.

—¡Oh! ¿Han perdido el control de gravedad? —exclamó Lanta—. ¿Por qué no usan los cinturones?

Los hombres del rey que iban en los Uni —Buques no querían nunca usar cinturones. Los largos cilindros eran ya pesos muertos y posiblemente sus tripulantes habían muerto instantáneamente.

La princesa Lanta empezó a correr por la explanada y miró hacia abajo. La calle estaba vacía. El pueblo de Subterránea se ocultaba temeroso en sus casas de mica y oro, habían trabado conocimiento con los explosivos, fuerza destructiva fuera del alcance de su imaginación. Sus adelantos y perfeccionamientos quedaban empuñados comparados con ella.

El tercer Uni —Buque que perseguía a Zoro empezó a describir extraños círculos. Se encontraba a alguna distancia de los globos que explotaron, pero parte de su mecanismo había quedado destrozado. De todos modos, guardaba el equilibrio.

Como un pájaro herido, el Uni —Buque cayó, pero suavemente. Una veintena de hombres saltó de la escotilla de la nave, echando a correr hacia los buques caídos. De éstos no salió nadie: Sus tripulantes habían perecido.

—¡Todos han muerto! —dijo la princesa Lanta con tono grave—. Esto, Clark Savage, es lo que temía y por lo que le busqué. Es la primera vez que esa fuerza criminal de su mundo ha sido empleada en el reino de Subterránea. Zoro ha aprendido mucho. Ahora no

poseemos los medios necesarios para combatir a los de la Tierra del Más Allá.

Doc Savage miraba con atención a la princesa. Había tristeza en su tono, tristeza por los hombres que habían muerto; Pero también algo más.

—Ahora, tan sólo puedo entregarme —dijo de pronto la princesa, como si hubiese tomado una decisión—. ¿Qué soy, comparada con la seguridad de mi pueblo... si basto?

—¿Qué es la Tierra de Más Allá? —preguntó Doc.

—No recordaba que lo ignoraba —dijo la princesa—. Es un lugar de destierro, apartado de nuestro pueblo pacífico. Allí manda Zoro, y viven los que sólo querrían vivir por medio del trabajo y de los sufrimientos de otros.

—Es lo que llamaríamos un lugar de detención para los delincuentes, en nuestro mundo —dijo el hombre de bronce.

—Supongo que es eso —admitió la princesa Lanta.

—¿Dónde se encuentra esa tierra? —inquirió Doc—. He de ir allá muy pronto. Zoro es incapaz de haber aprendido a fabricar esas bombas de trinitromita en tan poco tiempo.

—¿Zoro no lo sabe? —preguntó la princesa—. Entonces, sospecha...

—Desde el principio... —declaró el asombroso hombre de bronce.

—Si va a la Tierra de Más Allá, le matarán —dijo la princesa, Doc sonrió, sin contestar.

—Tal vez debiéramos ver a su padre, el rey —sugirió—. Veo que nos espera una tarea muy importante...

Tan sólo unos soberanos bondadosos podían tener los rostros plácidos del rey Lumos y de su reina. Recibieron a Doc Savage y a sus compañeros en una estancia que tal vez en su mundo sería considerada como sencilla y huérfana de decoración.

Unas sillas colocadas sobre un entarimado representaban una especie de trono. Estaban forradas de tela metálica y ésta era considerada por el rey Lumos y sus súbditos como de más valor que las sillas en sí.

Estas eran de oro fundido y llevaban incrustaciones de diamantes que formaban algunas inscripciones. En el mundo exterior, las sillas habrían valido varias fortunas reunidas.

El rey Lumos y la reina llevaban túnicas y coronas. Al igual que la princesa Lanta, sin prendas de vestir diferían de las de sus súbditos únicamente en el color, que era dorado.

—Sentimos sobremanera las circunstancias y la tragedia que acompañan su llegada —dijo el rey Lumos, con voz profunda y armoniosa—. Pero le damos la bienvenida, Clark Savage, así como a sus compañeros.

El rey Lumos era un hombre alto, de gentiles modales y de edad media. Su rostro sin arrugas y sus ojos brillantes de inteligencia, parecían desmentir la declaración de la princesa Lanta.

—¡Maldito!... —rezongó Monk—. Esa mujer nos dijo que tenían más de cien años. Eso no es posible.

—¡Hum! —gruñó el ingeniero—. Después de lo que he visto, una luna hecha de queso no me sorprendería.

Aunque también de ella se decía que tenía una edad más avanzada de la que alcanzan las personas que viven en el mundo exterior, la reina tenía el cabello lustrado y espeso. Nadie entre los que entraban o salían de la sala del trono, ninguno de los consejeros del reino, tenía una sola cana.

—Nos sentimos dichosos y honrados al encontrarnos aquí —declaró Doc Savage—. Aunque no fuera más que por los asombrosos inventos de su pueblo, nos compensarían los pequeños inconvenientes que hemos sufrido.

—¿Oyes esto? —le dijo Monk a Renny en voz baja—. Nos pegan tiros con nuestras propias pistolas, volamos en brazos de un par de herejes, nos meten en el centro de la tierra, por poco nos despachan al llegar, y Doc llama a esos unos pequeños inconvenientes.

El rey Lumos se inclinó y bajó de su trono. Cuando estuvieron sentados en otra habitación interior del palacio, Doc Savage le hizo preguntas respecto al aspecto del pueblo.

—No parece que hayan sufrido las enfermedades que existen en nuestro mundo —dijo el hombre de bronce—. El secreto de su manera de vivir me parece más valiosa que todo el oro y diamantes que contiene el interior de la tierra.

—Los informes que nos han dado de usted no han sido exagerados —contestó el rey Lumos—. Veo que es usted un hombre que se interesa más por el bienestar de la humanidad que por sus valores artificiales. Y añadió —: Es cierto que alcanzamos una edad

avanzada y comparativamente no sufrimos las aflicciones del mundo exterior. Nuestra atmósfera completamente seca es, en parte, la causa de ello. Nuestro sistema solar carece de los rayos violetas y otros que emana el sol del universo y de este modo llegamos a una edad muy avanzada, guardando la apariencia de la juventud. Saludó a la reina—: Después de todo —somos lo que llamarían ustedes gente muy vieja.

Una radio habló de pronto, dejando oír la voz burlona de Zoro.

CAPÍTULO XV

NOCHE SIN CIELO

EL altavoz se encontraba en el palacio del rey Lumos. Otros amplificadores colocados en las esquinas de las calles informaban al pueblo de lo que ocurría en el reino de Subterránea.

—Distintos en eso de su mundo, no tenemos secretos de estado —dijo sonriendo el rey Lumos—. Nuestros súbditos se enteran inmediatamente de nuestros problemas.

—Semejante sistema reportaría una ventaja incalculable en el mundo exterior —convino Doc Savage—. Muchas intrigas insensatas quedarían suprimidas si los pueblos de todas las naciones fueran informados de un modo similar.

En el caso presente, sin embargo, quedaba la duda de que el populacho de Subterránea supiera demasiado y Zoro contaba con ello.

—Doc Savage y sus compañeros han de ser entregados —dijo Zoro por radio—. De otro modo, tengo los medios de destruir a la ciudad de Manyon. Todos mis enemigos morirán. ¡Manyon caerá! Cuando la princesa Lanta sea mi reina, volveré a edificar la ciudad.

—¿De manera que ese Zoro tiene un motivo personal en el asunto? —dijo Ham—. No puedo decir que critico su ambición.

El abogado volvió a observar a la muchacha. Las palabras de Zoro obraron un efecto evidente sobre ella. La palidez de su hermoso rostro ovalado quedó acentuada.

—¿Eso es lo que quiso usted dar a entender cuando le dijo que se entregaría? —dijo Doc Savage.

La princesa inclinó la cabeza.

—Con esa fuerza explosiva que ha traído del mundo exterior, no parece quedar otro remedio.

Dos veces la princesa habló de sacrificar su propia vida y la de otros por su pueblo. Ahora estaba dispuesta a ofrecerse viva.

—¡Rayos! —gritó Monk, con sorpresa de todos—. ¡No lo hará usted! ¡Sí alguna vez cojo entre mis manos al cochino bandido!

Las manazas de Monk se abrieron y cerraron convulsivamente. Con gran elocuencia expresaban lo que ocurriría a Zoro si Monk llegaba a cogerle por su cuenta.

—¡Me gusta el hombre del rostro extraño! —dijo la princesa Lanta, con lágrimas en los ojos.

Inmediatamente después de hablar Zoro por radio, el suelo de la ciudad tembló. Las paredes y los suelos del palacio del rey se movieron y el rey Lumos se apresuró a mandar:

—¡Enchufad la corriente de las torres Supermagnéticas!

La orden fue transmitida por radio y el conato de terremoto cesó en el acto.

—Es medianoche —proclamó el rey—. Tenemos unas horas para formar nuestros planes.

—¿Sus torres supermagnéticas? —preguntó Doc Savage—. Deben de ser las ciudadelas que hemos visto al bajar, en los cuatro extremos de la ciudad.

—Es usted extraordinariamente observador, Clark Savage —dijo el rey—. Como lo sabe ya, nuestros Uni —Buques se maniobran por medio de una intensa atracción magnética que podemos controlar. Ha sido concentrado para salvaguardar la ciudad.

—¡Y cuando las torres supermagnéticas operan —prosiguió Doc —, ninguno de los Uni —Buques puede elevarse! ¿No es eso?

—Eso es. Estamos al abrigo de todo ataque de Zoro en el aire o debajo del suelo cuando las torres supermagnéticas están operando. Del mismo modo, nuestros Uni —Buques quedan inactivos.

—Es una buena protección —declaró el hombre de bronce—. Nos da la oportunidad de prepararnos para combatir las fuerzas de Zoro. Una pregunta, rey Lumos: Nos ha dicho usted ya mucho. ¿De que ofensa se acusa a Zoro?

El rey se explicó en pocas palabras. Zoro era jefe de una banda de ladrones.

Sus tenientes y secuaces eran varios centenares de individuos, desterrados todos a la Tierra de Más Allá.

El reino de Subterránea operaba sobre la base de un sistema de

contribuciones generales. Cada habitante aportaba su parte para el bienestar general y para soportar la nación. Como ocurre en el mundo exterior, unos pocos intentaban apoderarse de la producción de otros. Esos sujetos eran desterrados a la Tierra de Más Allá, a más de mil millas de distancia.

—Allí han de mantenerse por si mismos —dijo el rey Lumos—. Poseen su propio sistema solar y tanques para irrigar sus huertas, pero se les niega lo que hay en la ciudad de Manyon, aunque se les ha permitido tener tres Uni —Buques.

—De forma que Zoro decidió buscar fuerzas afuera para ascender al trono —comentó Doc.

—Eso es —contestó el rey—. Sus armas eran insuficientes, pero ha inventado la música de muerte y la inercia.

—A lo que hemos llamado las flautas de muerte —repuso Doc—. Se trata de uno o dos productos químicos que afectan los nervios auditivos. El uno mata y el otro no es más que un anestésico, pero los guerreros que van armados con las flautas protegen sus propios oídos.

—Eso es lo que nos intrigaba —admitió Lumos—. Zoro no se ha limitado a descubrir un arma nueva, sino que ha encontrado la manera de dar, a los tocadores de flauta la inmunidad contra su propia música.

La noche sobre la ciudad de Manyon no poseía cielo. Los cinco compañeros de Doc miraban el espacio, oscuro y vacío. No había nubes, ni humedad.

Exceptuando algunas débiles luces de los hogares de los habitantes, no había iluminación de ninguna clase.

Las columnas solares estaban apagadas. El reino controlaba sus propios días y noches, pero no habían estrellas en el espacio, ni luna.

—Tendría éxito en Broadway —intervino Ham—. Pero lástima es que no tenemos bastante noche en nuestro mundo.

La princesa Lanta había acompañado a los seis aventureros al lugar donde guardaban los Uni —Buques del rey.

De las calles subía un siniestro murmullo que creció en volumen hasta convertirse en una profunda amenaza.

Algunas voces se oían más estridentes que las otras y se oían cerca de las paredes del palacio del rey. Alguien gritó. Aunque el

idioma era extraño, Doc Savage lo comprendió o adivinó.

—Su pueblo pide que se nos entregue a Zoro —dijo el hombre de bronce:— Era de esperar.

La cara de la princesa Lanta era muy pálida a la débil luz que reinaba en el sotechado donde guardaban los Uni —Boquee. Había allí como media docena de los cilindros transparentes.

—No teman —dijo rápidamente la princesa—. Eso no ocurrirá. Mi padre no les ha dicho cuál es su mayor preocupación. Sabemos que en la ciudad hay muchos espías de Zoro que fomentan disturbios. Nuestra gente está asustada. Siempre han vivido en paz, de manera que no estamos preparados para combatir la intriga. Nunca hemos necesitado lo que llaman soldados o policía.

Doc, Long Tom, el mago de la electricidad y Monk, con sus vastos conocimientos de los productos químicos, penetraron en la sala de las máquinas de uno de los Uní —Buques. El rostro de Long Tom se iluminó de pronto.

—Este control de gravedad, Doc —dijo lentamente—, podría fácilmente ser inutilizado a distancia.

El hombre de bronce sonrió.

—Había pensado en ello, viendo que disponemos del manantial eléctrico sin necesitar dinamos —declaró—. Y tan pronto como tengamos ocasión, te enseñaré en qué he estado pensando.

La princesa Lanta les llevó al Uni —Buque en el que habían aterrizado.

—He pensado en lo que podían necesitar —dijo—. Vean, he traído las cajas y otras cosas de su aeroplano, cuando se estrelló en el ventisquero, entre las montañas.

Esta información preocupó a Doc Savage, pero su voz no lo dejó traslucir.

—Más vale así —dijo tranquilamente—. Si quiere enseñarnos algo del mecanismo de los buques, tal vez podamos idear un contraataque efectivo.

Monk lanzó un grito de alegría y se echó sobre el bulto que contenía sus cosas. Era un laboratorio en miniatura, pero completo. En pocos minutos, estaba entregado a experimentos con varios productos. Sus manos peludas estaban trabajando un pedazo de cera amarillenta, de la consistencia de la masilla.

Sus actividades se vieron interrumpidas repentinamente. Unos

golpes tremendos se oyeron en la fachada del palacio. Las voces estridentes habían subido aún de tono y la del rey Lumos, tranquila, habló en inglés.

—No entregaré a Clark Savage ni a ninguno de sus hombres —dijo el rey.

Por encima del murmullo de voces, se oyó una música extraña que evidentemente tan sólo era una breve demostración.

—¡Entonces la princesa Lanta debe ser la esposa de Zoro! —dijo una voz brutal—. ¡De otro modo, la ciudad será invadida! ¡Todos nuestros enemigos perecerán! ¡Entregad la princesa a Zoro!

La princesa Lanta se enfrentó con Doc Savage y sus hombres.

—Los asesinos de Zoro han entrado en la ciudad —dijo con sangre fría—. Es la única solución... Iré...

Doc Savage quiso evitar su ademán, pero la esbelta princesa le esquivó y desapareció en dirección, a la fachada del palacio.

Los compañeros de Doc tuvieron que seguir un camino complicado. En su precipitación por acompañar o detener a la princesa, los cinco hombres se perdieron durante breves momentos. El hombre de bronce no se había reunido con ellos.

Doc se encaramó en lo alto de la pared lisa del palacio. Una de las torres de mica se encontraba ante él. El hombre de bronce saltó con gran agilidad y se encontraba a muchos pies del suelo cuando sus dedos se agarraron en busca de apoyo.

El ojo humano veía a la torre de oro y mica tan lisa como la superficie de un agua tranquila, pero las fuertes muñecas del hombre de bronce hacían garras de acero de sus dedos. El oro y el mica se hundieron bajo su presión.

Doc era una mosca humana y subía por una pared lisa. Al llegar en lo alto de la pared, el hombre de bronce se detuvo un instante.

Se veía a la princesa Lanta en la calle; al pie de la galería del palacio. Su esbelta figura se erguía con dignidad y mucha gente se apartó a un lado; pero media docena de figuras cubiertas de túnicas la rodearon de pronto.

Doc observó esto únicamente a la luz escasa que salía de la entrada del palacio. Deslumbrando a todos, las columnas solares se encendieron repentinamente. El rey Lumos abolía la noche de Subterránea en la crisis por la cual pasaba.

El hombre de bronce llegó a la calle dando tremendos saltos.

Los emisarios de Zoro ponían entonces la manó sobre Lanta.

La voz penetrante de Crado gritó un orden. Doc cayó en aquel instante en la calle y vio la alta figura de Crado a la cabeza de un grupo de leales súbditos del rey. Nuevos espías de Zoro rodearon a los compañeros de Crado que iban mal armados y no llevaban otra cosa que pequeñas porras y con ellas intentaban abrirse camino hasta la princesa Lanta, pero con escaso éxito.

De pronto una especie de torbellino azotó el grupo de hombres de Zoro. Dos puños bronceados dieron buena cuenta de media docena de enemigos antes de que se enteraran de la llegada de Doc Savage. Los hombres de Zoro se precipitaron sobre el hombre de bronce sin verle siquiera mover las manos, rápidas como el relámpago.

Con los nervios de la nuca comprimidos, los hombres de Zoro se desplomaron. El hombre de bronce quedó rápidamente rodeado de un montón de adversarios inconscientes. Crado lanzó un grito de triunfo, animándose para la lucha.

En medio de la batalla, la princesa Lanta gritó:

—¡Clark Savage, Crado! ¡Atrás todos! Cuidado. ¡Es la música de la muerte!

La extraña música brotaba de distintos ángulos.

—¡Vamos, Monk! —gritó una voz potente—. ¡Duro con ellos!

El enorme corpachón de Renny saltó disparado de la galería del palacio. El rostro alargado del ingeniero era solemne y sus grandes puños actuaban como arietes en miniatura.

Los hombres de Zoro y otros que no lo eran, caían como muñecos a su paso.

Monk se abrió paso hacia la figura dorada y brillante de la princesa Lanta.

No se entretenía en usar los puños. Sus largos brazos se alargaban sencillamente y cada vez que lo hacían, dos cabezas de piel plateada chocaban una contra la otra. Monk no hacía selecciones. Todos eran enemigos para él.

Ham se acercó también a los hombres de Zoro. De los bultos traídos por Lanta sacó uno de sus bastones estoques y su hoja brilló amenazadora.

Long Tom y Johnny atacaban desde fuera. Aunque ninguno de ellos tuviese el aspecto de un poderoso luchador, los que se oponían

a su paso caían como trigo maduro en un ciclón.

Doc no había perdido el tiempo de armarse con una de las pistolas misericordiosas y sospechaba que ninguno de sus hombres las poseía. Sin embargo, al empezar la música de las flautas a obrar su efecto sobre su cerebro, oyó las explosiones repetidas de una pistola misericordiosa.

Con la vista nublada, vio que los hombres que sujetaban a la princesa Lanta caían al suelo.

El hombre de bronce se llevó la mano a la malla a prueba de balas. No tenía tiempo de avisar a sus compañeros. Dos de las cápsulas anestésicas cayeron al suelo mientras Doc luchaba contra el efecto paralizante de las flautas de Zoro.

Desgraciadamente, Crado y sus leales compañeros cayeron con los hombres de Zoro que rodeaban a Doc. El gas que les dejaría inconscientes durante más de una hora les había afectado a todos. El hombre de bronce permaneció unos segundos de pie, solo.

Doc había contenido la respiración, pero el efecto de las flautas de Zoro le paralizaba los nervios. Luchó con mantenerse de pie, pero su enorme cuerpo se tambaleó.

La pistola misericordiosa continuaba haciendo de las suyas, pero la música de muerte ponía a todos, menos a los hombres de Zoro, fuera de combate.

Teniendo menos resistencia que Doc, Ham, Renny, Long Tom y Johnny estaban echados al suelo, en mitad de la calle.

Monk continuaba de pie. Sus grandes manazas peludas deshicieron el círculo de hombres de Zoro que apresaban a la princesa Lanta. Con gritos de rabia, el químico luchaba como un demonio.

Doc notó vagamente que la pistola misericordiosa se encontraba en manos de la princesa. La muchacha tenía un corto espacio libre en torno a ella. El arma, capaz de descargar sesenta balas misericordiosas con la rapidez de una ametralladora, había hecho numerosas víctimas, aunque era evidente que Zoro había planeado un golpe con mayor fuerza de la que se podría esperar.

—¡Rayos! —exclamó Monk—. ¡Buen trabajo, princesa! Voy a...

El químico no pudo completar la frase ni llevar a cabo su amenaza. Dio de pronto un respingo y se llevó la mano peluda a la cara como si le hubiesen herido.

Debajo de la gran oreja cartilaginosa y agujereada ya por una bala, apareció un surco rojo. Monk que por un motivo que él conocería, no había sucumbido a la música de las flautas de Zoro, se tambaleó y cayó a los pies de la princesa.

Esta fue la última escena que Doc Savage presenció. Rodeado de una veintena de hombres de Zoro que habían probado la fuerza de sus puños y de otros rápidamente anestesiados por el gas, el gigante de bronce cayó.

Los oídos le dolían horrorosamente y perdió el sentido.

Los súbditos del rey Lumos habían sido derrotados. Los habitantes de la ciudad habían emprendido la huída.

El ataque de Zoro con las flautas, las cápsulas de gas de Doc Savage y el misterio de hombres que caían sin causa aparente, resultaba demasiadas cosas incomprensibles.

La luz purpúrea de las columnas solares, iluminaba una escena de desorden.

El rey Lumos y algunos de sus consejeros yacían en la galería del palacio, reponiéndose lentamente de los efectos de la extraña música de Zoro.

Doc Savage volvió en sí antes que sus compañeros y, poniéndose en pie, buscó en vano a la princesa. Pensó que tal vez se habría refugiado en el palacio.

En derredor suyo, las calles estaban desiertas. El hombre de bronce sacó una jeringuilla y al cabo de un minuto, las inyecciones que les puso reanimaron a sus hombres. La aguja agujereó la piel de Crado y éste se encontró libre de los efectos de la cápsula de gas.

Entonces, Doc se presentó ante el rey Lumos.

Monk subió lentamente los peldaños de la galería. Sus largos brazos colgaban patéticamente y su voz áspera tenía un profundo matiz de tristeza.

—¡Maldito sea! —gimió—. Precisamente cuando empezaba a creer que le era simpático a esa mujer, me vuelve a disparar un tiro! ¡Ya te dije que...!

Una de las balas misericordiosas de la princesa Lanta había tocado accidentalmente el cuello peludo de Monk. Esa era la droga que le había puesto fuera de combate, puesto que la música de las flautas de Zoro no le había hecho nada.

El rey Lumos miró sombríamente a Doc Savage.

—Se han llevado a la princesa, creo. La última vez que la vi, estaba en la explanada.

—Tal vez haya entrado en palacio —le tranquilizó Doc.

Crado intervino, diciendo:

—No nos habría dejado. Todos los hombres de Zoro se han ido, excepto los que han caído en la calle.

La iluminación de las columnas solares revelaban la presencia de muchos enemigos vencidos.

Repentinamente, con una rapidez que dejó a todos mudos en el palacio, las columnas se apagaron. La ciudad entera quedó a oscuras, como si una nube de hollín la cubriera. Un débil rayito de luz hirió las tinieblas. Era la lamparilla de bolsillo de Doc.

El rey Lumos habló. Su voz estaba tranquila, pero revelaba su ansiedad.

—Temía que eso ocurriera —dijo—. Y todas las luces de las casas de la ciudad han quedado igualmente apagadas.

De eso no cabía la menor duda, puesto que de torres cercanas subieron los gritos y exclamaciones de gentes asustadas.

Cubriéndolos, la voz de Zoro habló por radio.

—La princesa Lanta está en mi poder. He destruido el sistema solar de Manyon.

"Mañana a esta misma hora, el rey Lumos debe entregar la ciudad, debe entregar a Doc Savage y a sus hombres. Únicamente la Tierra de Más Allá tendrá la luz solar que da la vida... ¡Todos los demás habitantes perecerán! ¡El rey Zoro y la reina Lanta reinarán!

CAPÍTULO XVI

FUGITIVOS CIENTÍFICOS

LA princesa había desaparecido y no se sabía a ciencia cierta si los hombres de Zoro se la habían llevado por fuerza o si a última hora se habría entregado, sacrificándose con la esperanza de salvar a su pueblo.

—Es una muchacha estupenda —declaró Ham, el abogado—. Ha luchado valerosamente pero la han hecho prisionera.

Monk le miró, como retándolo.

—¡No ha hecho nada de eso! —protestó con voz estridente—. Es probable que se ha entregado con el fin de salvar tu maldita piel.

—Sí, la princesa está en la Tierra de Más Allá —dijo el rey Lumos, luchando por ocultar el dolor que sentía—. Y estamos casi indefensos ante el poder de Zoro. Es indudable que se ha apoderado de la fuente de nuestro sistema solar. Sin la luz no podemos existir por mucho tiempo. La hemos conservado durante muchos miles de años.

Doc Savage no contestó. Llamando aparte a Long Tom, se encaminó al Uni —Barco, en el cual sus dispositivos y enseres, habían sido traídos a Subterránea.

La princesa Lanta había revelado al hombre de bronce los medios de controlar la gravitación de la nave.

—He visto algunos extraños sustitutos de hilos eléctricos, pero no esperaba vivir para ver esto —hizo observar Long Tom, estudiando el complicado sistema de resortes metálicos—. Mira, Doc, los alambres son una aleación de oro.

Aunque sorprendente, era cierto. Al empezar Long Tom y Doc unos experimentos con una fuerza opuesta, destinada a destrozarse la eficiencia gravitacional de los Uni —Barcos de Zoro, los realizaron

con alambre de oro.

El oro era el metal más maleable y abundante en el reino de Subterránea.

Doc preparó su aparato que tenía el aspecto de un muelle y lo probó en distintos sitios, atándolos a las palancas de gravedad.

El rey Lumos se presentó en la escotilla del buque.

—Crado se ha enterado de que dos hombres del mundo exterior que se llaman Caulkins y Cassalano están en poder de Zoro —enunció.

Doc no manifestó sorpresa alguna. Desde el principio, tenía la seguridad de que el economista y el mineralogista habían sido traídos a Subterránea. No se podía esperar que Zoro pusiera en libertad a tan valiosos rehenes.

—La princesa nos dijo que Zoro no posee mapas de los caminos que llevan al mundo exterior —dijo Doc—. Esto puede ser interesante para los prisioneros de Zoro.

—Es cierto —declaró el rey—. Zoro no tiene mapas. Estos se guardan en nuestros archivos. Antes de que puedan caer en sus manos, los destruirán unos súbditos leales. Su visita al mundo exterior la realizó corriendo grave peligro. La princesa nos informó que Zoro hizo tentativas para saltar en varios sitios, lo cual causó lo que el mundo creyó eran terremotos. Tuvo la suerte de dar por casualidad con los estratos volcánicos de las Aleutianas.

—¿Cree usted entonces que Zoro no volvería al exterior? —preguntó Doc.

—No creo que se arriesgue sin mapas —dijo el rey Lumos—. Ha logrado lo que quería. Al regresar, siguió al Uni —Buque de la princesa por el camino de las Islas Friendly. Muchos de nuestros exploradores han perecido en los grandes fuegos que existen a intervalos en la corteza de la tierra, otros se han estrellado sobre estratos de carbón ocultos. Esos son para nuestros Uni— Buques lo que los escollos son para los barcos de sus océanos.

—De modo que Caulkins y Cassalano se encuentran en Subterránea —dijo pensativo el hombre de bronce—. Long Tom, ¿está terminada la caja de degravitación?

—Creo que surtirá efectos —dijo Long Tom.

El rey Lumos y varios de sus acompañantes se sobresaltaron de pronto e, instintivamente, se pusieron las manos sobre los oídos.

Se oía una música extraña en el Uni —Buque, unos trinos que tanto se parecían a la música de muerte de las flautas de Zoro que los acompañantes del rey echaron a correr. Demasiado conocían los efectos de las extrañas notas... la muerte o la pérdida del conocimiento.

Pero Long Tom no se inmutó. Sus manos huesudas continuaban rápida y metódicamente la preparación del dispositivo que el hombre de bronce deseaba. Todavía tenían que probarlo para determinar su efecto sobre las palancas de gravedad de los Uni —Buques.

Long Tom sabía que los trinos emanaban de Doc Savage. El rey Lumos se dio cuenta de que no se trataba de las flautas. El rey poseía una gran intuición.

—Tal vez hayan llegado a una posible solución de nuestra situación —dijo con serenidad—. Si puedo hacer algo, todo lo que existe en mi reino está a su servicio, Clark Savage.

—Dentro de una hora, que interrumpan la corriente de las torres magnéticas —le dijo Doc—. También necesitaré a este buque.

—Será hecho— anunció el rey —. Desde luego, necesitará hombres para maniobrar el Uni —Buque.

—No será preciso —dijo sonriente el hombre de bronce—. La maniobra es fácil en realidad, mucho menos complicada que la de nuestros aeroplanos del mundo exterior.

El rey y sus consejeros se quedaron mirando a Doc Savage y su expresión parecía decir: ¿qué clase de hombre es éste?

Pues en Subterránea los pilotos de los Uni —Buques se entrenaban meses enteros antes de que se les confiara el mando de un buque.

Unas masas de mica en forma de cúpulas cubrían una llanura ancha y llana.

Esta se parecía bastante a la meseta desierta de las Montañas Rocosas en los Estados Unidos. Las cúpulas de mica eran, según todas las apariencias, unas viviendas. Aunque mayores, semejaban cabañas de hielo de los esquimales.

Unas puertecitas bajas daban acceso al interior.

En el interior de algunas de esas cúpulas brillaba una luz y en el centro de las viviendas se erguía una alta columna solar apagada en aquel momento.

Únicamente la débil iluminación y el rumor de voces indicaba que alguien vivía en aquella extraña comunidad.

Aquella era la Tierra de Más Allá. Las cabañas de mica, los hogares de los desterrados. Allí mandaba Zoro. En aquel humilde ambiente su espíritu rebelde había llegado a ulcerarse y su ambición había crecido desmesuradamente.

¿Acaso no había Zoro soñado con ser rey de Subterránea? ¿Y no había conseguido el arma terrible con la cual iba a sembrar la muerte y la destrucción?

La columna solar estaba apagada como medida de precaución. Zoro no temía un ataque por parte de los leales guardias del rey Lumos. El jefe desterrado despreciaba grandemente sus débiles armas. El rey Lumos no había siquiera esclarecido el misterio de la música mortal de Zoro y de su cera protectora. El rey no había inventado ninguna fuerza destructiva.

Pero ahí estaba Doc Savage.

Los cortos encuentros de Zoro con el asombroso aventurero de bronce, habían disminuido su confianza. Nunca, antes de entonces pudo nadie escapar de una de las chaquetas metálicas. Esas chaquetas fueron inventadas por la poderosa Sociedad de Planeadores de la ciudad de Manyon. Zoro las había utilizado sencillamente para atar a los que creía hombres más débiles que él, habitantes del mundo exterior.

Sin embargo, esos hombres débiles, capitaneados por Doc Savage, habían escapado. Por medio de alguna alquimia suya, el hombre de bronce había hecho de Zoro y de sus hombres unos seres indefensos a bordo del buque de hierro, el "Narwhal". Zoro no quería ya correr nuevos riesgos innecesarios.

No se sentiría tranquilo hasta que Doc Savage se encontrara en sus manos.

En aquel preciso momento, Zoro y algunos de sus secuaces se entregaban a la alegría. Acababan de saber que la princesa Lanta estaba en poder de su fiel gente. La cuadrilla de apresadores había huido de la ciudad de Manyon. La princesa sería entregada a Zoro tan pronto como el rey Lumos cortara la corriente de las torres supermagnéticas y soltara a los Uni —Buques.

Más de un millar de millas separaba a Manyon de la Tierra de Más Allá. Se necesitarían muchos días para efectuar el viaje con los

cinturones de gravedad individuales, puesto que apenas soplabla viento en el reino de Subterránea, pero un Uni —Buque cubriría la distancia como una flecha disparada de un arco.

En una de las cabañas de mica, dos voces hablaban bajito. No había luz alguna en la cabaña y los hombres que se encontraban en ella temían sin duda alguna que se les oyese.

—Pero Zoro no tiene mapas y sus hombres han dicho que los mapas serán destruidos antes de que se apodere de la ciudad del rey —dijo una voz temblorosa—. Eso significa que seremos prisioneros permanentes. Nunca podremos regresar a nuestro mundo.

—Es cierto, Cassalano —susurró la segunda voz—. Tal vez si pudiésemos escapar y escondernos, Doc Savage o uno de los buques del rey nos recogería pronto. Si Zoro nos volviese a encontrar, podríamos decirle que hemos ido de exploración y nos hemos perdido.

Casi inmediatamente, dos sombras se deslizaron por la puerta de la cabaña.

La regordeta figura de Cassalano iba acompañada por la mucho más delgada de Caulkins. Sin hablar, cruzaron delante de la cabaña en la que Zoro se alegraba con sus hombres.

Poco a poco, rebasaron las últimas viviendas sin que se les descubriera. Se vieron obligados a tocarse mutuamente para no perderse. Aun en la noche más lluviosa y oscura, el mundo exterior no poseía una oscuridad comparable con ésta.

Caulkins el economista, y Cassalano, hablaron muy poco al huir en las tinieblas de Subterránea. El grueso mineralogista jadeaba de mala manera. El paso de su compañero le resultaba penoso.

—No hay ningún sitio donde podamos escondernos si dan la luz solar —se quejó Cassalano—. Zoro nos encontraría enseguida.

—Si esto ocurriese, nos dejaríamos caer, pretendiendo estar dormidos —replicó el ingenioso Caulkins—. Todo es preferible a vernos encerrados con esta gente en el interior de la tierra. Aquí nuestros conocimientos científicos no nos sirven de nada. Si tan sólo supiésemos lo que Doc Savage, podríamos encontrar una solución, pero aun el famoso hombre de bronce será indefenso sin los mapas de los caminos a seguir. Zoro admitió que tuvo que seguir a la princesa.

—Y sabe que la princesa es prisionera —dijo Cassalano con voz entrecortada—. El rey contra quien lucha puede también entregarse para salvar a sus súbditos.

—Lo cual no nos devolvería a nuestro mundo —dijo secamente Caulkins—. Hemos de encontrar un escondite antes de que enciendan la luz solar.

Tuvieron suerte... De pronto la llanura se vio cortada por una serie de zanjas de irrigación. Siguiendo una de éstas que estaba a seco, los dos hombres caminaron a buen paso, por espacio de una hora. De pronto Caulkins, que tenía el oído fino, se detuvo bruscamente.

—¡Oye esto!— dijo —. ¿Lo oyes? Zoro ha descubierto nuestra ausencia. Es uno de los Uni —Buques.

—¿Crees que deberíamos tendernos y escondernos? —preguntó Cassalano con voz temblorosa.

Era evidente que el mineralogista no era muy valiente.

Antes de que Caulkins pudiera contestar, la vibración del Uni —Buque cesó.

Los dos hombres se acurrucaron en el fondo de la zanja, pero les habría extrañado saber que aún en aquella densa oscuridad unos ojos les habían visto.

El Uni —Buque era invisible. Sin duda, los hombres que lo perseguían habían apagado todas las luces para no anunciar su llegada. Los fugitivos no podían ver que el Uni— Buque se precipitaba rápidamente sobre ellos.

Encontrado un abrigo parcial en la zanja, Caulkins empujó al tembloroso Cassalano bajo unas matas secas.

En aquel instante, unas notas extrañas y quejumbrosas cayeron en cascada en derredor de ellos.

Caulkins gimió:

—No podemos escapar a la música de muerte —dijo—. Es preferible entregarse. Recuerde, Cassalano, que no hemos hecho más que salir a dar una vuelta y que nos hemos perdido.

—Si... si... lo di... diremos así —tartamudeó Cassalano.

Tuvieron poca oportunidad de explicarse. Unas manos poderosas surgieron de la oscuridad y unos dedos de hierro les cogieron por el cuello. El leve grito de Cassalano quedó ahogado. El economista y el mineralogista eran nuevamente prisioneros.

Guiada por la luz solar, una figura acurrucada y grotesca se movía sobre el suelo dando extraños saltos. Unos largos brazos colgaban a pocas pulgadas del suelo. La figura seguía una pista bien clara en uno de los numerosos parques de la ciudad de Manyon.

Esa pista era un verdadero camino que muchos pies habían practicado a través de la fresca vegetación. En algunos sitios, desaparecía, pero la figura acurrucada buscaba en derredor hasta volver a dar con ella.

El extraño y caballeroso Monk se había puesto en camino solo, con la esperanza de seguir y salvar a la princesa Lanta. Por motivos que únicamente su ilógica persona hubiera podido explicar, el simiesco químico deseaba aparecer a los ojos de la hermosa joven como un héroe... y eso a pesar de que ella no desperdiciaba ocasión alguna de pegarle un tiro.

Sanos y salvos a distancia de la ciudad de Manyon, los hombres de Zoro que habían apresado a la princesa, acampaban en un lugar escogido. Llevaban consigo lo que parecía ser unos pequeños globos.

—Si cualquiera de los Uni —Buques de Manyon llega primero, aquí lo esperamos— dijo uno de los hombres de piel plateada, que parecía ser el jefe del grupo.

Monk no oyó esta voz. Aunque la luz purpúrea brillaba en las columnas solares a alguna distancia, este sector de los jardines estaba en la sombra.

Pero le sorprendió una voz armoniosa que le pareció llegar de tan cerca que se dejó caer de bruces. De haberle visto entonces Ham, más que nunca le habría comparado con un gorila.

—Dejadme y no intentaré escapar —decía la voz de la princesa Lanta—. Iré voluntariamente a Zoro... No hay más remedio.

—¡Maldita sea esa mujer! —gruñó Monk—. Yo no tendré más remedio que llevarla a casa.

Y una ancha sonrisa iluminó su rostro feo y peludo.

—No estaría mal —murmuró—. Espero que me lo hará hacer.

Unas sombras se abalanzaron sobre él... Le habían oído. Algunos, de los hombres de Zoro le rodearon por el sencillo medio de saltar en torno suyo con sus cinturones de gravedad. Le asaltaron en todas direcciones.

Las brillantes flautas aparecieron en varias manos y su música quejumbrosa resonó en el jardín. Monk se irguió sobre sus cortas piernas.

—¡Id y soplad lo que queráis! —chilló—. A ver lo que conseguís con ello.

Cogió a los dos hombres que estaban más cerca con una violencia contra la cual ni música ni productos químicos podían nada. Los cráneos de dos de los hombres de Zoro chocaron con un ruido sordo. Monk saltó sobre otros dos adversarios.

Los flautistas le miraban asombrados. El gorila de la cuadrilla de Doc debía tener unos oídos especiales. Los hombres vieron que sus orejas eran muy pequeñas y cubiertas de pelos hirsutos. A través de uno de los lóbulos había un agujero dentro del cual habría cabido un dedo. Sin duda, era debido a la herida de una bala.

Disponiendo de dos enemigos más, Monk se desembarazó de otra pareja, empleando sus brazos a guisa de catapulta. Los dos hombres salieron disparados y cayeron dando tumbos. Monk se sacó entonces dos globitos del bolsillo. Aspiró hondamente y esperó. Los hombres que estaban delante de él cayeron al suelo, adormecidos. En torno a Monk, el espacio estaba libre. Los efectos del gas anestésico durarían un minuto escaso.

Monk escogió a la princesa Lanta por su traje de oro.

—¡La tengo, princesa! —gritó y dio un salto adelante.

Los enemigos se abalanzaron sobre él en todas direcciones, y por la mera fuerza del número, le tumbaron al suelo. Una vez allí, un trozo de roca metálica le cayó sobre el cráneo.

CAPÍTULO XVII

EL BUQUE DE DOC CAE

TRES disgustados compañeros de Doc paseaban de arriba abajo en el cuarto interior del palacio del rey Lumos. Esperaban ansiosamente noticias del hombre de bronce.

El rey Lumos, la reina y su séquito continuaban despiertos.

Fuera, Crado y algunos de sus hombres volaban en un Uni—Buque. Vigilaban atentamente, dándose cuenta que Zoro buscaría la oportunidad de utilizar sus propios Uni —Buques.

No habían podido encontrar a la princesa Lanta. Nadie sospechó que los hombres de Zoro pudiesen ocultarse tan cerca, en los jardines de la ciudad.

Dos horas transcurrieron y no se tenían noticias de Doc ni de Long Tom que lo acompañaba. El hombre de bronce declaró que deseaba realizar pesquisas en la Tierra de Más Allá.

—¿Y qué ha sido de ese gorila? —preguntó Ham a los demás—. ¿Por qué no puede estarse tranquilo? ¿Adónde creen que habrá ido? ¿No suponen que se habrá extraviado y que le habrán cogido?

—Monk sabe cuidarse solo —declaró Renny—. ¿Por qué te preocupas siempre tanto de él? Si estuviese aquí, le atosigarías de continuo.

—Tal vez sea eso lo que echo de menos —dijo secamente Ham—. Si tuviese sesos se podría dejarle solo.

Ham sentía angustia por la seguridad de Monk y hacia dos horas que éste estaba ausente. Todavía no sabían nada de Long Tom ni de Doc por la radio del Uni —Buque.

—Tal vez debí insistir que uno de mis hombres le acompañara —, dijo el rey Lumos—. Parece increíble que sepa tanto respecto a nuestro Uni —Buque.

—No se preocupe por eso —dijo Johnny—. Doc sabe cuidar de sí mismo.

Pero la fe de Johnny en el hombre de bronce se vio disminuida de pronto.

—Aquí Doc Savage —dijo una voz por radio—. Al rey Lumos... Uni —Buque averiado... perdido control de gravedad... Uni— Buque ha penetrado en tierra... Huida difícil... Dad corriente de torres supermagnéticas... Creo que Uni —Buque de Zoro este fuera... Esperad... Dad corrientes torres como solicitado... Uni— Buque electrificado... No hay salvación... Dad corriente... no puedo dar posición.

La voz de Doc calló de repente. Luego otra se dejó oír.

—¡Es Lanta! —exclamó la reina—. ¡OH, Lanta!

—Habla por la portátil —dijo el rey Lumos—. ¡Oíd!

—¡Aquí Lanta!... ¡Espero me oigan!... Han cogido al hombre de rostro extraño... Estamos...

Unas voces más duras cubrieron la de la princesa y por segunda vez la radio enmudeció. El rey Lumos dio tristemente la orden de dar la corriente. Si Doc Savage y Long Tom sobrevivían, dijo, eso evitaría que Zoro les encontrara con otro Uni —Buque.

—Es una buena idea de momento —declaró Ham—. Pero tan pronto como nos podamos organizar, tendremos que pedirle que corte la corriente de las torres.

Ham salió de la estancia, encaminándose al sotechado de los Uni —Bques.

—Pueden quitar la corriente —añadió— ...porque vamos a encontrar a Doc y a Long Tom. También quizá demos con Monk.

—Zoro debe haber recogido el mensaje de Doc con tanta facilidad como nosotros —declaró Johnny—. Me extraña su llamada. Doc no acostumbra a decirlo cuando se encuentra en mala situación.

—Es extraño de veras —admitió Ham— ... pero esos Uni —Bques tienen malas bromas. Sería lo único que podría hacer...

Johnny, Ham y Renny embarcaron en otro Uni —Buque. Crado, el capitán del rey asumió el mando y se dirigieron a la Tierra de Más Allá. La noche sin cielo era oscura. El rey había vuelto a apagar las columnas solares.

—Temo que su jefe de bronce esté verdaderamente en un apuro

—comentó Crado—. Es un hombre notable, pero los Uni —Buques son difíciles de manejar. Se toca su mando equivocado y se cae de cabeza al suelo con tanta rapidez que nadie puede evitarlo.

—¿Tiene usted los medios de saber aproximadamente dónde un buque siniestrado puede encontrarse? —inquirió Renny—. ¿Cómo sabemos que seguimos la dirección tomada por Doc?

Crado sacudió la cabeza negativamente.

—He probado ponerme en contacto por radio, pero sin recibir respuesta —dijo—. Nuestros detectores no indicarán más que un buque en marcha.

Los tres compañeros de Doc estaban serios y preocupados. Temían que su jefe fuese víctima de su gran valor.

—De todos modos —comentó Ham—. Sabemos que Doc iba a la Tierra de Más Allá.

—Llegaremos a los dominios de Zoro dentro de pocos minutos —declaró Crado—. Hemos de prepararnos contra cualquier eventualidad. El plan de Zoro es destruir el sistema solar de Manyon y no se detendrá ante nada para conseguirlo.

—No he comprendido muy bien cómo esto es posible —dijo Renny, cuyo instinto de ingeniero estaba despierto—. El rey nos ha dicho que el sistema solar opera por medio de depósitos que actúan como inmensos acumuladores. Permanecen cargados debido a la descarga continua de corriente eléctrica en la tierra, bajo forma de rayos.

—Es cierto —asintió Crado—. El poder de nuestro sistema solar se deriva de estratos altamente magnetizados, en grandes depósitos. Cada estrato es opuesto a otro. El uno tiene el efecto de una corriente continua y el otro de una corriente alternada. Operan pues a fuerza de acumuladores gigantescos.

—¿Cómo puede Zoro intervenir en el asunto, tratándose de un sistema natural? —insistió Renny—. No hay contactos de cables que puedan ser desconectados.

—No —dijo Crado—. Pero cada estrato está reunido con nuestra ciudad por medio de acumuladores contruidos hace muchas generaciones. Con esta nueva fuerza explosiva, Zoro podría saltar uno de los techos magnetizados.

El Uni —Buque corría por el mundo interior, habiendo cubierto ya la distancia de más de diez mil millas. Dentro del largo cilindro

no se oía vibración alguna. Crado concluyó su explicación de la amenaza de Zoro.

El alto capitán se abalanzó sobre el detector del buque. Las bolitas de color del tubo bailaban locamente.

—Hay otro Uni —Buque en el aire— anunció Crado —. Se acerca y como no tenemos otro buque fuera, exceptuando el de Doc Savage, debe ser uno de los de Zoro.

Enfrente se divisó una luz purpúrea que fue extendiéndose. Esta era la única columna del sistema solar de la Tierra de Más Allá. Operaba por medio de depósitos mucho más pequeños y si echaba a perder el sistema del rey Lumos, Zoro dependería de ella sola hasta realizar su amenaza de apoderarse del reino de Subterránea.

Cerca, muy cerca, el luminoso cilindro de un Uni —Buque surgió. Se dirigía en línea recta hacia la nave de Crado y durante unos segundos pareció inminente un choque. El rostro blanco de Crado estaba contraído.

—¡Zoro! —exclamó roncamente—. ¡Pónganse los cinturones de gravedad! ¡Podemos ir a pique!

Pero el Uni —Buque de Zoro pasó por su lado y en el interior vieron las siluetas de numerosos hombres. Sin duda alguna, el jefe de la Tierra de Más Allá había recogido la llamada de Doc al palacio.

—¡Dispónganse a saltar! —avisó Crado—. ¡Caemos! ¡Vean!

Renny, Ham y Johnny vieron. Estaban luchando con los cinturones de gravedad, pero su tentativa para escapar fue demasiado tardía. Varios globitos aparecieron. El buque de Crado caía como una piedra, pero no lo suficiente deprisa aún.

El primer globito se disolvió dejando una estela de humo grisáceo. Esto ocurrió una fracción de segundo antes de la tremenda explosión que hirió al Uni —Buque. La nave de Zoro estaba ya a varias millas de distancia.

El Uni —Buque de Crado se estremeció y pegó un salto como si se le hubiese dado un martillazo con una herramienta gigantesca. El golpe hizo entrechocarse los dientes de Renny y de sus compañeros. El cuerpo larguirucho de Johnny dio una vuelta completa. Ham se desplomó de lado contra el detector de vibraciones y cayó entre los fragmentos de cristal.

A la primera explosión siguió casi instantáneamente otra. Crado

y sus hombres manipulaban febrilmente los mandos. El Uni — Buque no respondía y caía rápidamente. La maquinaria estaba fuera de uso.

No tardó el buque en tocar el suelo. La rápida maniobra de Crado salvó a la tripulación y a los pasajeros de sufrir la misma suerte que los primeros compañeros del rey Lumos, pero el choque fue tremendo.

Todos en el Uni —Buque quedaron atontados. Vagamente se dieron cuenta de que abrían sus escotillas y que los hombres de Zoro irrumpían en el buque. Se oyó la música de las flautas.

Ham creyó ser el primero en volver en sí, pero una voz potente que protestaba airada, era lo que le devolvió a la conciencia de las cosas.

—¡Maldito sea! —gritaba Renny—. ¡Nos han metido otra vez en las dichas camisas!

Ham movió levemente las manos. Inmediatamente sintió que se ahogaba.

Johnny estaba tumbado a su lado. Renny continuó quejándose y respirando entrecortadamente. El ingeniero luchaba contra la camisa de fuerza, sin conseguir otra cosa que asfixiarse.

Ham vio a Crado y a sus hombres. El número de camisas metálicas parecía ilimitado. Todos ellos estaban indefensos. Los hombres de Zoro les rodearon de pronto y Ham sintió que le levantaban en vilo. Junto con sus compañeros, le llevaron por una brecha que parecía situada en la boca de un precipicio.

Los hombres de Zoro les llevaban, manipulando los botones de gravedad de sus cinturones.

La débil luz purpúrea del sistema solar de Subterránea desapareció, siendo reemplazada por una extraña iluminación. Esta provenía de un gran número de carámbanos cristalinos.

Eran estalactitas y el interés de Johnny, el geólogo, se despertó, aun en aquellas críticas circunstancias.

—Son calcedonias —exclamó—. Algunas tienen una mezcla de carbonita. Si algún día salimos de aquí, escribiré un libro.

El aire estaba cargado de energía eléctrica. Ham fue colocado al lado de Renny y Johnny. Dos camisas metálicas entraron en contacto e inmediatamente brotaron chispas: A Ham se le puso la piel de gallina y su columna vertebral reaccionó como si se le

hubiese asestado un golpe.

Se encontraban en una cámara magnética. Aquel depósito mineral que se extendía por centenares de yardas en las cuevas, formaba parte del sistema solar del reino. Ham forcejeó por alejarse de sus compañeros, juzgando que poco le había faltado para ser electrocutado.

Durante un momento los compañeros de Doc creyeron ser los únicos prisioneros, junto con Crado y sus hombres, pero una voz airada que se elevó de pronto les reveló la presencia de otro ser humano. Era imposible confundir los acentos de Monk.

—¡Maldito sea! —gritaba—. Precisamente cuando estaba pensando que ese endemoniado picapleitos no tardaría en venir con una de sus espadas para dar buena cuenta de esos herejes, aquí lo veo atado de patas como un marrano que va al mercado.

—Vamos —exclamó Ham—. Aquí tenemos a nuestro amable gorila. Tal vez no se pudo resistir a la princesa.

Monk rezongó por lo bajo en forma incoherente. Había dado con la verdad.

—A menos de que algo ocurra pronto, estamos malparados —dijo la voz queda de Johnny—. Mirad lo que están haciendo.

Se echaba de ver que Johnny acertaba a referirse a su situación. Los hombres de Zoro habían dejado caer sus prisioneros en un rincón y se entregaban a la tarea de llevar muchas cajitas cuadradas al interior del túnel.

Ham reconoció en el acto a las cajas de trinitromita.

Decenas enteras de cajas de uno de los más modernos y terribles explosivos del mundo exterior eran colocadas dentro de pequeñas trincheras. Estas formaban un cuadro en torno a la maquinaria del sistema solar y rodeaban uno de los extremos del enorme lecho de mineral magnetizado. Este depósito tenía el aspecto de un estrato de roca obsidiana, pero presentaba venas morenas que bien podían ser de mineral de hierro o de oro verde.

—¡Rayos! —chilló Monk—. ¿Qué creéis que va a pasar aquí?

—¡Caray! —contestó Renny—. ¡Estoy haciendo lo posible por no pensarlo!

Zoro en persona se les acercó:

—No es necesario preguntarse dos veces qué es lo que están presenciando —anunció—. Su maravilloso Doc Savage y su

compañero el electricista no pueden ayudarles ya. Zoro manda en el reino de Subterránea. Cuando el explosivo de su mundo haya hecho su obra, no tendrán ya que vacilar.

Varios centenares de cajas de trinitromita habían sido colocadas ya a pocos metros de distancia.

—De todos modos —hizo observar Ham con serenidad—, no sabremos lo que ocurre.

El estoicismo de Ham enfureció al jefe de la Tierra de Más Allá, que dio una patada cruel en las costillas del abogado. El dolor fue intenso, pero Ham continuó sonriendo con mofa.

—En nuestro mundo no sería usted otra cosa de un gangster, Zoro —dijo con desprecio.

Detrás de Zoro, una voz habló rápidamente en el idioma del mundo interior.

Una voz musical, y nadie que conociera a la princesa Lanta podía equivocarla. El hermoso rostro de la muchacha se acercó al hombro de Zoro.

El rostro feísimo de éste se iluminó inmediatamente, habiéndose sacrificado para salvar a su pueblo, la princesa aceptaba sin duda la situación con valor y resignación. Sus palabras debían de ser agradables.

Zoro contestó con un gesto lleno de fatuidad, señalando los preparativos de la explosión de trinitromita. Ham cerró los ojos y los volvió a abrir. No se había equivocado. La princesa Lanta estaba sonriendo. Puso una mano libre sobre el brazo de Zoro. Fue un gesto conciliador, casi una caricia.

—¡Maldito sea! —gruñó Monk—. Ya os decía que no se puede uno fiar de una mujer. ¡Mirad!

La princesa Lanta miró al indefenso químico.

—El compañero del rostro extraño obraría cuerdamente no hablando con demasiada libertad —dijo con calma.

Monk se abogó a medias, haciendo un esfuerzo formidable con sus largos brazos para romper la fuerte chaqueta metálica.

Ham estaba observando con atención a la princesa, cuyos hermosos ojos no parpadearon siquiera.

—¡Es eso posible! —susurró Ham a Johnny—, que se trate de una mujer como hay tantas, después de todo. Con Zoro ella será reina.

—Monk no hace más que pretender que no se fía de las mujeres, pero yo sé que desconfía de veras de ellas —replicó el sabio Johnny.

Renny se acercó un poco a Ham. Por medio de gruñidos ininteligibles, indicó algo extraño en la procesión de los hombres de Zoro que llevaban las cajas de explosivo.

—Eso ha sido lo cierto desde el principio —susurró Ham—. Todo lo del "Narwahl" era una pura comedia.

Las figuras del delgado Caulkins, el economista, y del regordete Cassalano, el mineralogista, pasaron en dirección a las trincheras donde estaba colocada la trinitromita. Cada uno de los traidores hombres de ciencia del mundo exterior llevaba cajitas y rollos de alambre. Esos rollos brillaban, puesto que estaban hechos del oro de Subterránea.

El rostro delgado y ascético de Caulkins se volvió hacia los prisioneros y su voz seca resonó en la cueva.

—Debe ser desalentador descubrir que no tienen ustedes a su famoso Doc Savage para sacarles del presente apuro —comentó—. Bien, en los asuntos humanos llega siempre la última vez...

Cassalano rió de un modo desagradable y sus ojillos azules brillaron como los de un roedor.

—Ha dicho la verdad —añadió a las palabras de Caulkins—. El final llega, ineludible. Lo oí decir, William Harper Littlejohn, que tenía la justa ambición de escribir una tesis sobre sus recientes descubrimientos. Puede usted estar tranquilo. El libro se escribirá... pero hará célebre a Salvatore Umbrogia Cassalano.

—¡Maldito bulto de grasa! —gritó Johnny—. ¡No vivirá para decir a nadie lo que ha visto!

Tanto genio extrañaba en Johnny, siempre dueño de sí; pero el geólogo estaba movido a cólera por algo más que por la malevolencia de Cassalano.

Pensaba en Doc Savage y en Long Tom.

Caulkins y Cassalano se echaron a reír y procedieron a preparar la trinitromita. Caulkins dirigía las operaciones. Sus manos huesudas colocaban con rapidez los rollos de alambre.

De las cajas, la pareja de bribones sacó los detonadores especiales que se necesitaban para hacer explotar la trinitromita. Los alambres fueron pronto fijados en su sitio y dispuestos a lo largo de la pared a ambos lados de la cueva.

—Empujadlos bien dentro de las grietas —sugirió la voz mordaz de Caulkins—. Uno de nuestros queridos amigos podría intentar alcanzarlos.

Sin duda colocaban los alambres fuera del alcance de los prisioneros. Cerca del depósito magnético unos pedazos de cristal de roca fueron puestos encima y más lejos los alambres fueron levantados y atados debajo de las estalactitas.

Sujetos por las chaquetas metálicas, los cautivos no podían de ninguna manera quitar el contacto.

Monk se quejó por lo bajo y Renny gruñó sordamente. Estaba palpando interiormente su chaqueta metálica sin descubrir ningún sitio en que no operara el dispositivo estrangulador.

—Parece mentira —dijo Ham a Johnny—. Tal vez sea preferible que el rey Lumos y la reina no descubran su traición.

La princesa Lanta continuaba hablando con Zoro. Sus manos blancas y esbeltas se movían cerca del rostro del feo capitán de los rebeldes. Ham la había visto hablar con Cassalano. Era una cosa que no acababa de entender.

Le había indicado que colocara parte del alambre en un sitio más inaccesible.

—Es usted muy listo —decía la princesa a Cassalano, sin disimular su admiración—. Con sus globos explosivos, los Uni —Buques del reino no tienen la menor probabilidad de luchar.

De modo que era Cassalano quien había preparado los globos y la falaz princesa lo alababa abiertamente, dándole golpecitos en la espalda por haber matado a los súbditos de su padre.

Cassalano agradecía el halago. Sus ojillos brillaban y su doble barba se estremecía.

—Espero —dijo—, que Cassalano tendrá nuevas ocasiones de ayudar a la causa de Zoro y de su hermosa reina.

Monk prometió, en voz baja lo que le sucedería a aquel "barril de grasa" si lograba escapar a su "camisa de hierro".

—¡No veo lo que podremos hacer! —gimió Renny—. ¡Tal vez el rey Lumos envíe más buques!

Los ojos negros de Crado lanzaron un mensaje de advertencia. Apretó los labios y meneó la cabeza lentamente. Al caer, el capitán se había puesto en contacto por radio con el palacio y esperaba que el rey Lumos reuniese bastantes fuerzas para atacar al enemigo.

Caulkins y Cassalano desaparecieron colocando los alambres en el otro extremo del túnel solar. La princesa Lanta permaneció al lado de Zoro, conversando al parecer íntimamente con éste. De vez en cuando, sus manos delicadas tocaban al feo jefe con ademanes cariñosos.

Por último, únicamente la princesa y Zoro permanecieron en la cueva, encaminándose lentamente hacia el túnel exterior.

Renny estaba ya completamente fuera de sí de rabia. Al igual que Doc y los demás, sentía la mayor admiración y respeto por el rey Lumos, y la aparente traición de la princesa era más de lo que podía soportar.

Los musculosos brazos de Renny empujaron la chaqueta metálica con un arranque de fuerza sobrehumana. El cuello le apretó sin compasión y su cara se volvió de un color azulado, pero uno de los lados de la chaqueta cedió.

Zoro y la princesa acababan de desaparecer en el túnel. Los prisioneros estaban solos. Silenciosa y rápidamente, Renny empezó a libertar a Ham y a Johnny.

Ham se abalanzó sobre el alambre conectado con la trinitromita.

CAPÍTULO XVIII

TODOS LOS HOMBRES DEL REY FRACASAN

RENNY continuó poniendo en libertad a los demás prisioneros. Monk se puso en pie. Crado y sus hombres permanecieron acurrucados, contemplando a Ham.

En el índice de la mano derecha, Ham llevaba un anillo macizo en forma de sello.

El abogado apretó el interior del pesado anillo y una hoja de acero, cortante como una navaja de afeitar, saltó sobre la palma de su mano, impulsada por un poderoso resorte. Ham buscó entonces los alambres ocultos que estaban unidos a los detonadores.

Únicamente por medio de éstos explotaría la trinitromita. El producto era insensible al calor y no podía usarse del mismo modo que la dinamita. Ham pensó ante todo en evitar la tremenda explosión.

No encontró el alambre de oro y corrió hacia las trincheras.

La voz de Cassalano fue la que dio la señal de alarma. Aparentemente, el mineralogista había vuelto atrás para asegurarse de que la carga de trinitromita estaba convenientemente colocada.

—¡Zoro! —chilló—. ¡Nuestros prisioneros! ¡Están sueltos!

El enorme Renny se echó sobre él y Cassalano cayó al suelo, pero algo extraño ocurrió al ingeniero. La fuerza de su ataque le hizo dar una vuelta completa sobre la regordeta figura del mineralogista y cayó con gran fuerza sobre sus hombros.

—¡Te voy a deshacer! —gritó Renny.

Sus largos brazos se largaron hacia Cassalano. El mineralogista estaba aterrorizado y se apartó con tanta rapidez que Monk no le alcanzó. Del túnel llegó corriendo un grupo de hombres, guiados por Caulkins y Zoro.

Cassalano se puso en pie.

—¡Dadles la música de muerte! —mandó la voz fría de Zoro.

—¡Las bombas! —dijo la princesa Lanta con su voz melodiosa.

Monk chilló de rabia.

—¡Maldito traidor! —gritó Renny, levantándose lentamente después de su tremenda caída.

Las manos regordetas de Cassalano hicieron un ademán. Varios hombres habían sacado sus flautas. Ham observó que Caulkins y Cassalano tenían los oídos tapado con pedazos de cera amarilla. También los llevaba la princesa Lanta.

—¡Atrás todos! —gritó Cassalano.

—¡Contened la respiración! —avisó Ham, pero era demasiado tarde.

El ataque era inesperado y venia de Cassalano. El miserable se echaba atrás hacia el túnel. Crado y sus hombres se tambaleaban. Se durmieron de pie, mientras Monk, Renny y Johnny, cogidos por sorpresa, se desplomaban. Los pulmones de Ham se desplomaron con su tentativa de avisar a los demás.

En pocos segundos, todos quedaron estirados en el suelo de la cueva. Lo que Cassalano tenía en la mano eran cápsulas de gas, cuyo efecto fue instantáneo.

Los hombres de Zoro no tuvieron que tocar la música de muerte.

Ham y sus compañeros recobraron lentamente el conocimiento. Nuevamente estaban aprisionados por las chaquetas metálicas y Renny descubrió que a él le habían puesto dos. Zoro no quería correr nuevamente el riesgo de que el forzado ingeniero se soltara.

Cassalano y Caulkins estaban dando los últimos toques a sus alambres.

Cassalano miró a lo cautivos y rió con sorna.

—Hemos esperado para estar seguros de que apreciáis bien el poder de Zoro antes de perecer —declaró el jefe de los rebeldes—. La princesa lo ha dispuesto así.

Lanta sonreía mirando a Zoro. Ham gimió mientras sus enemigos salían por el túnel.

Monk no encontró ya nuevas palabras respecto a la princesa. Los prisioneros oyeron los últimos y débiles ruidos que Zoro y sus hombres hacían al salir.

—No hay duda de que Caulkins y ese marrano estaban de

acuerdo con Zoro desde el principio —gruñó Ham—. Creo que Doc lo adivinó. Por eso tenía tantas ganas de ir a la Tierra de Más Allá, pero la conducta de la princesa es extraña; allí hay gato encerrado.

—¡Qué diferencia puede hacer eso ahora! —gimió Renny—. Todo acabó para nosotros. En fin, ya no tendremos que esperar mucho. Vamos...

Fuera del túnel se oyeron voces airadas y llegó el eco de golpes formidables.

Por encima de varias otras se oyó la voz del rey Lumos en persona.

—¡Ante todo, coved las flautas de muerte! —ordenó el rey.

Varios cuerpos entrechocaron y un hombre gritó. La voz clara de la princesa Lanta se elevó:

—¡Cuidado! ¡Os cogerán a todos!

Ham exclamó con alegría:

—¡Tal vez la princesa esté fingiendo!

Se oyó la extraña música, pero sin duda llegaba de demasiado lejos para que los prisioneros sufrieran sus efectos. El rumor de la contienda se iba acercando.

—¡Tal vez estén rechazando a esos bandidos aquí dentro! —gritó Monk—. ¡Si pudiese romper esta maldita chaqueta!

Los primeros hombres que penetraron en la cueva eran el rey Lumos y una veintena de sus leales súbditos, a los que habían obligado a replegarse por el túnel. Algunos se tambaleaban y caían. Las flautas obraban su mortal efecto.

El rey exclamó:

—¡Resistid! ¡Ayudad a la princesa Lanta!

Su orden se perdió en el fragor de una tremenda explosión. El cuerpo delgado de Ham se encogió en el interior de la chaqueta metálica. Había esperado quedar aniquilado al ocurrir la explosión y con gran sorpresa por su parte comprobó que continuaba en vida.

En cuanto al rey y a sus leales acompañantes, fueron tirados a varios metros de distancia y algunos de ellos fueron a parar al otro extremo de la cueva, cayendo sobre los prisioneros echados en el suelo. El rey estaba aturdido. Se tambaleó y cayó de bruces.

Del túnel llegó el ruido de una segunda explosión. Esta pareció destrozar la bóveda y las estalactitas se desmoronaron, hechas pedazos.

El rey y sus hombres no se movían del suelo. Dos de estos últimos yacían debajo de la pared a lo largo de la cual corría el alambre. Sobre ellos, un sector entero del techo de la cueva se desplomó y toneladas enteras de peso cayeron, sepultando a los dos hombres.

Otros dos hombres se pusieron en pie con dificultad y, agarrando el cuerpo de su rey, lo arrastraron hacia los prisioneros.

Ham vio que el techo desplomado había cubierto enteramente la maquinaria de transmisión en el extremo del lecho magnético. Debajo de éste estaba la trinitromita, preparada para la explosión.

Toneladas de rocas lo recubrían todo en el fondo de la cueva, y Renny gruñó con tono desesperado:

—Estamos bloqueados. No podemos alcanzar esos alambres y el túnel está lleno. Los hombres de Zoro están fuera.

El rey Lumos volvía lentamente en sí. A la escasa luz de la cueva, su rostro parecía estirado y de color gris. Por primera vez desde que lo conocía, Ham observó que el monarca de Subterránea había perdido la calma. Sus ojos trágicos denunciaban de pronto su edad avanzada.

—No lo entiendo —dijo el rey Lumos, con voz llena de dolor—. Es increíble... La princesa... mi hija... estaba ayudando al enemigo... Puede habernos avisado, pero...

El rey pareció darse cuenta de lo que decía y prosiguió:

—No hagan caso de lo que he dicho. Me equivoqué. No puede ser... La princesa no puede ser otra cosa que leal...

Aunque su fe de padre había recibido un tremendo golpe, sentía haber hablado apresuradamente.

—Vamos, hombres —dijo con más calma—. Poned en libertad a los prisioneros. Hemos de encontrar una salida o de otro modo el aire no tardará en faltarnos. El sistema de ventilación está obstruido.

Los cuatro compañeros de Doc comprendieron entonces que el rey desconocía la existencia de una amenaza peor y más rápida... una muerte que podía alcanzarles de un momento a otro.

Libre ya, Ham guió a los demás haciendo una rápida tentativa para alcanzar los alambres o los detonadores, cerca del lecho magnético.

—¿Qué es eso? —preguntó el rey.

Crado le contesté:

—Todos nosotros estamos amenazados por una muerte horrible, Majestad. Zoro ha unido alambres a la fuerza explosiva del mundo exterior. A menos que podamos escapar de esta cueva rápidamente, pereceremos todos y el sistema solar de Subterránea quedará destruido.

Monk, Renny y Johnny se habían unido a Ham tan pronto como se vieron libres. Renny y Monk levantaron enormes bloques de piedra. Bien pronto sus manos sangraron terriblemente, pero no exhalaban una sola queja.

Johnny y Ham no realizaban tanto trabajo, pero no tenían compasión de sus manos, más delicadas. Aunque Crado y los demás hombres les ayudaban, las toneladas de rocas amontonadas representaban una tarea larga y de difícil ejecución.

El rey Lumos en persona se despojó de su túnica real de tela de oro, y al cabo de un momento, sus propias manos estaban bañadas en sangre.

Los compañeros de Doc sudaban a mares; pero en aquel aprieto, Johnny observó que los hombres de Subterránea no sabían lo que era transpirar. Sus pieles sin poros estaban tan lisas como la plata.

De pronto Ham se detuvo y levantó las manos con resignación.

—Un trozo enorme del techo ha caído sobre la maquinaria magnética —anunció—. Nuestra única esperanza consiste en excavar por el túnel. No podemos llegar a los alambres.

Algunos de los hombres del rey estaban derrengados y traicionaban claramente su falta de entrenamiento en ejercicios violentos. Eran un pueblo pacífico y sedentario. Monk y Renny guiaron el ataque contra los fragmentos rotos del techo, en el túnel.

Allí el trabajo adelantaba más, pues había más espacio entre los escombros.

¿Por qué esperaría Zoro? Sin duda alguna, tenía al rey y a los principales entre sus demás enemigos, en su poder.

¿Demoraría la explosión con el fin de torturarles? Parecían ratas en una trampa, a punto de ser ahogadas.

—¡Veo una luz afuera! —exclamó de pronto Monk—. Pero hemos de sacar muchas piedras antes de alcanzarla.

Sus largos brazos trabajaban con gran eficacia. A su lado, Renny apartaba enormes pedruscos. Sus brazos sangraban hasta los codos.

El rey Lumos se había dejado caer, exhausto.

Ham deslizó su estrecho cuerpo por la abertura, tan lejos como pudo, y vio que el camino de salvación estaba de tal manera obstruido, que necesitarían muchas horas para apartar de ahí la roca caída.

Volvió al lado de sus compañeros con las manos colgando. Sin hablar, atravesó lentamente la cueva, pensando que era preferible que los demás ignoraran lo que había visto.

Fuera había un grupo de hombres de Zoro manipulando cajas de detonadores. En aquel momento, Zoro y Cassalano se apartaban a un lado para hacer explotar la fuerte carga de trinitromita.

Ham se volvió a mirar a Monk y a Renny que continuaban echando enormes trozos de roca cristalina en la cueva.

—¡Maldito sea! —gritó Monk—. Cuando ponga la mano sobre ese cochino hereje, le destornillo la cabeza.

Ham suspiró penosamente:

—¡Sería capaz de hacerlo, el muy mono!

CAPÍTULO XIX

LA CARGA EQUIVOCADA

LOS tres Uni —Buques de Zoro estaban parados a corta distancia de la entrada del túnel, rodeados de las fuerzas del caudillo. Los buques habían sido colocados a lo que parecía una distancia prudencial.

—Más vale que aseguremos los buques —avisó Caulkins—. La trinitromita es capaz de levantar la montaña entera. Opera hacia arriba en forma de abanico y no hacia abajo como la dinamita.

Cassalano consideró los Uni —Buques con sus ojillos brillantes y su doble barba tembló al brotar de sus labios una risita corta.

—Los buques están en lugar seguro —hizo observar—, pero no hemos de acercarnos demasiado nosotros. Si hubiésemos tenido más hombres, habría colocado esas cajas de detonadores más lejos. Sin embargo, las he puesto de tal manera que un par de balas de las pistolas de Doc Savage establecerán el contacto.

Dos cajas negras y cuadradas habían sido colocadas a un centenar de yardas del túnel obstruido. Una vez allí, faltó el alambre. Zoro expresó su descontento y recriminó á algunos de sus hombres a causa de esa deficiencia.

—Teníamos mucho más que esto —declaró—. Pero no tenemos tiempo de ir en su busca. Les oigo excavando allí dentro. ¿Está usted seguro, Cassalano, que ha preparado esas extrañas cajas de modo que las balas provoquen la explosión?

Cassalano sonrió.

—¿Pone usted en duda mi conocimiento de esos instrumentos? —exclamó—. Las placas cargadas están fijadas de tal modo en los detonadores, que el impacto de una bala no puede menos de establecer el contacto. Este envía la chispa a las cápsulas

detonadoras. Cuando dispare la pistola, tal vez la mitad de la montaña magnética, se disolverá ante sus ojos. Se alegrará entonces de encontrarse a distancia. Juzgo que las casas quedarán enterradas.

La princesa Lanta permanecía cerca de Zoro. La hermosa muchacha parecía haber olvidado todo cariño filial y adhesión a su reino. Hizo de pronto una petición que vino a reforzar esta aparente falta de corazón.

—Si he de ser la reina, ¿no puedo disparar el arma?

Su voz clara sonaba fría, sin timbre, y había formulado la demanda mirando a Cassalano. El gordo conspirador le sonrió servilmente.

—En realidad, eso estaría muy adecuado a la ocasión, princesa —convino.

Zoro hizo una mueca de disgusto, pero sus ojos penetrantes se iluminaron al posarse sobre la hermosa figura de la princesa. Su orgullo desmesurado le hacía plausible la aparente sumisión de ella a su voluntad.

Zoro dio una orden breve.

—Alejad los buques a una distancia más prudente. No hemos de correr riesgos con ellos. Los necesitaremos para efectuar un ataque inmediato sobre la ciudad de Manyon.

Sus hombres alejaron inmediatamente los Uni —Buques y sacaron dos pistolas. Una de ellas, la llevaba la princesa Lanta al ser hecha prisionera y otras fueron tomadas de los prisioneros en el túnel.

La princesa en persona, enseñó a Zoro el modo de disparar las pistolas cargadas con balas misericordiosas. Estas tenían suficiente fuerza para penetrar en las delgadas cajas detonadoras, emplazadas a una distancia de un centenar de yardas.

De pie uno al lado del otro, Zoro y la princesa levantaron sus pistolas.

—No es preciso apuntar con gran cuidado —aseguró Cassalano—. No pueden dejar de tocar las cajas con tantas balas.

En el instante en que Ham, en el interior de la cueva fatídica, gemía de desesperación, sometiéndose a lo inevitable, la princesa Lanta y Zoro apretaron los gatillos de sus pistolas, las que vibraron entre sus manos.

Dos ríos de balas hirieron el suelo, cerca de las cajas

detonadoras. La princesa y Zoro corrigieron su puntería y simultáneamente las balas penetraron en el par de siniestras cajas negras.

Durante un instante, pareció que un lado entero de la montaña subía en el aire. Una horrible explosión sacudió éste y fragmentos de roca y tierra compacta llovieron en torno a Zoro y a su grupo. La esbelta figura de la princesa Lanta se tambaleó, apartándose a un lado.

El regordete Cassalano saltó hacia la muchacha y Zoro, como para ayudar a la princesa antes de que cayera. En torno suyo, los hombres de Zoro perdían el equilibrio y caían. Una nube densa de humo gris obstruía la vista de la montaña magnética.

Luego, una cosa increíble ocurrió.

La princesa se volvió con la pistola en la mano, disparando todavía, pero el resto de las balas hirió a los hombres que estaban más cerca. Una docena de ellos cayó como trigo segado por la hoz.

Cassalano no se dedicó a ayudar a la princesa como era de suponer. Una de sus manos regordeta arrancó la pistola de la mano de Zoro y éste, cogido por sorpresa, se dejó hacer, aunque inmediatamente lanzó una orden con voz alarmada.

El puño de Cassalano no parecía cubierto de grasa al dispararse y caer de lleno en la cara de Zoro. En realidad fue un golpe tan rápido que el ojo humano no hubiera pedido seguirlo. Zoro fue levantado del suelo y cayó pesadamente a algunos metros de distancia.

La pistola de Cassalano se unió a la de la princesa, tumbando a más hombres. Tres o cuatro de éstos llevaron las flautas de muerte a sus labios, pero las dejaron caer antes de tocar la temible música.

Recordaban la cera protectora que la princesa, Cassalano y Caulkins llevaban en los oídos.

También Caulkins llevaba una de las pistolas de balas misericordiosas. El huesudo economista se había apartado astutamente del resto del grupo, acercándose a los Uní —Buques. Las balas de su pistola hirieron a los hombres que rodeaban a éstos.

Aunque el ataque por sorpresa había surtido sorprendentes efectos, la banda de Zoro era numerosa. La mayoría de ella se quedó asombrado, contemplando la desaparición de la montaña bajo los efectos de la explosión, pero enseguida intentó escapar a las

balas adormecedoras de que eran víctimas sus compañeros.

Zoro, derribado al suelo, había escapado a las balas y se irguió, gritando órdenes.

Unos cuantos hombres volvieron a agruparse. La pistola de Cassalano estaba vacía, así como la de la princesa.

Zoro se abalanzó sobre ellos a la cabeza de un grupo. A pesar de su gordura, Cassalano se movió con sorprendente agilidad y sus puños martillearon con fuerza. Una docena de hombres cayeron ante él, pero un ataque en masa le derribó al suelo. Los hombres de Zoro usaban sus flautas de muerte como dagas, apuntando a los ojos de Cassalano. El extremo de uno de los instrumentos le hirió en la barba.

Cosa asombrosa, ésta se partió bajo el impacto sin que corriera la sangre.

Cassalano rodó a un lado, escapando a sus enemigos. Al hacerlo, divisó la figura esbelta de Caulkins, rodeado de hombres. Su pistola estaba vacía ya y luchaba desesperadamente, vencido por la superioridad numérica del enemigo.

Cassalano se metió la mano bajo la túnica que le rodeaba flojamente el cuerpo y sus dedos tocaron una cajita plana fijada en sus espaldas por medio de correas. Esta caja llevaba una esfera numerada.

Cassalano dio la vuelta a un botón y una aguja se movió, tocando el primer número. Cerca del grupo que rodeaba a Caulkins se oyeron dos fuertes explosiones. Los hombres de Zoro empezaron a caer, lanzando gritos. Se retorcieron por el suelo en el que no tardaron en permanecer sin movimiento.

Al caer, sus pieles plateadas parecieron haber sido agujereadas con miles de pequeñas agujas. La sangre brotó y las víctimas quedaron rodeadas de una nube de polvo de olor acre.

El botón fue empujado al segundo número de la esfera y otra explosión conmovió la tierra frente a un grupo numerosos de hombres que corrían en dirección a los Uni —Buques. Aquellos se detuvieron, se tambalearon y cayeron como sus compañeros.

Caulkins miró a su amigo, Cassalano, con cierta contrariedad pintada en el rostro.

—¿Acaso tenías que...? —empezó a decir, sin concluir la frase. Cayó sobre el cuerpo de uno de los partidarios de Zoro.

Tan sólo Zoro y una veintena de sus secuaces permanecían de pie. Zoro lanzó un grito y les guió hacia los Uni —Buques. Cassalano no hizo esfuerzo alguno para evitar su huída. Se limitó a sonreír de un modo extraño. Su cara estaba extrañamente contorsionada. No sólo se le había caído la piel de la barba sino que sus gruesas mejillas habían desaparecido. Con rápidos ademanes, se quitó pedazos de cera de la boca y con la punta de dos dedos se arrancó algo de la vista.

Los hermosos ojos dorados de Doc Savage contemplaban a la princesa Lanta.

—Ha estado usted magnífica, princesa —declaró el hombre de bronce—. Su padre estará satisfecho de veras.

—Mi pobre padre —suspiró la muchacha—. Espero que no haya sido herido. Nunca me perdonaré el haber tenido que engañarle, pero era lo único que podía hacer. Zoro nos habría dominado a todos en el túnel.

—Esto es cierto, de modo que no debe usted acusarse —reconvino Doc—. No podemos hacer nada antes de ahora con alguna probabilidad de éxito.

Muchos hombres yacían en el lugar de las explosiones. Cerca de uno de los grupos, la figura huesuda del seudo Caulkins reposaba todavía. Doc se le acercó, le metió una inyección con una jeringuilla que sacó del bolsillo y al cabo de un minuto aquél abrió los ojos.

—¡Bondad divina, Doc! —exclamó la voz de Long Tom—. ¡Me hace la impresión de que he sido picado por un millón de abejas!

Como los que le rodeaban, había recibido una ducha de una droga solidificada. Era el mismo anestésico que Ham usaba en la punta de su espada.

Doc había empleado pequeñas cantidades de trinitromita para preparar las cajitas sepultadas en lugares estratégicos. Las explosiones fueron causadas por un lejano control de radio.

Encima de su cabeza, los tres Uni —Buques de Zoro daban vueltas y describían círculos. Doc llevó a Long Tom y a la princesa Lanta hacia el túnel de la cueva magnética.

Ham había oído las explosiones de las pistolas manejadas por Zoro y la princesa. Instantáneamente sé oyó una explosión tremenda y las paredes de la cueva se estremecieron, mientras nuevos fragmentos del techo caían en forma de lluvia.

Monk, Renny y los demás salieron del túnel a tiempo para evitar un diluvio de estalactitas. Ham se puso en pie, tocándose todo el cuerpo con ambas manos.

—Estoy ileso —murmuró—. Todos estamos bien. ¿Qué puede haber ocurrido?

La trinitromita enterrada permanecía sana y salva bajo los pedruscos. La gran explosión había ocurrido fuera.

Una nueva esperanza animó a Ham. Saltó adelante y sus esbeltas manos empezaron a apartar piedras y más piedras.

—¡Rayos! —gritó Renny—. ¡Algo ha saltado ahí fuera! ¡Saquemos pronto todo esto!

Ayudado por Monk, el ingeniero empezó a trabajar con mayor energía aún, si cabe, que antes. El rey Lumos les miraba sombríamente. Tal vez hubiese preferido la muerte a la traición de Lanta.

Se oyó una serie de disparos y, cubriéndolos, una voz que Ham reconoció.

—¡Doc en persona! —chilló—. ¡Todos manos a la obra!

Una voz más débil se oyó en el interior de la cueva.

Salía de la radio portátil del rey Lumos y quien hablaba era la princesa Lanta, aun cuando estaba luchando en aquel momento al lado del hombre de bronce.

Inmediatamente el rey Lumos pareció rejuvenecerse y perder medio siglo.

La juventud fluyó nuevamente por sus venas. Otra vez era un hombre joven que guiaba a sus leales súbditos.

—¡Hemos de salvarnos, Crado! —mandó—. ¡Seguidme!

Como un monarca del tiempo antiguo, el rey se abrió paso entre Renny y Monk. Sus viejos brazos habían cobrado una nueva fuerza.

Delante de Ham, la pequeña abertura se ensanchó. Renny y Monk tiraban los fragmentos más grandes a un lado.

Monk se echó delante, pero Ham se interpuso en su camino.

—¡Atrás, torpe gorila! —gritó el abogado—. ¡Aun un mono debe conocer el derecho de los reyes! El sitio del rey Lumos es a la cabeza de sus hombres.

Por una vez, Monk no supo qué réplica dar. Las manos y los antebrazos del químico estaban destrozados por los ángulos agudos de las rocas que había manejado. Se enjugó la frente cubierta de

sudor. Con el cabello pegado a la piel, estaba más feo que nunca.

Los prisioneros de la cueva irrumpieron al aire libre. El humo acre de las explosiones les rodeó. Sobre sus cabezas cruzaban los Uni —Duques de Zoro y de uno de éstos un objeto oscuro cayó, tocó el suelo y lo abrió. Una ancha grieta se formó a pocos metros del rey Lumos y de sus hombres.

La tierra y los pedruscos cayeron en torno a los prisioneros.

Dos de los buques describían círculos.

Ham y los demás vieron a la pareja que habían tomado por Caulkins y Cassalano. La princesa Lanta estaba a su lado y lanzó un grito de alegría, corriendo hacia su padre.

Otra bomba cayó y el suelo se abrió nuevamente bajo el impacto. Varios de los hombres de Zoro que seguían sin sentido, saltaron hechos pedazos. El jefe rebelde se volvía desesperado y no se detenía ante nada. Su buque se cernió sobre las cabezas del rey Lumos y de los compañeros de Doc.

—¡Refugiarse en la cueva! —ordenó la voz de Doc Savage.

Doc sacó una cajita plana de debajo de la camisa de Long Tom. Sobre la caja brillaban esferas y números. Doc movió uno de los discos graduados.

De pronto, los tres Uni —Buques se pararon y permanecieron suspendidos como si unos cables los sujetaran. Hubo una conmoción en el interior de los buques. Las tripulaciones luchaban entre ellas.

Una de las escotillas se abrió y una figura cayó en el espacio. El buque se encontraba a varios centenares de pies de altura. El cuerpo del hombre cayó con los brazos y las piernas muy abiertos.

Era Zoro.

Sobrecogidos de pánico ante su derrota la pérdida del control de gravedad, los hombres de Zoro habían echado a su jefe, esperando sin duda con este hecho merecer la benevolencia del rey Lumos.

Le habían quitado el cinturón a Zoro, pero aunque sus secuaces lo ignoraban, éste no le habría servicio de nada.

El jefe de la Tierra de Más Allá cayó y del pretendiente al trono del rey Lumos no quedó más que una masa informe. La princesa Lanta volvió la vista a otro lado.

Monk estaba al lado de la princesa, y de su padre. Estaba cubierto de sangre y espantoso de veras, pero la princesa le miró,

sonriente. Ham estaba limpiándose el traje en la medida de lo posible. Aun cara a cara con el mayor peligro, el abogado no dejaba de ser presumido se acercó para estar seguro que la princesa se había fijado en su persona.

Lanta puso una mano blanca y delicada sobre la cabezota de Monk, limpiándole suavemente la sangre que le caía por los ojos.

—¡Gracias, hombre del rostro extraño, por haber salvado a mi padre! —dijo suavemente—. ¡Y por su valor al venir en mi ayuda en el parque!

Ham se alejó, disgustado.

—¡Eso prueba que no hay justicia en este mundo! —rezongó.

El rey Lumos miraba a Doc y a Long Tom. El hombre de bronce no se había quitado el disfraz más que a medias. Su cara y manos había recobrado su matiz dorado natural, pero su cabello continuaba de un color indefinido.

—Parece imposible, Doc Savage —dijo el rey—. ¿Qué ha sido de los dos hombres de ciencia?

Doc se acercó a la entrada de la cueva. Nuevamente giró un disco de la caja de Long Tom y la tierra retembló inmediatamente como si la conmoviera un leve terremoto.

El Uni —Buque surgió a la vista y por medio de la caja de control, Doc lo detuvo delante del rey. Una de las escotillas se abrió, dejando al descubierto los rostros desencajados y desesperados de Homer Pearson Caulkins, el economista, y de Salvatore Umbroggia Cassalano, el mineralogista. Los cariacontecidos y despeinados hombres de ciencia rodaron al suelo.

—El Uni —Buque enterrado había sido una cárcel muy segura— dijo sonriendo el hombre de bronce.

CAPÍTULO XX

EL PAÍS DE MAÑANA

—¡Y creímos que vosotros erais prisioneros en el Uni —Buque siniestrado!— exclamó el rey Lumos —. Su mensaje nos quitó toda esperanza.

—Radiamos únicamente porque fue necesario —declaró Doc Savage—. Teníamos la seguridad de representar a Caulkins y Cassalano. Ellos dicen que intentaban escapar cuando les encontramos huyendo de la Tierra de Más Allá.

—¿Cómo pudieron encontrarles con el Uni —Buque?— preguntó la princesa Lanta —. Allí donde estaban debía reinar la mayor oscuridad.

—Era muy oscuro —intercaló Long Tom—. Pero Doc había traído el faro especial que tenía en su hidroplano y con ayuda del rayo invisible al ojo humano sin anteojos especiales, descubrimos a Caulkins y a Cassalano en su escondrijo. Doc aterrizó con el Uni —Buque y nos apoderamos de ellos.

—Creían que éramos hombres de Zoro —explicó Doc—. Cometieron el error de explicarse en la oscuridad, diciendo que habían salido a pasear y que se habían perdido. Antes de identificarnos, se comprometieron a destruir el sistema solar de Mayon.

—De manera que Doc se los llevó al buque y les encerró —añadió Long Tom—. Luego escondió la nave bajo tierra.

—No entiendo cómo esto puede ser —declaró el rey Lumos—. En Subterránea, hemos sido siempre más adelantados y hecho más descubrimientos que en el mundo exterior, y sin embargo, en pocas horas han desarrollado ustedes nuestras propias fuerzas hasta realizar unas hazañas estupendas.

El hombre de bronce se sonrió.

—No hemos hecho más que emplear el control alejado —declaró—. Se trata de la misma fuerza con que hemos suspendido ahora mismo los buques de Zoro. Empleada al revés, sacó a la superficie el Uni —Buque que contenía a Caulkins y Cassalano. Es uno de los dispositivos que pienso dejar en el reino de Subterránea.

—¿Dejárnoslo? —preguntó el rey Lumos.

—Esa es nuestra intención. Con ayuda del faro especial, podrán observar los movimientos de futuros enemigos en la oscuridad. Apagado su sistema solar, todavía podrán vigilar a sus adversarios.

—¿Y lo que llama control alejado? —preguntó el rey.

—Tal vez le preste mayores servicios que sus torres súper magnéticas —dijo Doc—. Podrá ajustarlo de tal manera que en cualquier momento le será posible dominar los controles de los Uni —Buques de sus enemigos.

Crado gritó de pronto:

—¡No olvidemos los explosivos enterrados en la cueva magnética! ¡Si algo los hiciese explotar, todos nuestros acumuladores quedarían destruidos!

Doc Savage meneó lentamente la cabeza.

—No tema a la trinitromita. Le faltan los detonadores, pero de todos modos es preferible sacarla de allí y destruirla cuanto antes.

—Quiere usted decir que la fuerza explosiva es inactiva en la actualidad —dijo el rey Lumos.

—Eso es —contestó Doc—. Únicamente las cápsulas detonadoras preparadas con este fin la hacen peligrosa. No se ha colocado ni una sola cápsula en la carga que se encuentra en la cueva. Cuando Long Tom y yo logramos engañar a Zoro haciéndole creer que éramos Caulkins y Cassalano, sustituímos las cápsulas por otras completamente inofensivas.

—Y las verdaderas cápsulas detonadoras fueron puestas en las salas en las que Zoro y yo descargamos nuestras armas —añadió la princesa Lanta—. Clark Savage me reveló su identidad y cuando las cajas saltaron a pedazos, todas las cápsulas quedaron destruidas.

Señaló el gran hoyo en el lugar donde se había encontrado las cajas detonadoras. En apariencia, la explosión había abierto la ladera de la montaña donde estaba situado el lecho magnético.

En el aire, a mil pies de altitud, los buques indefensos y llenos

de hombres de Zoro flotaban siempre. La máquina de control alejado inventada por Doc y Long Tom no les permitía bajar. Los capitanes de la revolución que intentaban colocar a Zoro en el trono. Eran prisioneros del modo más extraño posible.

En el cuarto interior del palacio, el rey Lumos comunicó una petición de su pueblo reclamando la ejecución de todos los habitantes de la Tierra de Más Allá.

—Entre sus súbditos se encuentra tal vez un hábil cirujano —sugirió Doc Savage—. Entre los individuos que hemos traído de la Tierra de Más Allá, escogeremos dos para hacer una demostración. Su cirujano tendrá el poder de llevar a cabo una nueva forma de destierro para los descontentos y las mentes enfermas.

—Sí, Clark Savage, nos hemos enterado de su tratamiento de los delincuentes en el mundo exterior —dijo la princesa Lanta—. Podemos decir al pueblo que llevamos a cabo una ejecución. Las mentes enfermas morirán y las rebeldes serán desterradas de la Tierra del Olvido. La Tierra de Más Allá no tiene precisión de existir ya.

—¡Qué muchacha, qué muchacha! —exclamó Ham—. Ahora, a ver si encuentra un rey digno de ocupar el mismo trono que ella.

Monk se había ocupado en transformar su aspecto y, en la medida de lo posible, había afeitado su feo rostro.

—¡Rayos! —gruñó—. ¡Estaba pensando lo mismo!

—¡Figúrate un reino de micos sin árboles! —dijo Ham, burlón.

El rey Lumos dio inmediatamente su consentimiento al experimento quirúrgico.

—Y ahora, Doc Savage, dijo —, nos ha traído usted unos regalos valiosos que reportarán los mayores beneficios al reino de Subterránea. En cambio, queremos entregarle oro y diamantes que excederán a los que existen en su mundo. Nuestros Uni— Buques se encargarán de llevarlos a la superficie. Quisiéramos conservarle entre nosotros, pero comprendemos que la tierra necesita de su valor y su sabiduría.

El hombre de bronce meneó la cabeza gravemente.

—Poseemos ya bastante oro del nuestro para ayudar a los oprimidos —dijo—. No podemos aceptar nada.

El rey Lumos quedó asombrado, pero la princesa Lanta añadió:

—Dije a mi padre que la oferta no debía siquiera hacerse. Ahora

creo que los comprende.

—Tal vez alguno de sus súbditos deseen ir a vivir entre nosotros y conocer nuevas cosas del mundo exterior —sugirió Doc Savage.

—No —dijeron el rey y la princesa.

Y explicaron que excepción hecha de Zoro y sus tenientes, la paz reinó siempre en su tierra. Allí existían poco males de los que afligen a la soledad del mundo exterior y permanecerían tal como estaba entonces, aunque mirarían de establecer un sistema de comunicaciones con Doc Savage.

—¿Qué haremos de los hombres de ciencia? —inquirió el rey Lumos.

—Han recibido una lección —dijo Doc. Zoro había comunicado sin duda con ellos antes de ponerse en contacto con su buque. Les prometió cantidades de diamantes y oro que les harían poderosos en el mundo exterior. En cambio, debería proveer los explosivos con los que Zoro pensaba subir al trono en el mundo interior. Creo que en lo sucesivo, Caulkins y Cassalano no se saldrán de la esfera de sus trabajos, si vuelven a nuestro mundo.

Los hermosos ojos de la princesa Lanta contemplaban largamente al hombre de bronce. Suspiró hondo, comprendiendo que Doc Savage pertenecía a otra raza. Además, se había trazado un plan de vida en el cual tendría que permanecer siempre solo.

Unas horas después, la tierra tembló. En la vecindad de las Friendly Islands, el suelo se resquebrajó y las ramas muertas de los árboles se rompieron.

Este fue el último terremoto de aquella serie inexplicable.

Varios sabios geólogos explicaron esas anomalías diciendo que se debía a nuevos y formidables fuegos, en el interior de la tierra, que lograban agrietar la corteza de ésta.

Doc Savage y sus cinco compañeros leyeron esas explicaciones y sonrieron.

Tal vez sus sonrisas no habrían sido tan alegres si hubiesen visto a miles de millas al sur, más abajo del Ecuador. Allí, en una isla lejana de las Galápagos, se encontraba el escenario de su próxima lucha contra fuerzas superiores, que obligaron a Doc Savage a hacer alarde de ingenio y valor en grado superlativo.

¡Pero, de momento Doc y sus camaradas habían triunfado!

¡Y volverían a triunfar!

FIN

Este libro se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos de Editorial Molino, Gorostiaga 1650, Buenos Aires, el 5 de febrero de 1941.